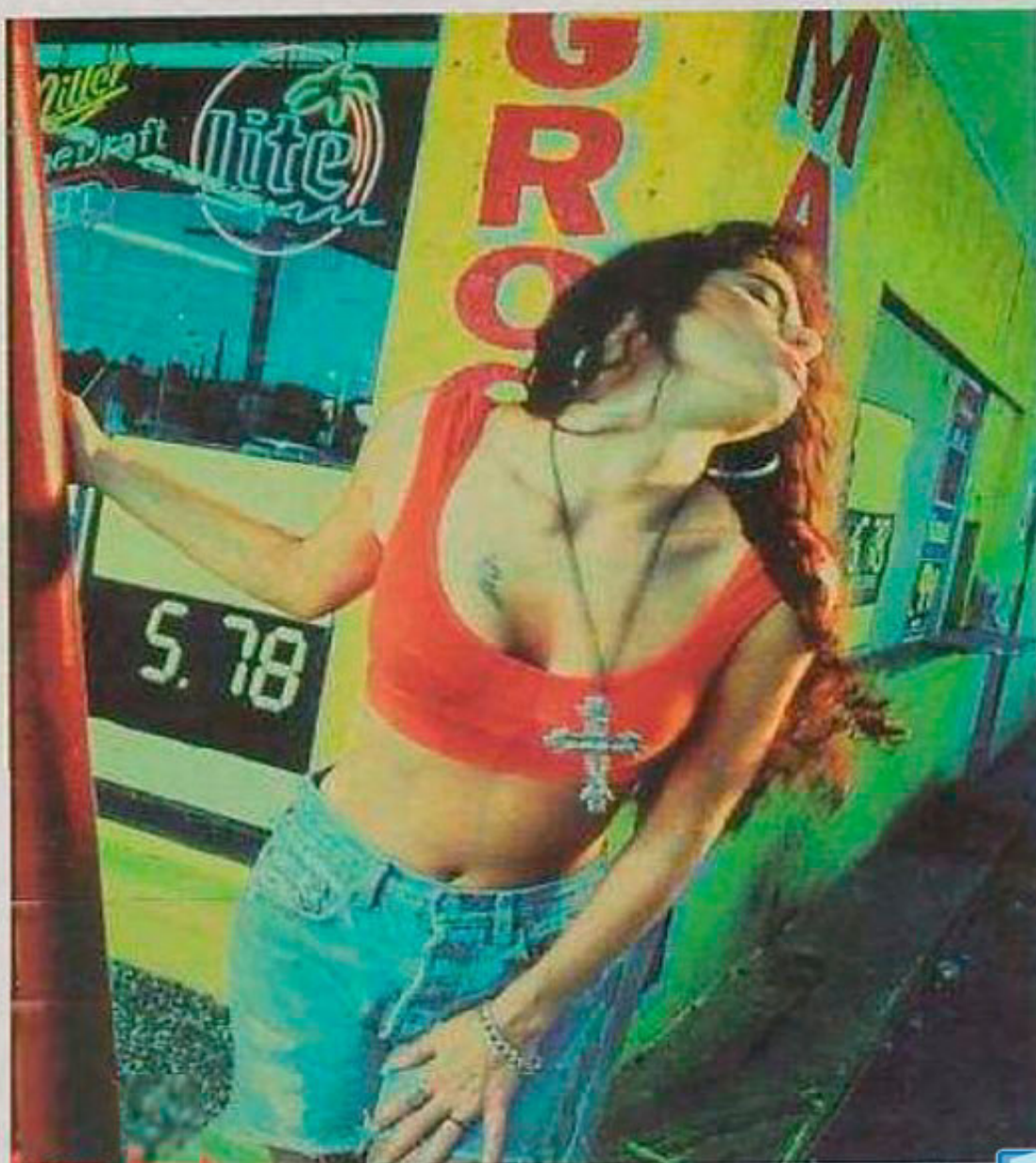


Francisco Umbral Madrid 650

El mejor Umbral
en una historia atroz sobre el cinturón
de miseria y droga de Madrid.



En la Hueva, un barrio de chabolas al este de Madrid, Jerónimo, jefe de una tribu suburbial, reina desde un vagón de tren abandonado, sin más verdad que su «cabra». Umbral cuenta una historia atroz en la que el realismo sucio se expresa en las situaciones más duras y lóbregas (pugna entre vivos y muertos del cementerio cercano), alumbrando en negro un universo en el que la violenta prosa de Umbral, su personalísima forma de ver y decir las cosas, gana una vez más al lector por la fuerza y el lirismo de un texto de gran entidad. La novela llega a trances en que lo más cruento y débil del ser humano viven una totalidad aberrante. El escritor logra un mural veraz y perdurable de este inframundo urbano que nutre y desborda el libro.



Francisco Umbral

Madrid 650

ePub r1.1

Achab1951 22.06.13

más libros en epubgratis.org

Título original: *Madrid 650*
Francisco Umbral, 1996
Retoque de portada: Achab1951
Editor digital: Achab1951
ePub base r1.0

Madrid es una ciudad situada a 650 metros sobre el nivel del mar

EL VAGÓN DE FERROCARRIL está en mitad del campo, al este de la ciudad, sin raíles y con alguna rueda de menos, en herrumbroso equilibrio, plantado en la tierra, esbelto y como quemado, largo y solo, sin antes ni después, sin vía ni locomotora. Con el tiempo, sus ruedas han ido hundiéndose en la tierra, por el peso del invento, o bien las espigas salvajes han crecido por encima de las ruedas, hasta hacer del vagón de ferrocarril un elegante y requemado barco/crucero por los mares secos y amarillos de lo que ya es más campo que Madrid.

El vagón de ferrocarril nadie sabe quién lo trajo aquí, ni cómo, ni por qué, pero ahí está, en las afueras del barrio (que a su vez es las afueras de las afueras), con su hermosa longitud de cosa valedera e incendiada (por el incendio o por el tiempo), con su majestad oscura y, todavía, su último ademán de viaje hacia lo azul del mar, que sólo es el azul del cielo, nublado a días de nubes tendidas o ropa que vuela por los aires.

Durante la mañana, los niños del barrio/desbarrio juegan entrando y saliendo del vagón. Son niños oscuros, mulatos de lo blanco, negros de miseria o de sol, cuarteroncitos de lo negro, blancos de luz o de hambre, con sus ojos peliverdes y europeos, como los de los gatos, con sus vaqueros más viejos que ellos y su cara de crimen infantil.

Los niños, con el viejo vagón, juegan a los trenes, al lejano Oeste, al tranvía (que no han conocido), al galeón español lastrado de oro y a la nave espacial de dos mil uno, que para eso vieron la peli en el barrio, cuando entonces.

Por las tardes, el vagón de ferrocarril, que conserva un aire de vagón de primera, como una vieja y grande dama en un asilo, es refugio de parejas (él, fresador de Comisiones; ella, solapista para El Corte Inglés) que fornifollan directamente sobre los alabeados asientos de cretona y podredumbre: lo último que pierden las cosas es la línea, aunque estén ya muertas por dentro. Hay hasta intercambio de parejas en las tardes del vagón absurdo, nao varada en los mares secos del secarral donde se deshilvana la ciudad. Sólo al anochecer entran las parejas en el vagón, ellas con prisa y ojos bajos, como si entrasen en una casa de citas; ellos, lentos y altivos, deseando que les vea todo el barrio, como desea/espera siempre el macho.

Por las tardes, en los atardeceres, o sea, las madres no dejan a sus niños subirse al vagón, ni escalar sus escaleras exteriores, que van del pedal al techo, ni acercarse siquiera. Para los niños de este barrio el vagón de ferrocarril, tan accesible de día, es un misterio nocturno, una cosa que rondan de lejos, espionando sombras en la sombra, y, los más audaces, tirando piedras contra las ventanillas (todavía queda algún cristal por romper), ya que la última o primera y más urgente pregunta del niño, sea urbano o suburbano, es siempre la pedrada. Toda pedrada infantil es una pregunta urgente y valiente por el mundo que se le oculta, como toda ballestería no era sino un sistema de preguntas al enemigo. Preguntas que matan, pedradas que sobresaltaban a los amantes entre dos luces, ya sabes, los jodidos niños, los cabrones, que quieren enterarse. Idos los novios y amantes de atardecer («La que se sube al vagón casará con un cabrón», dice la inspiración del barrio), acostados los niños y dormidas las piedras muy cerca de las estrellas, al vagón van llegando lentos sacos humanos, vagabundos, bohemios, viejos, borrachos, picados, sólo hombres, que han encontrado en este corto tramo de renfe su hotel nocturno, el reposo del caminante, una camaradería de vino y sueño, la paz de los caminos en un vagón de tren, sin máquina ni raíles, que no lleva a ninguna parte y sólo el tiempo y los niños van desguazando lentamente, delicadamente (así es como trabajan el tiempo y los niños: el tiempo, realmente, tiene manos infantiles y el infinito cuidado con que trabajan esas manos). Jerónimo, aunque no es viejo ni gordo ni se siente acabado, también suele dormir en el tren.

Jerónimo es del barrio de toda la vida. Alto, rubio y adolescente. Unos ojos chinos y una navaja que funciona. En el barrio, en el derramado arrabal que va hacia el cielo o

hacia el tiempo, con sus artesas y sus muertos que fuman, a Jerónimo se le quiere de cuando niño y se le teme desde lo de la navaja. Lo de la navaja es largo de contar. Pero Jerónimo, cuando acampa en el barrio, que no es siempre, ni mucho menos, lo hace en el vagón de ferrocarril, lo que todo el barrio conoce por la renfe. Jerónimo, esta mañana, duerme hasta tarde, cuando ya los borrachos, viejos y vagabundos del tren han ido abandonando éste, como un perro que se despioja (cada uno a su tarea: los rollos de cobre; los desenterrados provisionales de la Almudena, que los tienen unos días tomando el aire a ver si se reponen un poco, mientras les encuentran nuevo acomodo, y a quienes siempre hay una muela de estaño o un anillo de boda que trajelar; la caridad pública en los aparcamientos caros de Madrid, buenas noches, señora y señorito, que tengan ustedes buena cena, yo nada necesito, y qué elegante que va la madama, con perdón, hasta que caen cuarenta duros). Jerónimo, esta mañana, se despierta tarde, tarde por el sol y por el reloj, que son dos cosas que nunca van de acuerdo. No consigue recordar nada de lo ocurrido la noche anterior: fumata de morfa, porro, pico, whisky, hostias, lo que sea, a ver si te vas a quedar zumbadillo, cabrón, que no se es viejo hasta los veinte, estás tierno para la residencia de ancianos Francisco Franco, un general que hubo. Jerónimo se lava la cara y las axilas con colonia nenuco de la que roba en las farmacias cuando va a comprar agujas, y luego sale al exterior, como dándose de puñetazos con el sol de mayo, coge la escalerilla metálica que va del pedal al techo del vagón y se sienta allá arriba, en la postura del loto, a meditar, recordar u olvidar, como tantas mañanas de desmemoria o resacón (a veces la resaca es de sangre).

Jerónimo, camiseta sin mangas, de cuello recto, con tirantes cruzados por detrás, vaquero que se le ha quedado pequeño y botas de puntera, como un rockero antiguo. En su camiseta, cosa rara, no pone nada. Lo de la postura del loto y la meditación trascendental lo aprendió Jerónimo de un bujarrón blanco que iba de hindú y se lo tenía montado por la calle de Alcalá, cerca de Manuel Becerra. O sea, un hinduista con gafas de aparejador, palidez de falta de sodio y actitudes de bailarina babilónica, que sacaba una revista mensual, o lo que fuese, con fotos que eran postales compradas a Bombay por correo y cartas de un sivananda/veneranda que escribía el propio Pascual, que así se llamaba el gurú de Manuel Becerra.

Lo de Pascual el gurú también es para recordarlo despacio, a su caer, si cae, pero Jerónimo no es partidario de recordar: sólo se trabaja el pasado en función del futuro, y la tía de anoche en función de la jai de mañana. En realidad, más que meditación trascendental, lo que Jerónimo hace sentado encima del vagón, muchas mañanas, es mirar las distancias de la nada y no pensar, mirar la fiesta del sol en las remotas montañas, a las que ha llegado como un excursionista, mirar el trigo salvaje que crece hasta el mar del cielo, hectáreas de libertad y nadie, o mirar Madrid para el otro lado, una masa inmensa, rosa, extendida, interminable, infinita, con su cielo propio, gris y plata y un poco de oro, ese sitio adonde él baja a robar el puesto de un melonero, pegarse un pico, pispar una botella de jotabé o matar a un hombre, según.

Y es cuando *Gilda*, la cabra, la blanca y juvenil cabra de Jerónimo, surge de lo recóndito de la inmensidad, como un ángel caído del cielo en figura de cabra, le saluda alegre con un balido y trepa sabiamente las escaleras que llevan al techo del vagón. *Gilda* se tiende junto a Jerónimo, pone la cabeza entre sus piernas y Jerónimo le rasca y le quita eruditamente las pulgas, mientras la va alimentando con pedazos de pan viejo que se saca de los bolsillos, pelotas de periódico (a la cabra le gusta mucho la celulosa de los periódicos, o la letra impresa, o lo que sea), y flores gordas, literarias y municipales que ha arrancado para ella en el Retiro.

—Despacio, *Gilda*, loca, despacio, amor, *Gilda*...

La cabra (libre, pero respetada por todo el barrio: es la cabra del ominoso Jerónimo) come, bala, se tuerce, duerme a ratos, es feliz pegada a su dueño.

Así se van pasando algunas mañanas.

LA MOTO^[1] tiene un manillar alto y grandioso, un parabrisas de plástico, una carrocería cartaginesa y un gran faro central, incontestable, acompañado de otros faros secundarios. La moto es complicada, agresiva y velocísima. ¿Una Harley-Davidson? No. Quizá esa marca se ha quedado anticuada. La moto es lo que a Jerónimo le faltaba para ser Jerónimo, o sea él.

Jerónimo tenía vista una moto en Madrid que era su moto, de la que se había enamorado como de una mujer. La moto estaba en General Yagüe, frente al Meliá Castilla, atada a un árbol con una cadena, y seguramente era de un funcionario de las oficinas que había en aquel apartamento. Jerónimo, antes de ser Jerónimo (le faltaba la moto para reconocerse a sí mismo), bajaba a Madrid en el Metro y se sentaba en las escaleras de piedra del Meliá, hasta que le echaba el portero de chistera café.

Jerónimo, por lo que había observado, ya sabía que la moto, fascinante como una sirena o como una mujer vestida de moto, era de un funcionario que la dejaba allí a las ocho de la mañana y la recogía a las tres de la tarde, incluido el bocata de las once y media, por los bares y las hamburguer del barrio.

Aquello era un bebedero de motos donde los viciosos de la moto, que siempre la preferirían al coche, dejaban sus máquinas toda la jornada, o media jornada. Hacia las diez y media de la mañana, cuando los empleados estaban sumidos en las procelas de sus burocracias y el espejismo de sus robots, Jerónimo, despedido de allí por el portero de chistera café, cruzó un día la calle, lentamente, volviéndose para comprobar que el portero no le seguía con la mirada, se sentó en el bordillo de enfrente leyendo el *As/Color*, luego se volvió un poco para trabajar, con la lima que llevaba en la mano, la cadena de la moto, o para forzar el candado (se había sentado muy cerca de la pieza). La moto ya estaba libre. Jerónimo esperó un momento en que el autocar de Madrid visión aparcó delante del hotel, depositando su mercancía barata de japoneses vestidos de occidentales y yanquis vestidos de gilipollas. Ahora el portero del Meliá Castilla, que era el que le tenía más fichado en la zona, ya no podía verle, y Jerónimo montó la moto con toda seguridad, le metió la marcha fuerte, arrancó con la cadena y el candado colgando, Capitán Haya arriba, y hasta hoy.

Pero fue un hermoso paseo bordeando la plaza de Castilla y ahondando por Mateo Inurria, permitiéndose el lujo de poner crudos en una gasolinera que hay al final de esta calle, buena moto, jefe, ya usted lo ve, parece como que el funcionario, con cara de alimaña y visera de renault, no se fía mucho, Jerónimo saca del bolsillo del culo del vaquero un fajo de cien mil, lo que antes era novela verde, y el tipo deja de suspiciar, admira la máquina, llena el depósito (Jerónimo ha advertido que estaba a punto de agotarse), cobra el precio y la propina y le desea al chico buen viaje.

Por los nortes entrevistados de Madrid, enero luce frío y azul, como el espejo roto de la vida.

Viajar en una moto así es como viajar por otro Madrid, más por el cielo que por la tierra, y Jerónimo ve otra ciudad, ya que basta con cambiar el ritmo de la vida para que la vida cambie. Jerónimo da vueltas y vueltas a las carreteras, antes de dirigirse hacia su barrio, el barrio de la Hueva, aunque comprende que quizá la pasma ya le estará buscando (el conserje/café les habrá dado todas las señas), y por fin enfila hacia Vallecas, en un enero claro, libre y distinto. La moto, como una droga, le ha peraltado a su verdadera personalidad, a su genuina velocidad vital.

Jerónimo llega a la Hueva montado en la moto como un emperador cartaginés montado sobre un león. Los chicos le siguen en doble friso de polvo y griterío. Cuando Jerónimo para a la sombra del vagón de ferrocarril —la renfe—, echando un pie a tierra, los adultos le hacen corro:

—La hostia de moto, Jerónimo.

- Eso es viajar y lo demás es arrastrarse.
- Muy bueno lo tuyo, Jerónimo.
- Caprichosa la máquina.
- O sea, que se ve un gusto.
- Y lo que debe de correr.
- Pero mayormente la potencia. Ésta es una máquina para toda la vida.
- Jerónimo seguro que en seguida cambia de vehículo.
- Es un maniático de las máquinas.
- Para lo que le cuestan...

Pero no hay mayores alusiones al origen de la gran moto. Se da por supuesto que Jerónimo se ha subido a ella en una calle de Madrid y ya está. En la Hueva no existe la noción de lo tuyo y lo mío. Todo es de todos y ya está. Mayormente, todo lo de Madrid es de la Hueva, y la Hueva puede bajar a por ello cuando quiera. Y no digamos Jerónimo. Jerónimo deja que los hombres y los niños le soben la moto, toquen los resortes, pongan la mano en el motor para sentir su calor, como si fuese el lomo de un animal vivo.

Los días consecutivos, Jerónimo los dedica a pintar la moto toda de negro, minuciosamente, y le encarga a Blas (Blas sirve para todo y para nada) de que le vaya fabricando una matrícula nueva, falsa y verosímil.

Cuando la moto está completamente pintada, Jerónimo la pone a secar al sol. Y cuando está seca, va incrustando en la carrocería pegatinas de hierro, clubs, cosas en inglés, tías en bolas, calaveras, anuncios de pepsi, pegatinas de papel y banderas de países que no existen, y que son los mejores. La moto, sí, es como el león cartaginés de Jerónimo, el gran jefe de la tribu, y también tiene algo de trono y de dios de la guerra. Jerónimo ya sabe dónde la va a guardar: en el vagón de mercancías que tiene añadido el vagón de la renfe donde él vive: hay una rampa que se baja y se sube y hace la operación muy fácil. Dos o tres veces por semana, Jerónimo hace descender por la rampa de madera su poderosa moto, monta en ella, da un par de vueltas rugientes a la plaza (que no es más que un redondel de polvo), para comprobar el estado de la máquina y el suyo propio, y luego enfila hacia Vallecas/Madrid, quién sabe si va a robar, matar, jugar en las chirlatas, violar niñas de las pastorinas o, sencillamente, coger lo que es suyo.

Cuando vuelve a la Hueva, a veces vuelve como se ha ido, aunque quizá traiga el bolsillo del culo reventón de novela verde. Otras veces trae trofeos ostensibles, como los collares de una anciana al cuello o varios relojes de oro en cada muñeca. Jerónimo tiene compradores para todo esto, y es generoso y patriarcalista con la gente de la Hueva. Hay veces, en fin, en que a Jerónimo no se le oye llegar, sencillamente porque no llega, porque se queda varios días en Madrid —«estará de dormida con alguna»—, o porque, en su infinita sabiduría, para la ruidosa moto medio kilómetro antes de la Hueva y la conduce del manillar, como una cabra, como su cabra la *Gilda*, hasta el vagón de la renfe, por no meter ruido y despertar al personal, si es la madrugada. Jerónimo es un jefe nato.

JUAN GUALBERTO, distinguido de visera, tuerto de parche, reventón de propinas, llega algunas noches a la Hueva, de madrugada (Jerónimo le permite dormir en la renfe, quizá ya se ha dicho), pero he aquí que, después de la cena y el vino de los artistas, Juan Gualberto recuenta su dinero y encuentra que es una mierda, con lo que decide ir, de sombra en sombra, de esquina en esquina (ha dejado el taxi muy lejos, de vuelta a Madrid), hasta la cercana Almudena, adonde tiene su muerto, cosa que no tiene nadie o que tiene todo el mundo (Juan Gualberto no está muy seguro), y su muerto es caballero estable, buena presencia, busca pensión formal, comida casera, buenos modales y ambiente familiar, y al muerto, al que ya le tiene hecho un huraco (es un

muerto sólo de un mes), le arranca un día la sortija de casado o alianza, otro día los zapatos color corinto y otro día el cinturón de cuproníqueles.

Juan Gualberto, aunque esté un poco pasado del whisky de los señoritos, trabaja despacio, con paciencia y gracia, y luego se mete a dormir en la renfe con la conciencia tranquila, ha ganado en media hora lo que no ha ganado en todo el día de alternar con los famosos y artistas, que no sueltan un duro.

Blas sueña con hacerse una chabola en la Hueva. Medrano lee el *Financial Times* a la sombra de la renfe, sentado en el suelo. Medrano es melancólico y barbudo, y lee siempre el mismo *Financial Times*, amarillecido por los meses, aunque Medrano —latinoché— representa mucho interés por la marcha de las bolsas mundiales. Juan Gualberto anda entre las fiestas de los cineastas, donde hay unisex que cualquier día le van a dar por retambufa, y los muertos que saquea en la Almudena, pensando que es él sólo quien hace eso.

Lo cual que Juan Gualberto promisea.

Jero, el jefe de la tribu, se masturba a sus horas y vive sin hembra conocida, o vive de hembras pasajeras. María es la puta natural del barrio que se acuesta con cualquiera por una cebolla fresca, por una manzana o por el puro placer de follar. María roba bragas en Simago de Vallecas, y su sueño es robar un día bragas en El Corte Inglés de Sol, o cualquier otro de los que pueblan la ciudad. A María le gustan especialmente las escaleras mecánicas, que es un sube y baja que la pone cachonda. Juan Gualberto es un golfo con tira negra de tuerto y gorra a lo Carlos Barral, de visera marítima.

Jerónimo, en su departamento cerrado de la renfe, bajo las grandes iniciales quemadas en el cristal de la ventanilla, fuma y piensa. Blas se masturba y piensa en una chabola hecha con sus propias manos.

María, quizá ya se ha dicho, es la puta del barrio, y se acuesta con todos por una sortija, por un billete, por el mero hecho de follar. Esto pone muy encampanadas y tarascas a las casadas y novias formales de la Hueva. Bellarmina es la niña grande y tonta del barrio, que toca dulcemente la guitarra y no sabe nada. Bellarmina tiene ausencias y los malvados quieren aprovechar sus ausencias para beneficiársela.

Bellarmina es el orgasmo o la muerte, nunca se sabe.

Jerónimo odia a Fedor, un tipo que está en Carabanchel para siempre. A Jerónimo, el Jero, no le basta con la pena perpetua de Fedor, que para él es una cosa como abstracta, diríamos. Lo que el Jero quiere es exterminar a Fedor con sus manos, sentir en ellas el calor y la sangre y el corazón aleteante y muriente de Fedor. ¿Por qué? Por nada. Quizá, sólo por los ojos blancos y crueles de Fedor, el mal en estado puro.

Jero no ha pensado nunca en follarse a la Bellarmina, la tonta, pero un día se la follará. Fedor cree en Paco, el jardinero huido del crimen de los Urquijo, y en la *Gilda*, la cabra afgana que todas las mañanas viene a que la peine. Jerónimo cree en la calera natural del barrio como amenaza para los vecinos que él rige, castigo para los enemigos y suicidio para cuando la pasma le cerque en la Hueva.

El Jero sabe que un día tiene que matar a María o a otra puta del barrio. Un hombre no es hombre hasta que no mata una puta. El Jero sabe que, antes o después, sólo le queda tirarse a la calera o huir hacia Madrid, con el pelo al cero y unas gafas de sol. El Jero, en fin, cuenta con todo y no cuenta con nada.

Cree más en la intuición del momento que en los planes planeados, que no tienen nada que ver con la salvaje improvisación de la vida.

Juan Gualberto, distinguido de visera, tuerto de parche, reventón de propinas, llega algunas noches a la Hueva, de madrugada, y cree que nadie le ve, pero Jerónimo, el Jero, que duerme con un ojo abierto, encima o debajo de la renfe, le ve chupar de su muerto. La Hueva, en fin, que no hace nada ni produce nada, parece que vive de los muertos, de sus muertos, como leyera Jerónimo, de niño, en sus libros escolares, *El libro de los muertos* de los egipcios, y todo eso. Unas fantasías infantiles que se hacen

realidad en la Hueva. El Jero baja del techo del vagón, pasa revista a los durmientes y se mete a dormir en la renfe, suite de lujo, especial, etc.

LO DE LA NAVAJA fue tal cual. Jerónimo, hijo de la Hueva, o sea hijo del barrio, padre desconocido y madre que murió joven, bella y tísica como un alhelí al alba, llevaba meses, quizá años, durmiendo en la renfe, es decir, en el tren, o sea, en aquel vagón que alguien había dejado allí, sobre la tierra y el trigo salvaje, sin raíles ni locomotora. Quizá un vagón robado. Jerónimo acogía bien a los pernoctadores que iban llegando, viejos de tobillos hinchados, mendigos con edemas, borrachos con el vino cantándoles en las orejas, así como Jerónimo, algunas mañanas, jugaba con los niños que se subían al vagón, les enseñaba judo y les dejaba que toreasen un poco a *Gilda*, la cabra, con ese instinto joven y legendario del español para torear a todo bicho que embiste (aunque quizá sea a la inversa: embiste porque se le torea).

Pero una noche, al llegar al vagón, picado, flipado, bebido, loco, follado y ceguerón, Jerónimo encontró en su sitio (porque Jerónimo tenía su sitio, quizá un asiento que fue de primera, en viaje a París) a un maduro alto, cano, cormorán y dormido. Jerónimo despertó al intruso con pasadas suaves de cuchilla por la cara, como si le estuviese afeitando. Algunos asilados del vagón, atentos al trance, se incorporaban en sus asientos por ver en qué paraba la querella. Hasta alumbraban con linternas. Eran los que se sentían asilados por el joven y poderoso Jerónimo en aquel vagón de hierro eterno y paz rupestre, como un príncipe adolescente aloja en su palacio a mendigos y otros príncipes, según el humor.

De modo y manera que a la luz de las linternas tuvo lugar la gesta. El desconocido se ponía en pie, al fin despabilado por la cuchilla, y era un señorito borracho y lúcido, maduro y tieso, todavía fuerte para combatir con Jerónimo. Jerónimo, empero, no combatía, sino que se limitaba a mantener la navaja horizontal y fija contra la tripa del otro, fuera de aquí, largo, tío, eres un particular, éste es mi sitio, no te conocemos de nada, el vagón es de todos, el vagón es nuestro, hijo de puta, el señorito —¿cómo había llegado allí aquel señorito?— hablaba con palabras de whisky, o sea que estaba muy borracho, tú has venido aquí, hijoputa de mierda, persiguiendo alguna chica del barrio, y las chicas de la Hueva son nuestras, el vagón es de todos, joven apuesto, la Hueva, qué gracioso, o sea que he venido a parar a la Hueva, qué cosas tienen ustedes los del cinturón rojo, o como se llame esto ahora, mira que estar yo en la Hueva, y todavía hay un gañán rubito que se atreve a interrumpirme el sueño en el Simplon-Express, en los Grandes Expresos Europeos, o como se llame esto, ¿usted ha oído hablar del Simplon-Express, joven, y de los Grandes Expresos Europeos, no, claro, usted es de la Hueva, pero qué gracioso, la Hueva, usted no ha salido nunca de la Hueva, el tipo tenía un bigotillo negro que contrastaba con lo blanco de su pelo, y que le quedaba entre payaso y cormorán, el tipo se iba venciendo, por el alcohol y el sueño, contra la navaja de Jerónimo, y Jerónimo no hacía nada por sujetarle, y el vientre grande y duro del cormorán elegante, con camisa italiana, entraba más y más en la punta de la navaja, hasta que brotó sangre, como cuando sale petróleo del fondo del mar, que no se sabe si es petróleo o qué, y los viejos en sus asientos se tragaron un grito entre los dientes que no tenían, pero enfocaron sus linternas enderezadas, por más y mejor alumbrar la gesta. Jerónimo dio un paso atrás cuando el otro trató de apoyarse en él, pero manteniendo el acero en el mismo punto, y entonces el desconocido/cormorán quebró sus palabras, torció su torcido gesto, se puso las manos en el vientre y su conversación de whisky empezó a ser una conversación de sangre.

Jerónimo soltó la navaja cuando el cormorán/personaje estaba completamente doblado sobre ella, de esto puede hacer seis meses, o catorce, y le dejó caer, con un sonido sordo y extenso, sobre la dulce y vieja tarima del vagón, dándose la cabeza contra todos los hierros de un ferrocarril de primera bien puesto por dentro. Las linternas le

hicieron luto, como hachones, al hombre que moría, pero ninguno de los viejos tácitamente asilados se atrevió a moverse.

—Jerónimo no le ha matado.

—El tipo se clavó solo en el arma, porque no se tenía de pie.

—Pásame la petaca, anda, que vuelvo a coger el sueño.

—Hoy es gasolina.

—Da igual lo que sea.

A la luz de las linternas, ahora temblonas de los viejos, Jerónimo puso al muerto boca arriba, de una patada, le sacó la navaja y la estuvo limpiando delicadamente (ya se sabe que Jerónimo era un caprichoso del arma) en las ropas del otro, de vez en cuando se la metía en los ojos para humedecerla y limpiarla mejor, luego se la guardó despacio, doblada, en el trasero del tejano, se puso de espaldas al cadáver y lo cogió por las muñecas, arrastrándolo, como a veces se tira de algunas carretillas. Así pasó entre los ancianos que se fingieron dormidos y los asientos vacíos que dormían de verdad su peluche, su paja y su tiempo. La cabeza blanca y volátil del accidentado, ligera y pesada a la vez, sonaba como pasos presurosos y casi alegres en los escalones de hierro del vagón. Jerónimo siguió arrastrando a su hombre a través de las espigas salvajes, en la noche de invierno sereno, con luna de bronce y gentío acumulado (la Hueva se pasaba las novedades como con tam/tam, a cualquier hora, tal una tribu africana). Mujeres en bata y hombres un poco sosos ante aquel ejemplo de hombría, vieron pasar a Jerónimo, casi un niño para ellos, entre dos almenas de caras asustadas, caras dormidas y caras despiertas, todas entre la duermevela, el susto y la admiración:

—Lo lleva a la calera.

—Parece un señorito del centro.

—Va camino de la calera.

—Qué horror, lo quema en cal viva.

—Lo mejor que puede hacer.

—«Los que van a la calera no enseñan la calavera».

La Hueva, como los pueblos hondos de España, aunque no fuese un pueblo, vivía tanto de refranes comunes como de refranes locales, inventados. Quizá el barrio periférico de la gran ciudad inventa más que el pueblo montañés o mesetario, aislado. Jerónimo caminaba con la cabeza baja, tirando de su pesado muerto, a la luz de cobre de la luna, entre dos filas de cerillas, mecheros y linternas, como cirios, quebrando con la cabeza y el cuerpo del muerto bellas y altísimas espigas salvajes, un poco recias y ásperas, lo que la Hueva llamaba la cosecha de invierno, en un reguero desigual y negro.

Llegado que hubo a la calera o pozo de cal viva (gran miedo y mito y tabú del barrio), Jerónimo, en el borde mismo, volteó al visitante por las muñecas y lo dejó caer a la calera (la corbata roja le volaba casi alegremente), que dio en la cal con un golpe húmedo, luego fue un perfil de momia anticipada y en seguida desapareció. La cabra, despertada de algún rincón con tanta movida, vino violentamente, abriéndose paso contra el personal, a meterse entre las piernas de su dueño.

Jerónimo volvía hacia su vagón/fortaleza, con la cabra saltando a su lado, como un rey pobre de vastísimos dominios, como un carlomagno de la Hueva, como un ulises lumpen, como un merovingio rubio, criminal y bueno. Fue cuando las gentes empezaron a murmurar por la Hueva, palabreando la sospecha:

—Que el Jerónimo baja a Madrid a matar.

—Que no sólo asalta gasolineras.

—Que el Jerónimo es de cuidado.

—Nuestro jefe por cojones, eso es lo que es.

—Pero siempre es un peligro.

—Y la calera es tan suya como nuestra.

—Desde hoy es más suya que de nadie.

La Hueva se sentía dominada y protegida, como una tribu, entre la navaja y la calera. Aquella noche, Jerónimo durmió abrazado a la cabra.

SECUNDINA, que no sirve para nada, se lo ha dicho a Auxiliador, su marido, un mendigo que pide con conocimiento en el parking del Palace:

—Anoche no te dieron nada tus magistrados de las Cortes, tus cardenales del Palace, y hoy tenemos que comer algo. Acércate esta noche a la Huesa y trae lo que puedas. A Auxiliador, acostumbrado a tratar con magistrados y capitanes generales en el parking del Palace, que usted las tenga buenas, señor general, por mí no se moleste, que me remedio con nada, le da como un cierto asco ir a la huesa de la Almudena, que no es tal huesa, sino el sitio de los aparcados recientes, a aliviarle al muerto de un sortijón de oro alemán o aliviar a la muerta de una diadema de boda, caballero estable busca pensión completa, formalidad garantizada, viuda buena presencia necesita familia en régimen de alquiler, diadema en garantía. Pero Auxiliador, a medianoche, después de haber cenado una galleta maría, cuando su señora ha ido a ocupar (malamente) su sitio en el parking, se siente impulsado a hacer la proeza, sale de la chabola, va de sombra en sombra, llega hasta los desmontes de la Almudena y se dirige directamente al huerto de las últimas sepulturas. Elige por las lápidas:

DON DIÓSCORO DE TAL Y DE TAL; ENTERRADO EN LA BONDAD DEL SEÑOR; CON TODOS SUS ATRIBUTOS Y PRESEAS; LA SEGOVIA QUE NO LE OLVIDA, etc.

Ahí tiene que haber algo. Auxiliador olvida el fino relente de la noche de septiembre avanzado, tira la gabardina larga de pedir, mira en torno, se asegura de que está solo y empieza a trabajar la sepultura, no frontalmente sino por un costado de arena, que los vecinos de la Hueva se conocen bien la arquitectura del sepu de los muertos que dijo el otro. Auxiliador cava y cava. Caballero estable, ofrécese. Toma ya caballero estable, que lo he cogido por una muñeca, se conoce que la caja era mala y se ha podrido en un mes, y le arranca el reloj de oro macizo, cuadrado y feo, pero valioso, he ahí un hombre que creyó dominar el mundo porque tenía un reloj que dominaba el tiempo. Con la prisa y el tirón, a Auxiliador se le ha venido la mano con el reloj, pero Auxiliador devuelve la mano a su sitio, trabaja como un topo, o al revés que un topo, y cierra el hueco y se lleva el reloj de don Dióscoro de tal y tal, enterrado en la bondad del Señor, con todos sus atributos y preseas (ahora te falta una preseas, tío), pero seguro que Segovia no te olvida. Mañana, Secundina llevará el reloj a un pispandero de la calle Carretas y le darán por él lo que sea, en todo caso bastante.

Auxiliador piensa que ha cumplido como un hombre, la Secundina ya está dormida y su marido se limita a dejarle el reloj encima de la almohada, para que lo vea nada más levantarse. Hay hombres y hombres.

Hay que ser mucho hombre para sacarle el reloj a un muerto.

BLAS, que no sirve para nada y sirve para todo, le ha pintado a la moto de Jerónimo un ala a cada lado del motor, un motor que tiene forma y calor de riñón estilizado. El ala es oro sobre negro.

El tipo con perfil de cormorán, el maduro, el viudo, el viejo, el alcohólico público, nada anónimo, el señorito, se vino a la Hueva detrás de María, la María, una niña que había descubierto en el baile/bolera de Arlabán, adonde entró mayormente por apostar a los bolos. Luego quiso requebrarla de amores en la planta alta, pero María no iba de ancianos ni de pela, sino de adolescentes con la polla loca, y vio con angustia cómo el cormorán borracho la seguía por calles, metros, autobuses, microbuses, más y más metros, hasta la mismísima Hueva. María se escondió en su casa y así fue como el cormorán, borracho, fue a dar con su tripa de rico contra la navaja fina y elegante de Jerónimo, que se limitó a apoyarla en su vientre y dejar que el tipo actuase. Si el

cormorán se hubiese tambaleado hacia atrás no habría pasado nada, pero se tambaleó hacia adelante, con lo que se hincó él sólo en la navaja albaceteña, fina y elegante de Jerónimo.

Una vez muerto, no había más remedio que echarlo a la calera.

(Calera: pozo de cal viva que se mantiene mediante el calor artificial: a veces se dan caleras mantenidas por el calor natural (corrientes subterráneas de la tierra), y éste era el caso de la Hueva).

María/cormorán/navaja/calera. Así es el proceso y no hay por qué ponerle más literatura. El señorito feo y maduro del Viso, colonia elegante de Madrid, barrio de Salamanca, acabó en la calera porque era su destino, y el destino no es nada que esté escrito en los astros, sino que, como dijera los sabios, se corresponde con el carácter de la gente. La cal viva.

Se llama cal viva al óxido de calcio, calentando la piedra calcárea a muy elevada temperatura, lo que determina su descomposición en ácido carbónico (propiamente anhídrido carbónico), que se desprende en forma gaseosa y óxido cálcico. La cal viva o anhídrido se combina con el agua, produciendo mucho calor. Se utiliza para la desinfección de las materias fecales de personas afectadas de enfermedades intestinales contagiosas, y también para quemar los cadáveres en tiempo de epidemia.

El barrio de la Hueva, encabezado por Jerónimo (quizá se ha contado ya, o quizá no), se encamina periódicamente, nocturnamente, al cercano cementerio de la Almudena, los grandes almacenes de los muertos madrileños, como dijera un cronista de la villa, y allí se desvalija a los muertos y se viola a las muertas, en tiempo de saca, huesa o muda, como dicen los sepultureros y funcionarios del cementerio, cuando los cadáveres pobres o huérfanos están tres o cuatro noches a la intemperie.

Jerónimo, pasivo, lo dirige todo con una potente linterna que denuncia la labor de cada uno, lícita o ilícita (el derecho romano está tan ínsito en el hombre que funciona incluso para estas cosas), y, por otra parte, descubre la presencia de guardianes, sepultureros, maderos y otros enemigos. Cuando el muerto es demasiado importante y ha quedado muy despiezado, Jerónimo ordena llevarlo hasta la Hueva y arrojarlo a la calera.

El ceremonial se hace entre cuatro hombres, que sólo se ponen el pañuelo o la bufanda como protección, según el clima, para este entierro posterior al entierro, para esto que alguien llamó «la muerte de los muertos». Quiere decirse que el cadáver está mutilado en exceso, por codicia o torpidez, y entonces lo mejor es que desaparezca.

Jerónimo es el que dice a quién hay que depositar en la calera y a quién no. Un muerto, dos, tres a lo sumo, el caballero estable, el jubilado buena salud, la señorita con deseos de hacerse un porvenir, caen a plomo en el pozo de la calera, como en una piscina blanca y de fuego, sobrenadan un momento la segunda muerte, mirándoles a todos con su cara blanca de cal, y luego desaparecen para siempre.

A la mañana siguiente, mediante un olvido colectivo, voluntario y firme, la Hueva amanece alegre y hasta higiénica, Jerónimo peina a su cabra, la *Gilda*, Blas repinta la moto (un ala de oro en cada costado del motor/riñón), y los bohemios de cada noche van abandonando el vagón de la renfe, grandes expresos europeos o lo que sea, lentamente, cansinamente, alegremente, hacia sus puestos de trabajo en Madrid, esquinas de pedir, tabernas de beber, quioscos de leer el periódico gratis, mayormente las páginas financieras, que a algunos les preocupan mucho las bajadas de la Bolsa, aunque ellos no tienen un duro en el tema.

MEDRANO ES ALTO, bamboleante, melancólico y barbudo. Medrano, de acento uruguayo/paraguayo, es uno de los que más se preocupan por las cotizaciones de la Bolsa. Duerme en la renfe, o sea el vagón de ferrocarril donde reina Jerónimo, y por las mañanas se sienta en el suelo, a la sombra del vagón, con las rodillas en pico, y abre lujosamente un viejo *Financial Times*, que no se sabe si renueva de vez en cuando o

es el mismo siempre.

A veces hace comentarios:

—Jerónimo, esto de la Siemens va fatal.

—¿Tienes dinero en la Siemens? —le pregunta Jerónimo, sentado en el techo del vagón, o sea que es un diálogo vertical.

—No, pero cuando la gran industria se hunde, los pobres lo notamos. No creas que la Siemens son sólo las máquinas de coser.

—Mi madre tenía una y me hacía abrigos en invierno, y cazadoras.

—Pues no, estás muy equivocado. La Siemens tiene detrás toda una industria pesada, y quizá una industria de guerra.

Medrano no tiene dientes por la parte de arriba y se deja el bigote largo para tapar este defecto.

—Pero la Siemens es alemana, ¿no? Alemania hizo sus dos grandes guerras en este siglo y las dos las perdió. No creo que ahora vaya a iniciar una cruzada por las máquinas de coser.

Medrano llegó a la Hueva sin saberse cómo ni de dónde. Medrano es uruguayo/paraguayo o algo así, da igual, quiere decirse que tampoco importa demasiado. Jerónimo admitió a Medrano en la Hueva, e incluso como uno de los huéspedes de la renfe, por intuición y nada más. Jerónimo es un tipo que las piensa poco, vive de intuiciones, como si dijéramos, y la intuición nunca le falla. La intuición puede que sea una manera abreviada de discurrir. Gracias a Jerónimo, Medrano sale todas las mañanas de la renfe, se pone la chaqueta de mezclilla sobre la camisa de rayas y jirones con que ha dormido, y se sienta en el suelo, con la espalda contra el vagón, al sol o a la sombra, según las épocas, a leer el *Financial Times*. Estos uruguayos/paraguayos son muy políglotas y transiberianos: quiere decirse que lo han viajado todo y hablan varias lenguas, aunque, por la falta de dientes, no se les entiende.

—Tranquilo, Medrano, que los alemanes no van a llegar hasta la Hueva.

—Vos no sabés, ché, el peligro que tiene la raza aria, un mismísimo carajo, que uno es pelotudo y ha vivido, Jerónimo, compañero, yes.

Medrano, cuando juega a la defensiva, vuelve a sacar el acento y la jerga uruguaya, que con eso se defiende mejor y le parece como más internacional. Quizá Medrano sea un judío triste y errante perseguido por el fascismo latinoché. Esto Jerónimo ni se lo pregunta. Jerónimo se pregunta ya pocas cosas. Acepta a un hombre o no lo acepta, y ya está. Medrano no se sabe para qué sirve, pero algún día se irá sabiendo.

De momento, Medrano sirve para leer el *Financial Times* en inglés y comunicarle a Jerónimo, de abajo arriba, las cotizaciones atrasadas, un mes o dos, de la sínger, la siemens y la AEG. Medrano dice que eso es importante para la marcha del mundo y para la marcha de uno mismo. Cuando Jerónimo baja a Madrid en la moto, Medrano pide que le suba un *Financial Times*, de la fecha que sea, da igual, sin leer el *Financial Times* no se puede vivir decentemente en el mundo, ni siquiera en la Hueva.

—Seguro que tú eres un judío huido a Suramérica y perseguido por los nazis, Medrano.

—No jodás, mijo, no jodás, no mentés esas cosas, mijo, no mentés.

Y así van pasando la mañana.

DESMONTES DE LA ALMUDENA, donde el gran cementerio ya es campo, abandonando su voluntad hospitalaria de camposanto, y se deja invadir por la ortiga blanca, la amapola nocturna, que a lo mejor no es una amapola, y el trigo silvestre que come la cabra de Jerónimo. Noche de luna negra y frío quieto. Los viejos alumbran con sus inseguras linternas. Todo viejo se acompaña de una linterna y una petaquita de alcohol, como para que no le falten nunca la visión clara del mundo, incluso de noche (la visión que ya no tienen sus ojos), y las energías del orujo o el chinchón, o lo que sea, las energías

que ya no tiene su alma antigua, disminuida y seca. Jerónimo ha dejado la cabra atada, sería demasiado jaleo, y los muertos están en una formación de cuarenta o cincuenta, horizontales, serios, como esperando pasar revista, hombres y mujeres, unos más presentables que otros, pero todos decentes en su esqueleto o en su medio ser trabajado por el cáncer después de la muerte (la muerte no es la muerte, sino el otro lado, el revés de una persona, revés en el que siguen trabajando la salud y la enfermedad).

Algunos vecinos de la Hueva han visto partir desde la renfe la caravana silenciosa de viejos con linternas, precedidos por Jerónimo. Esto pasa dos o tres veces al año, cuando hay monda en el cementerio, o remoción de osarios. Jerónimo y los viejos van a desvalijar piadosamente a los muertos sobrantes, los muertos de unos días al aire libre, que les sienta muy bien, ya se ha dicho, los muertos que son como expedientes sobrantes del inmenso fichero de la Almudena, y que ya se verá dónde se les mete, todos juntos o separados. Es lo que pasa con los muertos pobres, que siguen siendo pobres después de muertos, y están en el cementerio como de pensión, y por cualquier cosa les ponen de patitas en la calle, les cambian de sitio, los van arrinconando, marginando hacia las afueras hortelanas o mesetarias del cementerio, que tiene un anverso suntuoso/piadoso y un reverso agrario, indiferenciado y sin ninguna dignidad de rito, aunque Jerónimo piensa vagamente, mientras camina, que a él le gustaría más ser un muerto de éstos, un muerto con tumba de espigas, tumba anónima y hospiciana, que un muerto de los otros, de los que están encerrados en el palacete hipócrita de un gran panteón, solos y con espacio de sobra, como estuvieron en su despacho de vivos, o apretados y fríos entre mármoles, como faraones familiares de cualquier familia de mierda. Los viejos, al pasar cerca de la calera, se miran y susurran. La calera y la renfe son los dos reinos de Jerónimo. Sus amigos duermen con él en la renfe. Sus enemigos se queman vivos en la calera. A Jerónimo, al joven y rubio y violento Jerónimo, hay que caerle bien, porque cualquier día te puede echar a la calera, porque te has confundido de sitio a la hora de dormir o porque roncas, sencillamente.

Jerónimo va y viene mucho, algunos días, entre la renfe y la calera, con la cabeza baja y como pensando, de prisa o despacio. Éste está pensando en tirar a alguien a la calera. Éste está pensando en ponerle delante la navaja a alguien, como al señorito aquel, maduro y jamono, para que el otro se clave casi voluntariamente en el acero. Éste anda cabreado porque alguna jai, por ejemplo la de anoche, no ha querido venirse a dormir con él a la renfe. Seguro que la descuartiza con la navaja y luego la tira a la calera. (A algunos ancianos les gusta ver/oír el follar de un chico y una chica jóvenes, y hasta les alegra un poco la cosa de la ingle: se animan a hacerse una paja, pero no saben si llegan al final, porque se duermen). Éste, sencillamente, lo que está es con el mono, se conoce que le falta material, a la tarde, en cuanto se pique, le veremos tranquilo, cariñoso con los niños y la cabra. Y la Hueva era como una ciudad de mármol clásico con el destino pendiente de un príncipe rockero, dulce y sanguinario.

La legión de los viejos, presurosa y nerviosa, movida de linternas, desvalijando muertos en bandada. Jerónimo lo mira todo, lo vigila todo, pero no participa en nada, como un rey echando carroña a sus halcones.

A una vieja le sierran el dedo (traen serruchos) para sacarle el sortijón. A un esqueleto serio y señor le desmontan la calavera para llevarse la dentadura de estaño y oro alemán. A una joven reciente la desbrogan entre tres borrachos solamente maduros, para violarla. Jerónimo lo mira todo, le divierte todo, tiene su propia linterna para mirar a lo lejos, para saber si viene alguien o no viene. ¿Y por qué se va a pudrir la riqueza y la pobreza de los muertos bajo la tierra, si hay vivos que pueden disfrutarla? La tierra lo guarda todo, como una niña que esconde tesoros, pero a Jerónimo le parece bien, antes que nada (es una manera de tenerlos tranquilos) que sus borrachos y roncadores de la renfe tengan una fiesta de vez en cuando. A Jerónimo no le apetece llevarse nada

de los tesoros muertos, de los tesoros de los muertos. Jerónimo prefiere exigirles sus diezmos y primicias a los vivos, aunque luego les dé, si no hay más remedio, el hombre propone y Dios dispone, el dulce alivio de la muerte a navaja, que en el cuello es fresca como un collar y en el corazón es urgente como un amor.

Lo que más admira es lo quietos que se están los muertos, lo dóciles que son, cómo se dejan robar, saquear, buscar y rebuscar, y hasta dar por el culo, cómo se desprenden de sus relojes de pulsera, ya parados por la arena, con un ademán casi altruista y, en todo caso, elegante.

La muerte, piensa Jonás, quizá sea la definitiva elegancia. Al final hay una confusión de viejos, borrachos y muertos, y hasta se establecen peleas entre dos o tres que han robado un mismo objeto. Robado, sustraído, levantado, como ustedes quieran.

Jerónimo, naturalmente, es el que tiene que poner orden, a la luz temblorosa de las linternas, que se quedan quietas cuando él lo manda. Elegante esqueleto de caballero que se ha deshecho de su reloj Maurice Lacroix, como si lo hubiera llevado a empeñar, y muslos amarillos, sospechosamente plenos, de adolescente violada que sonrío con la mitad de la calavera.

Susurrante esqueleto de vieja embalsamada por la piedad: joyas falsas y rosarios de plata hueca entre sus manos unidas en forma de ermita. Le arrancaron el rosario destrozando sus blancos dedos. Algún dedo hubo que desengancharlo de la plata del rosario.

Mezquina hilacha de muerto, hilván de mendigo, con la petaca de alcohol visible en un bolsillo y la cartera abultándose en el pecho, bajo la chaqueta. Se le notaba el bulto como una respiración. Le sacaron la cartera entre dos viejos y resulta que estaba llena de billetes y décimos de lotería, quizá premiados, aunque seguramente caducados. Se repartieron el dinero.

Viuda en buen estado, media pierna con carne, ofrécese Almudena, permanente que había respetado la muerte, como el mar respeta las coliflores submarinas, labios rojos con vida de gusanos, manos sobre el sexo, más coquetas que púdicas, protegiendo una vagina ciega de bichos y yerba.

—¿A ésta la violamos o la matamos?

—A ésta le pedimos prestado el crucifijo y basta.

Le arrancaron el crucifijo del cuello, marfil y baño de oro. Todo lo compra Madrid. Caballero bien instalado, muerto, pero saludable, busca socio para seguir hablando de negocios en la tumba. Era calvo, corto, panzudito y como catalán. La veste/hueste de los viejos y borrachos cayó sobre él, olvidándose de toda la leva de los muertos, y, efectivamente, le sacaron documentos mordidos por la humedad, letras de cambio incobrables y cheques en catalán que, por ilegibles, no se sabía si valían o no. Pero el más joven de los viejos, el más abstemio de los borrachos, el más diurno de los nocturnos, alivió al catalán de un san Jorge de plata, una moreneta de oro y caoba (todo lo llevaba al cuello), un reloj suizo/francés, una pulsera de oro macizo, mira que usar pulsera, la muy maricon, un billetero en muy buen estado (la piel, no los billetes) y unos guantes de napa.

¿Y cómo ha venido a parar y morir aquí este catalán tan catalán?, se pregunta Jerónimo, dando por supuesto un atraco o una aventura amorosa, después de la cual la viuda no había reclamado los restos. Olivarero andaluz ofrécese... Éstos no traen más que mierda y una mandarina en los bolsillos, y una macarena de bisutería al cuello, etc. Jerónimo siente crecer el día a su espalda, como un mar vertical y nuevo. Jerónimo se vuelve y lo mira. Viene el día de los vivos que se llenarán los bolsillos de cosas para que les entierren con todas ellas y luego vengan estos viejos eternos a cambalacheárselas. Jerónimo hace con su linterna la señal de retirada, que está convenida en grupos, aunque sólo son como una docena, por no despertar decires. Tras una última mirada a sus clientes, todos se ponen en marcha hacia la Hueva. Viuda

en buen estado, ofrécese, caballero formal, familia estable. Etc.

Jerónimo, cuando lee los anuncios por palabras de los periódicos, buscando algún apaño, se acuerda siempre de los desenterrados de la Almudena. Vivos y muertos con sus ofertas y tesoros de latón, separados sólo por una hoja de periódico, como la vida y la muerte. Los viejos vuelven a la renfe en grupos de tres, distanciados, aunque la Hueva les espía tras las cortinillas de cuadros, y Jerónimo toma un camino distinto y largo, da un rodeo lento y perfumado, como siguiendo la curva del día que se insinúa, silente y sereno. Viuda en buen estado, ofrécese. La vida es una sección de anuncios por palabras. No hay más que tomar lo que uno quiere. La vida es toda una página de ofertas luminosas y baratas, por palabras, piensa Jerónimo. Y la muerte.

AUXILIADOR ES UN POBRE que pide en la escalera del parking de las Cortes, con un cartel muy correcta y aplicadamente redactado, una gabardina abrochada desde el cuello hasta los pies y una cara roja de salud o de vino:

—Buenas las tenga usted, señor excelentísimo, y lo elegante que va su señora. Ninguna obligación tienen, señores míos, sólo la voluntad.

Y el marido le deja a Auxiliador cuarenta duros, qué menos, en un diputado que va a las Cortes o un consejero de administración que va al Palace.

Auxiliador, uno de los huéspedes veteranos en la renfe, tiene una amante amarilla y enferma que le sustituye por las noches, con menos prosodia y más teatro mudo, entre Manolita Chen y Pina Bausch: Jerónimo, algunas tardes, se sienta en el suelo, junto a Auxiliador, con gafas negras y manos sueltas de tonto. Jerónimo no se contenta, como Auxiliador, con la limosna del huésped de las Cortes o del Palace, sino que quiere dar el gran golpe, hasta que una tarde se presenta un cardenal, todo revestido de lo mismo, borracho y moradíceo, llevado por dos subdiáconos. Sin duda van al Palace a celebrar algo con más comida y más bebida.

Auxiliador sabe de qué va Jerónimo y no pregunta nada cuando éste se levanta y va tras los clérigos. Un hombre que está tan borracho necesita mear. Los borrachos mean mucho. Jerónimo se mete en los servicios de caballeros y espera a que llegue el arzobispo, el cardenal, lo que coños sea. Y el tipo llega:

—Dejadme solo, yo me valgo para hacer una humana necesidad.

Los subdiáconos se retiran. Sin duda, el cardenal no quiere que nadie le vea la picha. Es una picha visitada por el Espíritu Santo, aunque ahora esté blandulona de alcohol. El cardenal elige una cabina, y no una concha pública. No hay nadie en los servicios. El cardenal, grande, poderoso, maduro y con gafas negras, está orinando grueso y diciendo cosas en latín, para sí mismo. Jerónimo entra en la cabina con la navaja en la mano:

—Ni latín ni hostias. A mí me das todo lo que llevas encima.

De los ropones morados cuelga una picha flácida y cansada. El cardenal tiene el pelo gris, a cepillo, y unas gafas gordas y oscuras:

—¿Cómo dice, joven?

—El joven no dice nada y no intentes ganar tiempo, hijoputa. Venga el material. Y Jerónimo le mete al cardenal su navaja en las costillas. El cardenal se busca entre los ropones, olvidado de su picha, y le entrega a Jerónimo una cartera de bolsillo, vieja y abultada. Jerónimo le arranca crucifijos, rosarios, botonadura de oro, misales y anillos cardenalicios. Se va en seguida y el cardenal repara en su picha, aunque borracho. No puede salir de la cabina con esa cosa gris y colgante. Se lo arregla todo a la altura de los bajos y vuelve al vestíbulo del gran hotel, digno y espabilado por el incidente, pensando que todo esto son avatares de la democracia.

—Todo esto son avatares de la siniestra democracia.

—¿El qué, excelentísima?

—Acaban de robarme la cartera en los servicios. Y el Cristo de oro y un rosario de

mamá.

—No está bien que una eminencia haga sus urgencias en un servicio público.

—¿Volteriano vas a salirme tú?

—Nada he dicho, eminencia.

Jerónimo está sentado junto a Auxiliador, que está de pie. Jerónimo se ha puesto unas gafas negras y se ha quitado la cazadora, sentándose sobre ella, por si le reconocen.

—El cardenal ya está limpiado, Auxiliador.

—Eres un genio, Jerónimo.

—Cuenta con tu parte, Auxiliador. Ahora me meto en el tubo, por si las flais.

Y Jerónimo coge un Metro hasta Vallecas. Por encima del pantalón se va tocando en los bolsillos, distraídamente, los anillos, los crucifijos, la Biblia.

Jerónimo sabe dónde tiene que ir al día siguiente, por la mañana temprano, a pulir toda la mercancía. Ahora siente la necesidad de llegar a la renfe y ponerse un pico. Cuando llega, hace correr las puertas correderas, de cristal, con grandes iniciales grabadas en el vidrio, que le aíslan del resto de los durmientes. Lo suyo es un departamento de primera especial A, en el que sin duda viajó mucha gente de pela hacia la Costa Azul, hacia la Riviera, hacia París. Jerónimo no siente la melancolía de los grandes viajes. Todas las ciudades son iguales, se dice: un sitio donde robar, matar y follar. La puerta corredera de cristal y las grandes iniciales enigmáticas le sirven para aislarse de la leva de viejos, borrachos y hemodiálisis que alberga en su vagón. Jerónimo, sin saberlo, es el Luis II de Baviera de los vagabundos.

NENUCO Y LETRAS GRABADAS a fuego en el cristal. Nenuco en su alma y una Erre y una Efe gigantes, como escarcha indeleble sobre la puerta. Jero está tendido en una de las literas de lujo, la suya, y disfruta la intimidad de su reino (incluso los reinos más extensos sólo se disfrutaban en la intimidad). Dos grandes iniciales que no entiende y un olor a jardín y a inocencia que le sube del alma, el nenuco que roba en las farmacias cuando va a comprar jeringuillas para el pico, o cuando atraca: las farmacéuticas nocturnas se quedan flipadas de ver que un picado, entre las jeringuillas y el material, se lleva unos tarros de nenuco.

Jerónimo, tendido en su litera de lujo (un lujo al que se le sale la paja), disfruta de su reinado a solas, huele su olor, mira las grandes letras grabadas en el cristal, como capitulares del libro del viaje, y se va durmiendo. Jerónimo se siente cada día más el rey de la Hueva, pero no dice nada, ni siquiera piensa en ello, como no pensaban los dioses griegos e inocentes.

Auxiliador también llega tarde. Jerónimo lo ve del revés, en las puertas y los espejos. A Auxiliador lo ha relevado, en el parking, su mujer/amante, o lo que sea, la hembra pálida y entrada que prefiere no pedir en un cartel, como Auxiliador, sino pedir de palabra. La mujer/amante/lo que sea de Auxiliador es anterior a la palabra escrita, a la Galaxia Gutenberg, anterior o posterior, cree más en su verba que en los carteles, y también saca lo suyo, pero Jerónimo tiene prohibidas las mujeres en la renfe, salvo las propias, de modo y manera que Secundina, la mujer de Auxiliador, duerme donde puede y como puede.

A Jerónimo, príncipe renacentista, romántico, Luis de Baviera que se ignora a sí mismo, Luis de una Baviera de polvo y cáscaras de huevo, Ulises de una Ítaca que nadie le ha nombrado, Orestes que sólo se parece un poco a Orestes, a Jerónimo, en fin, le gusta disfrutar de su imperio macho de la renfe, con las grandes iniciales grabadas a fuego en el cristal, el olor ingenuo del nenuco, tan bueno para dormirse, y su soledad de hombre que no tiene que cumplir, qué cojones, que con las jais siempre hay que cumplir. Jerónimo se huele las manos renacentistas, recuenta los tesoros del cardenal y se duerme. Al día siguiente lo venderá todo en las Américas. Jerónimo tiene el pico asegurado y las jais son gratis. Por el espejo del vagón, de su vagón único, ve a

Auxiliador desnudo cuando se quita su gabardina aparente de pedir en el parking del Palace. Jerónimo comprende que Auxiliador debiera tener a Secundina a su lado, pero Jerónimo no quiere líos en la renfe, y las mujeres siempre son un lío (aunque él siempre trae la suya, la de turno). Jerónimo es un fascista sin saberlo, como Marco, Bruto, Calígula, Nerón y otros menos notorios, pero más eficaces negativamente en la Historia. Jerónimo ve un Auxiliador blanco y seco, enteco y decadente, en el espejo del vagón privado. Piensa en Secundina, pálida y helada en las escaleras del parking/Cortes, pero Secundina es ya madura y Jerónimo prefiere pensar en *Gilda*, su cabra, atada a algún árbol de los desérticos jardines municipales, dormida y seguramente soñando con él.

MEDRANO, el uruguayo/paraguayo, actúa mayormente en el cementerio de Vicálvaro; el otro día fue, de madrugada, desenterró a una adolescente peliverde, le quemó el vello del pubis con un encendedor y luego se la benefició por su sitio, como hacía el poeta Cadalso, el de las *Cartas marruecas*.

Claro que este detalle de quemarle el pubis nunca se le hubiese ocurrido a Cadalso, el pre/romántico, mayormente porque entonces no había encendedores a pilas, como ahora. Claro que también podría haberle quemado a la niña el pelo del coño con cerillas o pajuelas, como se llamaban entonces. No hay noticia entre los eruditos de que Cadalso le quemase el vello del pubis a su novia, recién enterrada, con pajuelas ni cerillas, pero sí de que se echó con ella un baile, desenterrándola la noche del entierro. Lo de quemarle el vello del pubis a las niñas recién muertas con un bic es invención que Medrano quizá se ha traído del uruguay/paraguay, esos países inexistentes donde él se refugió, al decir de Jerónimo, de la persecución nazi, judío como es o parece, por la lentitud de los ojos y la melancolía de la barba.

Medrano ha nacido para estas cosas, ha quemado y violado vírgenes en todos los cementerios de América y de Europa, o a la inversa, y luego viola a las niñas a la brasa, con calma de hombre vago y deleite de experto. Cada virgo muerto que se llevaba por delante era como una flor sin nombre, hospiciana y modesta, que le perfumaba el glande de gencianas y más allá.

Por Vicálvaro cogió un día la pasma a Medrano, entregado a sus oficios, y todavía está en el trullo, pidiendo un *Financial Times* a Jerónimo y a las pocas visitas que tiene, por saber cómo van las Bolsas internacionales. Medrano, en Carabanchel, daría una vez con Jacobo, y le convenció para dejarse quemar el vello del pubis, se conoce que a Medrano le gustaba fornifollar a la llama, y Jacobo se dejó (mucho más tarde se explicará cómo, quién y de qué manera murió Jacobo). Medrano, ahora mismo, está para siempre en Carabanchel, mas puede que vuelva a salir en esta verídica historia, ya que dio un cierto juego en la Hueva, y no por lo que hiciera, sino por lo que dejó de hacer. Jerónimo, que en el fondo creía en el hombre, en los hombres, se sintió un poco decepcionado al ver que de Medrano, tan bolsístico, no podía sacar nada. Jerónimo, como Napoleón, y como todos los grandes caudillos, vivía de aprovechar el talento de los generales enemigos: «Cuando el enemigo se está equivocando, no le distraigas».

Jerónimo tiene pocas lecturas, pero bien aprovechadas.

Así las cosas, en las pelás y mondas y huesas de la Almudena, Medrano siempre se retira a una sepultura apartada, con lápida reciente de niña muerta, de adolescente que voló a los altares del Señor, y trabaja con pico y pala, dándole y dándole, con ese sudor nocturno y frío de los locos, hasta que da con el féretro, lo abre a hachazos, cuidando de no dañar el contenido, y por fin arranca la tapa y saca a la chica, que a veces es fea, subnormal o pianista, cosa mucho más grave que las anteriores, y allí mismo le mete caña, por bajo las galas mortuorias, que son lo mismo que unas galas nupciales, hasta que ha eyaculado tres veces en la vagina fría/tibia de la recién/difunta, y luego lo vuelve a colocar todo con mucha meticulosidad y arreglo. Medrano no es un artista, pero es un

hombre con sentido común, devuelve el cadáver al féretro, arregla en lo que puede el astillado, devuelve la tierra a la tierra, aplanando con la pala lo que sobra —¿de dónde saca Medrano un pico y una pala?—, centra la lápida, la limpia con saliva y el propio pañuelo, la niña Mercedes Díaz-Pérez y Díaz, que voló al Señor, etcétera, todo esto le parece a Medrano muy respetable, luego pone tiesa la cruz, que siempre se ladea un poco con estos trajines, y que puede ser de hierro colado, de hierro forjado o de hierro/hierro, duro, mineral y compacto, sin más. A Medrano le gusta que haya una foto oval de la niña en el centro de la cruz, protegida por un cristal, pues así se enamora previamente de la criatura, y es como si se fornifollase a una vecinita del barrio.

Medrano, bien aseada la tumba, cuando ha limpiado la próstata mediante una o varias eyaculaciones delicadas y violentas, se pone de rodillas a los pies del cenotafio, o como se llame eso, deposita unas flores amarillas que llevaba en el bolsillo, y que tiznan mucho, algo así como no sabe qué, son unas flores europeas que sólo ha visto en París y Madrid, y que le parecen lindas, nomás, y Medrano reza por el alma inocente de la niña santa hasta que Jerónimo le llama al orden para volver a la Hueva.

A la presente, ya se ha dicho, Medrano cumple condena en Carabanchel por sus actividades solitarias en el cementerio de Vicálvaro, por su quema continua de pubis (es algo así como los pirómanos de los periódicos que queman bosques, pero en modesto y con bic), y por sospechoso, con Fedor y otros, de la muerte del bello/a Jacobo en Carabanchel supuestamente ahorcado y suicidado, de todo lo cual ya se hablará más adelante en esta veracísima crónica de la vida que pasa o que no pasa, porque siempre queda y se repite.

EL GURÚ SIVANANDA es un burócrata del orientalismo que se ha inventado un dios y una revista quincenal para vivir de la M.T. La M.T. Pascual/Sivananda, que vive de un gurú hindú que ni existe (maneja postales pintorescas de los años veinte), no ha estado nunca en la India y le da como cierto asco y aprensión eso de ir, que hay que ponerse tantas vacunas, no sea que te peguen algo.

Pascual/Sivananda le quiso quitar una vez una novia a Jerónimo mediante la mística oriental, la postura del loto y otras teatrerías que preceden al polvo. La chica era delgada, cabritilla y con olor a jara. Jerónimo no soporta que le pasen tales cosas y, por otra parte, sabe que Pascual/Sivananda tiene un dinero ahorrado, del que le mandan los imbéciles de provincias (se diría que las provincias están llenas de imbéciles) para el inexistente gurú:

—Buenas, que vengo a ver al Sivananda.

La secretaria es asténica, histérica y seguramente frígida:

—Me parece que usted se confunde, joven. El Sivananda...

—Ni joven ni hostias. Que salga ahora mismo o paso yo.

El modesto entresuelo de Manuel Becerra es una apoteosis de pagodas indias, o como se llamen, detalles ampliados fotográficamente del Cama/Sutra, daguerrotipos del viejo Sivananda, con el ocre del tiempo, máscaras hindúes y ejemplares de la revista que hace el aplicado orientalista. Hare Chrisna, Hare Chrisna. Qué cosa más antigua, se dice Jerónimo, al que todo esto le suena del Hair de su adolescencia.

—O sale o entro.

—¿Cómo dice usted, joven?

—Que sale o entro.

—¿Puedo comunicar al señor el motivo de su visita, si no le importa?

—Vengo a matarle.

—Muy ingenioso, señor, pero...

Are crisna, are crisna. A Jerónimo le suena así por dentro, de cuando era pequeño. Una mierda de cabezas peladas y ropas color paella que todavía andan por Madrid. Are crisna, are crisna.

—O sale o entro.

—Ya le he dicho por el telefonillo que salga. Pero no me ha explicado usted bien el motivo de su visita.

—Yo sólo hago visitas para matar, señorita dismenorreica. Para otra cosa no vale la pena. Ni te reciben.

El gurú Sivananda, muerto en los años veinte, derrama su sonrisa sepia —el sepia del tiempo, sí—, sobre una mecanógrafa asexual y un adolescente rubio que afina el juego abrir/cerrar de una navaja. Nadie diría que tanta paz burocrática y sivananda va a desteñirse en seguida de sangre.

Ángeles pelones con alas de azafrán, are crisna, are crisna, monos adolescentes y pelados sobre el cuerpo de Jerónimo, bajo la sonrisa sepia y apócrifa de Sivananda, en una reyerta de sangre y gritos. También hay en la pared una foto del pálido Sivananda/Pascual madrileño, casi en bolas, amagando posturas de un hinduismo gimnástico, armónico y gilipollas. La sangre salpica a los dos sivanandas, el inexistente y el de Manuel Becerra. Jerónimo reparte oportunos y ocurrentes navajazos entre la tribu pedigüeña que acaba de invadir la oficina, seguramente avisada por Pascual desde su propio teléfono, ángeles pelones que se desmoñan como muñecos antiguos, alas de azafrán que quiebran el vuelo contra el confort triste y seco de los sofás. Are crisna, are crisna. A Jerónimo le suena de cuando era pequeño y se llevaban los hippies. Y estos cabrones todavía siguen viviendo de eso. La mecanógrafa o taquimeca está definitivamente desmayada sobre su negra (y seguramente alquilada) máquina de escribir. Jerónimo, desde que conoció al sivananda, o como se diga eso, con motivo de aquella jai de mierda de cuando entonces, sabe que en este entresuelo de Manuel Becerra hay un dinero fácil y desprotegido, todo lo que mandan los protectores provincianos y suscriptores de la revista, que han optado por un cielo con más marcha que el católico. Total, por unas pesetas al mes. Los niños/adolescentes caen heridos de cuchillada en su alma débil de canela, en su violencia ingenua de azafrán, are crisna, are crisna, el disco suena en alguna parte, porque el gilipollas de Pascual/Sivananda/sivananda/lo que sea lo ha puesto en el despacho para enaltecer a sus muchachos. La musculatura/renfe de Jerónimo y su alegre navaja van dejando a la tribu en un montón apagado de amarillos sangrientos y calvas jóvenes, como frutos de Marte o una cosa así (por lo que Jerónimo ha visto de Marte en las pelis de aventis marcianas). Es cuando aparece Pascual/Sivananda, al fin, en la puerta de su despacho (quizá ha llamado primero a la pasma, aquí hay que moverse rápido y abrirse con la novela verde), y levanta las manos en señal de paz, está en mangas de camisa y con corbata, como el empleado de un Banco, y Jerónimo le mete la navaja hasta el epigastrio, y el muerto se le viene encima, con su olor de axila y oficina, un Sivananda sin desodorante, hay que joderse con el Lejano Oriente. Jerónimo cruza el corto despacho hasta la caja de caudales, que está abierta, con las llaves colgando de la cerradura, se llena los bolsillos del vaquero de billetes azules de diez mil, y cierra meticulosamente la pequeña caja, utilizando el pañuelo, siquiera sea por crear confusión en la pasma, nadie ha forzado la caja, titulares de prensa, reyerta entre dos grupos religiosos, se descarta el robo como móvil, etc. Jerónimo sale despacio del despacho, que huele al tabaco y las axilas de Sivananda, pasa por encima de su querido muerto, busca los servicios, que están al fondo a la izquierda, como siempre, y limpia la sangre de la navaja y de sus manos. Con una última mirada a los angelitos pelones, con alas de azafrán, que gimen por la oficina, entre sus panderetas hindúes y otras músicas, are crisna, are crisna, Jerónimo sale a la salud de Manuel Becerra, compra el *As/Color*, toma el primer autobús que pasa, en cualquier dirección, y viaja durante una hora en el vehículo municipal, enterándose de que Santillana metió un gol el día de su gloriosa retirada, capitán del Real Madrid la tira de años, Jerónimo, en tiempos, fue ultrasur, ahora casi no le queda tiempo para el fútbol, el compañero de

asiento, un calvito joven con aliento fétido, va leyendo el *As/Color* por encima de su hombro:

—Qué figura Santillana...

—Y usted que lo diga, joven.

—El Madrid no volverá a tener otro capitán como él.

—Bueno, siempre decimos lo mismo.

—¿Usted vio el gol de cabeza a tres metros del suelo? Bueno, ya supongo que lo vio. Estas cosas le ayudan a uno a vivir. ¿Usted no estará en el paro, joven?

—Yo estoy en la economía sumergida, caballero —explica Jerónimo.

—¿Y eso qué es, oiga?

—Lo siento, ésta es mi parada.

—Me tiene usted que explicar lo de la economía sumergida, oiga.

—Otro día, si le parece.

—Pero qué gol el de Santillana, ¿no?

—Razón que le sobra, oiga. Qué gol el de Santillana, pero yo es que soy del Rayo.

—¿Del Rayo?

—Otro día se lo explico también. Yo es que hago esta línea, como usted. El calvito futbolero le miraba anhelante y halitósico, pero Jerónimo ya estaba en la calle. El autobús se fue y Jerónimo, en dirección contraria, pasea por un barrio que no conoce, por una ciudad inédita, esto de Madrid es que nos lo están poniendo que no hay un dios que se oriente, hay que joderse, con tanta macroeconomía, un paraíso de niños y columpios, un fragor de niñas que juegan a saltar la cuerda, dando el dublé de toda la vida y levantando el polvo de toda la vida y (observa Jerónimo), mostrando en el salto los muslos párvulos y adorables de toda la vida, are crisna, are crisna, seguro que la maricona del Sivananda se folla a todos los angelitos negros que le piden limosna por Madrid, las madres hacen punto dulcemente violadas por el sol, las niñas enseñan sus muslos líricos en el salto y Jerónimo pasea olvidando un mogollón de santones hindúes navajeados, como se olvida el degüello de la pollería donde uno ha comprado el pollo, are crisna, are crisna, un dos tres, un dos tres, esconderite inglés, un dos tres, esconderite inglés.

LA «GILDA», la cabra, tiene la frente cóncava, la cola corta y la barba joven y alegre, como postiza. La *Gilda* tiene algo de niña disfrazada de cabra. Cabra o cabritilla, aunque esto último suena a guante. El pelo de la *Gilda* es muy fino, como si la cabra viniese de Cachemira, de Angola, de Anatolia. Pero sólo viene de las carboneras de la Hueva, donde su abrigo blanco de cabra se le pone negro. La *Gilda* es salvaje, montaraz y así como un poco afganistana, aunque se ponga tierna con Jerónimo, que la quiere, la mima y gusta de esconder sus manos largas y seguras entre el finísimo pelo de la *Gilda*. La *Gilda*, cuando mira a Jerónimo, tiene en los ojos una cosa entre nubia y palestina, entre abisinia y alpestre. A lo mejor, resulta que la *Gilda* no es más que una vulgar cabra hispánica, como las que vienen en los grabados, como las que venían en el libro de historia natural de Jerónimo, cuando chico. A lo mejor la *Gilda* hasta es de Gredos, lo cual quedaría un poco pobre y cerril contra las imaginaciones de Jerónimo sobre la cabra. Porque Jerónimo a veces tiene imaginaciones. Pero sólo con las cabras y con las chicas muy jóvenes. La *Gilda* es un poco cabra montesa, un poco gitana de Sierra Morena. La *Gilda* tiene cuerpo grande, lomo ancho, cabeza pequeña y ubres grandes. La *Gilda*, a días, tiene un día un poco como granaíno. Padece pocas enfermedades, salvo la roña, que se la lava Jerónimo con agua, jabón y estropajo de alambre, arriba de la renfe, y al bicho parece que le gusta le raspen. La *Gilda* también tiene, según, días tibetanos, que van bien con su pelo largo y fino, y días blancos blanquísimos de antílope lírico, montañoso y roqueño. La *Gilda* no tiene cuernos, o sólo tiene unos cuernecitos tiernos de inmenso caracol femenino, cabra o capella de

magnitud rara, que viene cuando quiere de la constelación del Cochero, espectral como el sol, a cuarenta y cinco años luz de su amo, o sea Jerónimo, luminosa como el sol por los agostos, cuando la *Gilda* sólo pasta luz y ramonea tiempo caído y eterno, algo de manantial y algo de griego enseña la *Gilda*, huida de dios sabe qué cabrada.

Estas cosas y otras lee Jerónimo, sin conocerlas, en los ojos largos y casi verticales de la *Gilda*, mientras le rasca la roña y ella se le queda fija y profunda, con esa oscuridad llena de luz que tienen en la mirada los animales, por lo que Jerónimo nunca sabe si la *Gilda* le mira desde una constelación o desde una cabrada, pero ella se deja lavar y llenan todo el techo férreo de la renfe de agua sucia, herradas, roña, pelos arrancados, tan blancos, y cepillos de cerda y de alambre, más el diálogo que se tienen entre ellos, los balidos de la cabra, tranquila, mujer, tranquila, y las palabras dulces del berroqueño Jerónimo.

Jerónimo ha leído los periódicos de los últimos días y sabe que la sangría alegre de Manuel Becerra sólo ha tenido cierto color en la Prensa sensacionalista, que lo presenta todo como un encuentro entre sectas religiosas, «a ver, con esto de la libertad de cultos», son cosas que antes no pasaban, la Prensa que a Jerónimo le parece más seria y peligrosa no trae nada, o casi, y ninguno de los escasos datos reseñados es una pista que pueda conducir a él. El bulto de los billetes azules de diez mil todavía se le clava gratamente en la ingle. El día en que Jerónimo lava a la cabra, siempre por las mañanas, nada más levantarse (y ella acude a la cita misteriosamente, como si lo supiera, y seguramente lo sabe, desde la constelación Cochero o desde el Tibet o desde Gredos o desde la cabrada del otro lado de la vía del tren: la Renfe de verdad, no la renfe), la mañana en que Jerónimo lava a la cabra, encima del vagón, con los regueros de espuma sucia cayendo por las ventanillas (así quedan ya para siempre, secos), las vecindonas pasan y saludan, el personal atisba, y al final hay un corro de viejos y niños, allá abajo, mirando la tarea y diciéndole cosas a la cabra y a Jerónimo, aunque Jerónimo contesta poco y la cabra bala de placer, pero tampoco entabla mucho diálogo. Luego, las manos largas y eficaces de Jerónimo se hunden en el largo pelo blanco de su quizá antílope, se recuestan uno en el otro y el sol de mayo (sol de mayo, aunque sea febrero o julio) les va secando a ambos lentamente, meditadamente, como un oro lentísimo que viene de una constelación remota a dorar la blancura de la cabra y el negro corazón de su dueño.

BLAS ES DE LA HUEVA de toda la vida, de siempre y de nunca, a Blas nadie tiene que preguntarle nada, y por eso quizá, ya se ha dicho, Blas anda por la Hueva sin servir para nada y sirviendo para todo.

Blas tiene la cara un poco aplastada, como tantos campesinos occidentales que tiran a mongólicos, el cuerpo de mono, las manos grandes y fuertes, la parla cauta y la risa un poco tonta. Las comunidades son injustas con sus individuos más singulares, y de Blas se dice en la Hueva que no sirve para nada, cuando la verdad es que sirve para todo. Blas es un renacentista más que un especialista del siglo XX, pero ni él ni la Hueva lo saben. Blas, ponme un marco a esta ventana, Blas, vete a comprarme puntas, Blas, bárreme la nieve del portal, Blas, mátame las ratas del desván, Blas, ponme los chorizos a curar, Blas, enséñale a la niña el catecismo, Blas, tráeme una braga cuando bajes a Simago, gasto el treinta y uno (se da por supuesto que Blas la roba).

La Hueva no comprende a sus genios plurales como Miguel Ángel no comprendió o no quiso comprender a Leonardo. De Leonardo ha quedado poco y de Blas no quedará nada, salvo alguna ventana que cierra bien en invierno y alguna moza que se comporta conforme el catecismo que le enseñó Blas de niña, o sea honestamente.

Blas suele ir de negro por una madre que se le murió hace treinta años. ¿Cuándo se acaba el luto? Nadie se lo ha explicado a Blas. Hombre sin edad ni tiempo, sin oficio ni beneficio, ahora está muy aplicado, ocupado y feliz pintando y repintando la moto de

Jerónimo, el jefe, que hay que hacer una obra de arte para que ni dios reconozca la máquina en Madrid, cuando la baje Jerónimo.

De modo y manera que Blas le da negro sobre negro a la moto, le aplica todas las insignias, pegatinas y cosas que le da Jerónimo, con mucho esmero y un poco de arte, más la rayita roja como reborde, donde hace falta y queda estético. Jerónimo pasa de vez en cuando por el costado de Blas, le da un capón en la cabeza, que empieza a estar calva, como si llamase con los nudillos a su inteligencia, y se interesa sobre todo por el invento y falsificación de la matrícula, ya que Jerónimo es hombre más práctico que estético. Lo de Blas es la paja, pera, gayola o gallarda, que los eruditos llaman masturbación.

—¿Y tú por qué no te beneficias una jai, Blas? La María, por ejemplo, que está de servicio público.

—Las mujeres siempre quieren algo, jefe, siempre buscan algo. Yo me hago una gallarda, o dos, y eso que me ahorro en hembras, que las hembras son el demonio.

Cuando van a la Almudena, a pelar muertos, Medrano busca vírgenes recién enterradas y Blas busca ricachos de pueblo a quien robar los sortijones gordos que son el aldebarán de la provincia.

A Medrano ya le ha cogido la pasma por trapichear con doncellas recién occisas, que dice la televisión, en el cementerio de Vicálvaro o por ahí.

A Blas lo agarrará cualquier día la pasma por robar sortijones gordos a los caciques de provincias enterrados en Madrid porque nadie quiso pagar el traslado a su pueblo, y menos que nadie la inclemente viuda, que sabe de las andanzas y jodiendas de su ilustre prócer en la Villa y Corte. Así las cosas, cada hombre lleva dentro la semilla de su ruina (cada hombre venido al mundo, universalmente, quiere decirse), como cada Estado lleva la suya, y cada Imperio y cada cosa. Esa semilla de muerte suele ser el fulgor grande de la persona, Estado o cosa, en vida, pero luego se manifiesta como la mostaza de su muerte.

En fin.

Blas, en la mañana sin luz de septiembre, en la mañana fría y ventolera de septiembre, en la mañana tibia y mísera de septiembre, con el agua agonizando en las charcas y el cielo como una buñolería de nubes, Blas, decíamos, pinta y repinta la moto de Jerónimo, que en Madrid parece que la han reconocido los maderos, o al menos han querido hacer una inspección, y hasta han tomado nota de la matrícula.

—Yo es que trabajo en esto de las motos —les ha dicho Jerónimo a los maderos, poniéndose y quitándose las gafas de espejo.

—¿Y qué es esto de las motos?

—O sea, la compraventa.

—Y el robo.

—No tiene usted derecho a hablarme de...

—O te callas o te doy una hostia, macarra de mierda.

Uno de los múltiples talentos de Jerónimo es que sabe cuándo hay que callarse. Millones de coches cruzan Callao en todas direcciones, el Metro retiembla bajo los pies del grupo, los autobuses rojos se paran a abrevar, como paquidermos del mogollón, El Corte Inglés y Galerías les pintan a todos de un rojo feliz, con sus anuncios, septiembre viene del Guadarrama como un escuadrón de Amazonas de hielo, a la carga sobre los burgueses abrigados que van al cine, y Jerónimo comprende que ha estado a punto de que le quiten la moto y lo lleven al trullo, la Gran Vía huele a noche de estreno y pastores ateridos en la sierra.

EL PORSCHE ROJO llega a la plaza central de la Hueva, una plaza que no es sino un gran redondel de polvo, y frena con violencia y turbulencia. Los chicos y los perros rodean el pequeño y flechado descapotable, como si al barrio hubiese llegado un

platillo volante. Los perros ladran. Del coche se baja una mujer alta, rubia postiza, morisqueña, vestida caro, pero no elegante, que se queda en pie, con los guantes en la mano, mirando la renfe, lo que para ella sólo es un vagón de tren, tan insólito allá lejos, entre las espigas, como un barco. Luego empieza a andar hacia el barco, tren, cosa, lo que sea.

Jerónimo lo ha visto todo. O lo poco que hay que ver. A Jerónimo le ha despertado el aullido de un motor forzado y lastimero, el frenazo. Jerónimo dormía la siesta. A través del cristal de la gran ventanilla, con sus viejas y hermosas iniciales grabadas, Jerónimo ve, como en una película, el porsche rojo, la joven, bella y desagradable mujer, la rueda de niños y de perros. Inmediatamente lo relaciona con lo relacionable: el señorito sesentón, feo, borracho, que vino a clavarse en su navaja y luego hubo que tirar a la calera.

Los niños acompañan a la señorita hacia la renfe. No se sabe bien si la siguen o la guían. Ella entra con dificultad —con la dificultad de sus altos tacones— en la hierba que rodea el tren. Jerónimo vuelve a tumbarse en el asiento y cierra los ojos, recogiendo las últimas y gratas sombras del sueño reciente. Pero en la escalerilla metálica se oyen ya los zapatos de la visitante y el jaleo de los niños, que seguramente la están empujando del culo, con malicia, para ayudarla a subir en vertical, una cosa que cuesta tanto.

La señorita llama con los nudillos al cristal espléndido y orinado de la puerta corredera del departamento de Jerónimo. Jerónimo no contesta a un rito que le parece ridículo. Sin duda, ella le está viendo dormir, o lo que sea. Al fin, la tía abre la puerta y entra:

—Debe usted de tener un sueño muy profundo.

—Cierra la puerta, anda, rica.

Tras un silencio, Jerónimo oye el lamento de la puerta corredera sobre su desengrasado carril.

—No me gusta que me tuteen ni que me den órdenes.

—Pues eres una ridícula, tía. Los hombres damos órdenes a las mujeres. Ella se quita y se pone un guante. Al fin habla:

—O se levanta usted o me siento yo.

—Antigua, que eres una antigua. ¿A qué cojones has venido aquí?

—Ya lo sabe usted.

Parece que la visitante está dispuesta a insistir en el usted, a guardar las distancias. Jerónimo no responde ni se mueve. De pronto ella se sienta en un transportín, frente a Jerónimo, para verle la cara. Jerónimo, con los ojos cerrados, saca un puro cubano de algún sitio, lo enciende y fuma. Cuando abre sus ojos castaños y achinados, ella sólo los ve a través de una alegoría de humo azul.

—Tienes buenas piernas, oyes.

Ella hace un esfuerzo ridículo por alargarse la bien cortada minifalda.

—Vengo a hablar de algo muy serio.

—Si sigues tirando de la falda, tía, te vas a quedar en bragas.

—Me llamo Juana y mi novio, Tirso, desapareció hace un mes, al llegar justo a este punto.

—Pues si hace un mes, tarde has empezado la investigación. No te doy un puro cubano porque son como pollas. Parecería una ordinariez.

—La policía anda detrás de usted desde que sabe que Tirso desapareció en la Hueva, para siempre.

—¿Te ha dejado herencia, amor?

—Le estoy hablando muy en serio. Jerónimo, me parece que se llama usted.

—Para detective eres demasiado directa, Juana. No sé qué rollo malo me estás contando, ni me importa, pero que venga la pasma y pregunte. Tú no sirves para esto, aunque sin duda le servías a tu novio para la cama, y a mí me servirías.

—No crea usted, Jerónimo, que a la gente educada nos asusta con su lenguaje. Conocemos todos los lenguajes.

—Por eso lo utilizo, amor, porque sé que es el tuyo.

—Dígame qué pasó con Tirso a partir de este punto, a partir de este vagón abandonado. Sus huellas terminan aquí.

Jerónimo tira de su puro y vuelve a aureolarse de humo. Mira a la chica a través de la aureola:

—Esto no es un vagón abandonado, amor. Esto es la renfe.

Juana sonrío por primera vez:

—La Renfe. Es ingenioso.

—No te ofrezco un puro, tía exquisita, porque se parece a una polla y queda cochino. ¿O te gustan los puros por eso?

—Es usted un vulgar machista. Me habían hablado mejor de usted.

—¿Quién?

—La policía.

—¿Y por qué no viene la policía a visitarme? A ellos sí les van estos puros cubanos que a mí me cuestan caros en el mercado negro y el trapicheo del buen tabaco.

—He preferido venir yo delante.

—A ti no tengo nada que decirte, mona. Tú no eres profesional y la pasma sí. Uno sólo se trata con profesionales. Yo soy un profesional de lo mío. Tú no eres profesional de nada, se te ve, ni siquiera profesional del coño. Ni siquiera eres profesional de lo rubio. Eres teñida. Tú eres una aficionada a todo, mayormente al has y al pico y a toda la mierda que te metes en el cuerpo. No hay más que verte. Ni siquiera eres una profesional del coño. Las profesionales del coño están en la esquina de la Telefónica, en la Gran Vía. Juraría que hasta tocas el violín, como afición.

—Y lo toco, qué pasa —dice ella con voz oscura y secretamente golfa.

—Estaba seguro. Allá tú con tus aficiones de gilipija, pero no vengas a joderme la siesta en plan detective aficionado, con tu mierda de porsche, que te lo voy a incendiar antes de que te vayas. Juana ha sacado un cigarrillo light y fuma en silencio, mirándose la ropa, las rodillas, los zapatos, fingiendo que le importa más su atuendo que las palabras de Jerónimo, pensando, sin duda, una respuesta.

—No me importa su resentimiento de clase, oiga. Tirso llegó hasta aquí y aquí desapareció para siempre. ¿Dónde está su cadáver? Usted es el jefe del barrio, que me he enterado.

—En este barrio no hay jefes, rica. Somos anarquistas. Pero no anarquistas de oro, como tú. Anarquistas de mierda. Y ahora me toca preguntar a mí.

Juana, cielo, tía buena, que estás mundial, amor. ¿Por qué llegó Tirso hasta aquí?

—Eso a usted no le importa.

—Me temo que a la pasma sí.

Jerónimo se incorpora lentamente en el diván de lujo reventado de la renfe, con el puro mediado y humeante en la boca, como una cabellera, el humo, que encanece su pelo rubio. Saca otro puro del bolsillo alto de la camisa vaquera y se lo ofrece a Juana:

—Anda, siéntate aquí, a mi lado, y prueba esto. A lo mejor si nos hacemos amigos me sacas alguna cosa. Para detective no sirves.

Juana tiene la cara firme (una cara blanca de actriz del cine mudo, con ciertos éxtasis teresianos, que pudieran venirle de la droga), pero las manos le tiemblan. Por un momento no sabe qué hacer y luego apaga el cigarrillo en uno de los ceniceros dorados del vagón y toma el puro de Jerónimo. Éste le corta la punta al puro, mientras ella lo sostiene entre los dientes, con la boca en o, y luego le prende fuego con un encendedor de oro y plata. Juana se concentra en el humo y de pronto ve el encendedor:

—¡Es el encendedor de Tirso, estás cogido, ahora ya tengo la prueba, cabrón, hijoputa,

tú le mataste, voy a contárselo a la policía!...

—A nadie le condenan a nada por robar un encendedor —dice Jerónimo, encendiendo y apagando el chisme, que al parecer le divierte mucho.

—¡Pero es el cuerpo del delito!

—No conoces el lenguaje jurídico. Dices bobadas, Juana. Esto no es el cuerpo del delito ni el cuerpo de nada. Aquí no hay más cuerpo que el tuyo, que por cierto estás a tope, no sé si te lo había dicho.

ARE CRISNA, are crisna, la legión azafrán ha entrado en la Hueva, con su golpe de pandereta, sus cabezas pelonas y sus pies descalzos, no se sabe si vienen a dar o a pedir, pero Jerónimo, incorporándose en su asiento de la siesta, viéndolos por la gran ventanilla, cuya persiana vegetal ha entornado (una persiana de los Grandes Expresos Europeos), ve la lucha multitudinaria entre arecrisnas y vecinos de la Hueva, que atacan por instinto, como los perros (y en la guerra están los perros mismos) a esta gente exótica y de poco precio. Unos y otros hacen lucha libre poco ortodoxa en torno del porsche rojo de Juana. Juana se incorpora en el diván que comparte con Jerónimo y pregunta:

—¿Y éstos?

—Ésos son unos hijos de puta y unos zumbadillos que vienen a por mí, pero aquí en la Hueva el personal no lo sabe.

—¿Has matado tú algún are crisna?

Juana está desnuda y con el pelo rubio revuelto. Debajo le sale lo negro.

—Uno, sí, por levantarle la pela. Entre esa tribu benéfica hay un asesino vengador que viene a por mí.

—¿Y por qué no sales a luchar?

Are crisna, are crisna, los ángeles pelones con alas de azafrán (son otros ángeles, debe de haber muchos) van cayendo como flores de té tronchadas o insectos raros en el verano de la Hueva.

—Mi gente me defiende por instinto, sin saberlo.

Y Jerónimo enciende un puro mientras asiste a la reyerta apaisada por las rayas de la persiana. Le pone otro puro en la boca a Juana, sin mirarla, y se lo enciende con el mechero de Tirso. Ella ya no dice nada.

La cosa fue que, en la primera visita de Juana, ya se ha contado aquí, hubo un momento en que Jerónimo sacó la navaja y le dijo a la chica de Serrano o por ahí, o te desnudas o te mato a hostias, tus huellas pueden borrarse aquí para siempre, como las de tu anciano novio, marido o lo que fuese. Y Juana, que se desnudaba bajo la constelación de la navaja, como bajo una fatalidad astral, advirtió de pronto, en la intimidad de sus pechos, que le gustaba y le apetecía aquel quinquí o lo que fuese.

Llevaba varios días viviendo en la renfe con Jerónimo, se comunicaban muy bien en la cama y ella apenas salía de la renfe, pese a las incomodidades del sitio. Para el barrio no era más que un nuevo ligue del ligón Jerónimo:

—Parece que ahora se ha ligado una de mucha pela.

—A juzgar por la máquina.

—Dicen que la jai venía buscando al que paró en la calera.

—Nunca se sabe.

—Como estar está mundialorra.

—Y usted que lo diga, señor Graciano.

—Un poco de carnes sí que le faltan.

—Ahora se llevan así.

—No para mí.

—El Jerónimo es que es un moderno.

—A ver: alterna en Madrid.

—Parece que ahora se ha ligado una de mucha pela.

—A juzgar por la máquina...

Y la máquina seguía en el centro del redondel de polvo, con su rojo y sus metales destellando al sol huérfano y desesperado de las afueras, al sol solo, ahora que se habían ido los are crisna, como una plaga de langosta prontamente corregida.

—¿Por qué usas camiseta, Jerónimo? —le pregunta Juana.

—Es lo decente.

—¿No ves que yo duermo desnuda?

—Tú eres una puta cara, una puta de La Moraleja o por ahí.

—Cada día viene alguien a matarte, y pronto vendrá la pasma, como tú dices.

—La pasma no mata. La pasma sólo pregunta. Y registra. A mí que me registren.

—Me gusta todo esto, Jerónimo, pero estoy con la bajada.

—Yo también. Necesitamos un pico.

Jerónimo salta de la cama, vestido solo con la corta camiseta. Va al botiquín a por el material. Juana admira la talla viva, rubia y barroca del paquete sexual de Jerónimo. Tras la ceremonia del pico, quedan abrazados, recostados en la almohada. Jerónimo ha vuelto a subir la persiana vegetal de los Grandes Expresos Europeos y miran la Hueva atardecida a través de las grandes letras grabadas a fuego en el cristal de la ventanilla:

—Mi coche, mi coche, mi odioso coche rojo. No soporto verle ahí, Jerónimo, requemándose bajo el sol de este pueblo.

—Esto no es un pueblo, amor; es un barrio de Madrid. Madrid también es esto, y no sólo tu Moraleja. Pero el porsche vas a dejar de verlo en seguida.

—¿Sí, cómo, por qué?

Y se acoge más a él, asustada y enamorada.

—Lo van a incendiar una noche de éstas. Será hermoso.

—¿Que vas a quemar el coche?

Jerónimo fuma largamente en su puro cubano, como dejándose absorber por el cigarro.

—No, yo no. Los niños del barrio. Necesitan una fiesta de vez en cuando. No tienen caballitos.

—No es posible. ¿Cómo lo van a quemar los niños?

—Con este encendedor de plata y oro que tan bien conoces, ¿no? Era el de tu novio. Tiraré el mechero al aire. El niño que antes lo recoja, será su dueño y el encargado de prender fuego a la gasolina de tu bello y ridículo porsche.

REDONDEL DE SISLERS, chirlata populosa en la mañana de Legazpi, a la sombra del matadero muerto, donde hoy se fabrican máscaras para los carnavales. Fiesta silenciosa del naipe y la novela verde a la sombra de los grandes camiones que aquí aparcan. El camionero ha pasado la noche durmiendo con la dama de la pensión, hay camas, agua caliente, desayuno incluido, comida asturiana, y baja en camiseta o en pijama a jugarse la pela y mover la cintura, aunque ya le quede poca. Primero mira su propio camión, por saber qué tal ha dormido, como un marajá miraría su elefante por la mañana. Los camiones y los elefantes duermen de pie, pero parece que van aguantando. Son dos especies a extinguir que no se extinguen nunca. Jerónimo baja algunas mañanas a las chirlatas de Legazpi, por menear unos durandartes y por beber el vino regional que trae esta gente en sus botas y botellas. Hombres que huelen a sueño y kilometraje. Más el perfume de coloniales que les deja la serrana con la que han dormido, cinco mil todo incluido, se hacen mamadas a los habituales. Trasantaño, Jerónimo bajaba a Legazpi en la moto, una moto que tenía, una Honda que era la hostia, toda en negro y rojo, pintada por él mismo, con Ana Belén desnuda, sacada de cuando la era del porno, que hubo una era del porno y del destape, según cuentan los viejos de la Hueva, por cuando murió el general que estaba. Jerónimo levantó la Honda

en una acera de Capitán Haya, frente al Meliá Castilla, que siempre había en aquella acera aparcamientos de máquinas en batería, Jerónimo se sentaba en las escaleras de piedra del hotel (hasta que le echaba el portero de chistera marrón), para admirar las motos y, mayormente, quedarse con los horarios y costumbres de los dueños. Aquella Honda roja le tenía zumbado, aquella Honda roja me tenía zumbado, yo pensaba pintarle el lomo de negro, si alguna vez fuese mía, y lo fue, tenía que serlo, porque el motociclista era un yupi jovencito y abacial, confianzudo y engordado, facundo y niño, que se pasaba las horas en una oficina de una quinta planta, encima de donde vivía Marisol, o sea Pepa Flores, o sea la famosa, que a veces salía a la compra, a media mañana, con un ama o dueña, con el alma infantil muy envejecida y las grandes tetas caídas. No es que a Jerónimo no le gustasen las tetas un poco caídas, levemente caídas, dulcemente caídas, como un licor de teta derramado, tipo Carmen Maura por cuando entonces. Pero es que lo de la Marisol era ya como demasiado. Por entonces es cuando paría todos los meses un hijo de Antonio Gades, luego se separaron, Jerónimo pensó alguna vez en ponerle la navaja a la jai famosa, entre los pechos de miel derramarte, y llevársela a vivir con él a la Hueva. Por las buenas. En la Honda. Nunca lo hizo. Comprendió que la miel pisoteada y triste de aquellos senos iba a acabar entristeciéndole la vida. Hay que saber la mujer que se elige, tío, que todas cansan y ninguna se olvida, hay que joderse con el tema. Mientras tanto, el yupi de la moto bajaba a mediodía a comer, a un restaurante ni caro ni barato, en mangas de camisa y con corbata, manguitas por el codo, si sería hortera, el cabrón, y Jerónimo comprendió que la mejor hora venían a ser las once de la mañana, cuando Capitán Haya era un petardeo de coches y motos y una movida de grúas, seguro que el tipo no iba a mirar por la ventana de su despacho para controlar su Honda, atada con una cadena. Antes de que el portero de chistera marrón le echase de la gran escalera del hotel, porque no cantase mucho, un miércoles once de mayo, a las once en punto de la mañana, Jerónimo cruzó la calle golpeándose la culera del pantalón, que siempre coge polvo, se sentó a lo indio al lado de su Honda (ya era suya, de tanto que la amaba: el amor es una introducción al Derecho), abrió lentamente la cadena, dejándola en el suelo, montó la máquina, reculó hasta la calzada y empezó a meterle velocidades a la cosa, se fue lentamente Capitán Haya arriba, hasta la plaza de Castilla, y allí aceleró a muerte por Mateo Inurria, hacia el este, hacia la lejana Hueva.

Viajar por Madrid en moto propia era viajar por otra ciudad, que a uno le resultaba familiar y rara como una ciudad soñada. Jerónimo comprendió que no hay un solo tiempo lineal, igual para todos, que el tiempo y su transcurso cambian si vas a pie, en moto, en autobús, en coche, en Metro, a caballo. Jerónimo se sintió de pronto ascendido a otro tiempo de los tiempos, incluso en la acepción de clima, a otro once de mayo, se sintió viajero por un día inédito y una ciudad conocida y desconocida a la vez. Jerónimo, aquel once de mayo, no lo olvida, miércoles, supo que tenía alas, que las había tenido siempre, que sólo su tiempo y su espacio le habían impedido desplegarlas. Él era quien volaba, y no la moto, él era quien entraba, con gracia y furia, en un presente desconocido, primaveral y aéreo que no era el viejo, remotísimo presente de la calle a pie, de Capitán Haya, interminable, con el imbécil del hongo marrón cortándole el paso al hotel, al futuro, impidiéndole penetrar en su propia biografía.

Qué gastada Pepa Flores, la Marisol, saliendo con una criada a la compra, el gesto ácido y los pechos rendidos. Qué vieja la vida, incluso en sus mitos, cuando se tiene una Honda para viajar por el futuro, por mañana mismo, y poder apearse en el miércoles que viene, porque el tiempo acude, manantial, a quien viaja con alas de velocidad.

Jerónimo para en una gasolinera de los finales del Paseo de la Habana, a poner gasolina, y, antes de que el gasolinero haya vuelto la cabeza, huye sin pagar.

Redondel de silleros, chirlata populosa en la mañana de Legazpi, a la sombra del matadero muerto, matado, donde hoy se fabrican máscaras para los carnavales. Fiesta silenciosa del naípe y la novela verde a la sombra de los grandes camiones que aquí aparcan. Los camiones y los elefantes duermen de pie, pero parece que van aguantando. Son dos especies a extinguir que no se extinguen nunca. El camionero ha pasado la noche durmiendo con la dama de la pensión (que también hacen falta ganas), y baja en camiseta o en pijama a jugarse la pela y mover un poco la cintura, aunque ya le queda poca, con tanta fabada de restaurante de puerto de montaña. Jerónimo baja algunas mañanas a las chirlatas de Legazpi porque le gusta coger la caza dormida, o sea, los camioneros ceguerones de sueño y coño, y sacarles la cartera gorda del bolsillo del pijama, que les abulta el corazón. Jerónimo tiene un enemigo en las chirlatas tempraneras de Legazpi, o sea Erasmo. Erasmo se llama así de nombre tal cual (demasiado culto para apodo), pues al parecer hubo un san Erasmo, aparte del reformador religioso y como holandés o así. Erasmo tiene perfil de cuchillo, habla de otro Madrid, que bien pudiera ser el del centro, cazadora de cuero y zapatos marrones y blancos, con agujeritos para el sudor, que usa todo el año.

Erasmo es puro Legazpi como Jerónimo es puro Vallecas. Jamás se entenderán. Ambos van a lo mismo, a volcar a los camioneros, hasta que sólo les queda, en el viejo y sobado billetero, la foto de la señora y los niños, o de la santa madre. Erasmo y Jerónimo, si fueran menos agraces, tendrían que ponerse de acuerdo y repartirse la pastizara, pero esto parece imposible entre ellos, tan semejantes que se odian. Erasmo se dedica a todo y no se dedica a nada. Parece que va viviendo de esto de la chirlata y de algún alijo de nieve, nunca se sabe, desde luego, él, esnifar esnifa, eso verdad de la verité, y hasta tiene un camello que se llama Douglas Fairbanks, un muchacho bajito y rizado, sonriente y adicto, bueno y caro, un poco cabezón, que tiene la misma cabeza de los Fairbanks, aquella saga de actores de los treinta/cincuenta.

Erasmo y Jerónimo se conocieron en Legazpi, cuando niños, y cuando Legazpi era gran mercado de frutas, uno de los «vientres de Madrid», cargando mercancía entre las pirámides aztecas de las naranjas y el despilfarro bursátil de las lechugas, dispersas en hojas pisadas, casi como billetes falsos. Pero tampoco entonces fueron amigos, sino enemigos que se disputaban el trabajo y la caja de pomelos valencianos Vicent que había que llevar de un extremo a otro del mercado.

Ahora han vuelto a encontrarse, en las chirlatas matutinas de Legazpi, en el desayuno con café y churros de los camioneros (hay que hacerse amigo de ellos antes de que empiece la partida: hay que proponer la partida como por casualidad, inexpertamente, para que los gigantes de la ruta se confíen). Jerónimo desayuna churros con orujo, en un gran bar que antes miraba para el mercado vivo y ahora no mira a ninguna parte. Erasmo desayuna en el mismo bar, en la misma barra, a la misma hora, y ambos no pueden evitar el cruzarse alguna mirada de complicidad, pero jamás de amistad. Entre uno y otro, la cabrada dormida de los camioneros, el polvo de anoche, el profundo sueño perfumado por las pestilencias coloniales y abastecidas de la meretriz, la cartera hinchada de estos hombres que se ganan la vida perdiéndola en las carreteras de España.

Hay que llevarse esa pastora. Erasmo y Jerónimo tienen un tercero, inocente y niño, que sugiere la chirlata entre dos grandes camiones:

—Se está más fresco y no viene la pasma, como en los bares.

El robo sin testigos. El mus cuerpo a cuerpo, a muerte. Allí lo dejan todo los gigantes de la ruta, mayormente los nuevos. Erasmo mira a Jerónimo como proponiéndole un pacto. Jerónimo le vuelve la espalda de mahón y se va en su Honda rugiente, clamante, veloz, hermosa, violenta, roja y negra (esto de cómo Jerónimo pintó su Honda de negro habrá que explicarlo de seguido).

JERÓNIMO se lleva una moto periódicamente, casi siempre por Azca (el asesino debe volver al lugar del crimen, que es donde nunca le buscarán), y Blas se encarga de transformar la máquina en otra cosa, ahora trabaja en una Honda muy bella a la que, como de costumbre, pinta unas alas de oro en los costados del motor caliente.

—Joder, Blas, invéntate otra cosa. Me van a conocer los maderos por esas alitas.

Pero Blas no tiene, como pintor de motos, muchas más cosas que inventar. La Honda, cualquier Honda, la primera, la segunda o la última, es un animal hermoso y nervioso que se pone a rugir en cuanto le tocas un botón. La Honda tiene de caballo lo que el caballo tiene de Honda. Ya la ortografía lo dice (la ortografía lo dice casi todo): onda sin hache es un suave movimiento del agua o el pelo femenino. Honda con hache es hondura, profundidad, y Jerónimo tiene la vocación suicida de lo profundo.

Blas vive en su casa de la Hueva, solitario, manual y tranquilo. Blas es un esclavo de su polla, como otros son esclavos de una mujer. Su polla, que Blas llama picha, le exige varias masturbaciones diarias, masturbaciones que a Blas le dejan agotado y dormido para muchas horas. Cuando Blas piensa en mujeres, o sea en putas, recuenta su dinero, mete mil pesetas debajo del zapato y luego se masturba largamente, deleitosamente, místicamente. Al terminar, Blas recoge el billete de debajo del zapato:

—Bueno, pues ya me he ganado mil pesetas.

Lo que le hubiese costado la puta más barata de Madrid. Blas es el campo intemporal y el misticismo masturbatorio. Cuando Paco quiso hacer del trigo salvaje un huerto (se ha contado ya o se contará más adelante), Blas se escondió, rehuyendo su esfuerzo, porque Blas procede del bosque celta y conoce a los hombres. Blas sabía que aquello no iba a gustar en la Hueva, como se dirá más tarde, si no se ha dicho ya (esta historia plural/coral va a su aire y el que quiera entender que entienda).

Las pajas, peras, gayolas o gallardas de Blas son como los éxtasis místicos de santa Teresa (que a lo mejor llegaba a ellos por el mismo camino), y lo que falta en la Hueva es un artista como Bernini que eternice a Blas en el éxtasis místico de una gallarda bien madurada y bien lograda.

Las gallardas de Blas no son las gallardas del adolescente perdido ni los orgasmos de la adolescente impaciente.

Las gallardas de Blas son unas gallardas de hombre maduro, tímido, pobre y calculador. Por eso mismo, unas gallardas místicas que debieran figurar en el santoral junto a santa Teresa, ya citada, y santa Teresita de Lisieux, que tampoco se las hacía flojas. Desde que los bárbaros de la Hueva tacharon/clausuraron la parroquia con una equis de tablones (si no se ha contado, ya se contará, asimismo) y dieron por retambufa a don San José de Calasanz, el párroco, no hay en la Hueva escritores místicos, ni artistas ni nada, que puedan eternizar las grandiosas gayolas de Blas.

Blas tiene el frenillo cortado desde niño, cosa que él no sabe, con lo cual el prepucio le deja siempre el capullo al aire, capullo que ha llegado a endurecerse y criar callo. Blas suele arrastrar su picha contra las paredes del barrio sin ningún dolor, ya que tiene más callo que los moros, en el glande, se entiende. Lo que pasa es que esta insensibilidad del glande le acarrea a Blas una dificultad de eyaculación, pues que tarda mucho en sentir algo.

A las mujeres les gusta el hombre «demorado en el trance», como dijera el filósofo, pero no tanto como Blas, que puede estar cuatro horas dándole a una hembra por su sitio y sin sentir nada (escasa fabricación de esperma, por otra parte, cosa que él no conoce ni le importa, sino que interpreta como un síntoma de machismo).

Entre unas cosas y otras, o sea, Blas vive «amancebado con su mano», que dijera el clásico, porque la mano nunca tiene prisa ni recita frases de amor en el trance. Los orgasmos, las eyaculaciones solitarias de Blas son, pues, uno de los espectáculos más grandiosos y místicos de la Hueva, espectáculo al que nadie asiste, ya que es por esencia solitario, como se ha dicho. Se perderán para la mística y para la estética.

Blas, una vez aliviado de urgencias, aureolado de su calva incipiente, acude a pintar y repintar la última moto levantada por Jerónimo en Madrid. Es el gran artista de las matrículas falsas y verosímiles.

—Que te estás quedando pelón, Blas, y eso es de las pajas.

—Mira qué obra de arte, Jerónimo. Soy el Leonardo de las motos. Pero tú qué cojones sabes de Leonardo.

EN LA RENFE duerme Juan Gualberto, el mendigo de la plaza del Conde de Barajas con gorra de capitán de barco, como Carlos Barral.

Juan Gualberto baja por las mañanas, en el Metro, hasta Sol, y luego se da un paseo placentero por Madrid, hasta la citada plaza, por oler de qué va la ciudad ese día, qué pasa en ella, a qué coños sabe, quién vive y quién se ha muerto, si ha cambiado el Gobierno, que nunca cambia, aunque cambie, y esas cosas que les gusta saber a los mendigos, porque los mendigos necesitan estar muy al día de lo que pasa en las Cortes. Faltaría más. Sólo se puede pedir limosna correctamente habiendo leído antes el *Boletín Oficial del Estado*, ayer *Gaceta de Madrid*. Lo cual que Juan Gualberto tiene un amigo quiosquero, Enrique Eugenio, un poco sarasate, que le deja hojear la Prensa de la mañana en su quiosco de Tirso de Molina, antes y siempre Progreso. Juan Gualberto se entera de qué va lo que va, y luego le pide a Enrique Eugenio, el sarasate, un periódico del día anterior, cualquiera, el que sea, el más grande, para sentarse en un banco de la plaza del Conde de Barajas, envuelto en la tipografía, y hacer creer al personal madrugador (churros, misa del alba, porteras), que ha pasado allí la noche, que eso conmueve mucho.

Juan Gualberto es ¿judío?, perfileño, entre los cuarenta y los cincuenta, con barbita rabí y gorra de capitán marino, ya se ha dicho, quizá. A Juan Gualberto lo echaron de la legión por cobarde y, como no renunciaba a una vida de héroe (es de la raza inextinguible y extremeña de los conquistadores), se metió de pinche de cocina en un barco mercante, donde estuvo muchos años, y de ahí le salen las anécdotas heroicas y marineras que cuenta siempre, más los tatuajes y el ojo nublado de capitán de barco pirata.

En los Estudios de Cine de la plaza del Conde de Barajas, a Juan Gualberto le dejan entrar gratis a tomarse un vino en el bar y ver el pase privado de la peli en gestación, con lo que es ya un erudito de la cosa que puede hablar de Francisco Rabal como de Ingmar Bergman y de Meryl Streep como de Florián Rey. Juan Gualberto nació erudito, en Juan Gualberto hay un erudito que la erudición ignora, pero él, con menos hambre y más aplicación, habría llegado a académico de algo. A los del cine les llama a todos por sus nombres, con lo que la limosna se hace obligatoria:

—Muy meritorio su último filme, don José Luis.

—Pase usted y tome algo, hombre.

Juan Gualberto suele tomar un café con leche, un vino tinto y un donuts, que es de mucho alimento.

Por las noches, Juan Gualberto, como un Carlos Barral erosionado y mínimo, se tiende en un banco de la plaza, envuelto en sus periódicos, después de haberse visto siete pelis en privé (cada director es ya un cliente seguro, y no digamos las estrellas), y espera a que toda la plaza esté dormida. Entonces, coge un taxi, como un señor, y se va al barrio de la Hueva, que es lo suyo, a dormir en la renfe, tomando la precaución de dejar el coche un kilómetro antes. Jerónimo acoge bien a Juan Gualberto y hasta hablan de cine, de las tías buenas del cine (el cine no se ha inventado para otra cosa que para sacar tías buenas, a ver si no), y del dinero que va reuniendo cada uno. Jerónimo sabe que tiene en Juan Gualberto un buen cómplice para trabajar en el futuro, un judeoárabe listo y viajado (más bien navegado). Luego, Juan Gualberto le cuenta a Jerónimo alguna de las películas que ha visto esa tarde y, finalmente, se va a

dormir a su litera, dejando a Jerónimo solo o acompañado en su vagón/ suite de los Grandes Expresos Europeos, el Oriente Exprés, el Simplon Oriente o lo que coños fuera aquello. Jerónimo suele dormir solo, salvo esta jai que ha caído ahora. Los hombres con poderío sobre la mujer follan por la tarde y reposan, solos y frescos, como un ramo de músculos deshojados por la luna, ya entrada la noche.

LO CUAL QUE JUANA, la niña bien del barrio de Salamanca, se ha quedado a vivir en la renfe, más o menos encoñada con Jerónimo y, al parecer, olvidada de Tirso, aunque Jerónimo no se fía ni de Dios, salva sea la cabra, la *Gilda*, y no sabe si Juana se ha metido en su cama de los Grandes Expresos Europeos para ir averiguando cosas sobre la muerte de Tirso, que algo así se llamaba el muerto.

El porsche rojo arde en la tarde de julio/agosto. La llama alta y roja queda empalidecida por el sol. Es como si el coche estuviera dando su alma de motor, su motor de misterio, en una llama mística y levantada. Jerónimo despierta a Juana, que está durmiendo con él la siesta:

—Mira, parece que en este distrito les gusta quemar porsches.

—¿Cómo que les gusta?

—O sea que les mola.

Juana tiene un arrebató de camión e ira, por impedir lo que está viendo por la ventanilla.

—Quieta, Juana, el coche ya está frito y el personal te puede lapidar, como a la tía aquella de las Epístolas.

—Resentidos.

—Nada tan hermoso ni creador como el resentimiento.

Juana mira con los ojos blancos de asombro, ira y novedad, la fogata que ha armado su coche en la plaza del barrio, en el redondel de polvo y nadie. Eso quiere decir, Juana, que te vas a quedar aquí para siempre, conmigo; de aquí no se puede salir a pie. Eso quiere decir que son unos asesinos. No, Juana, no son unos asesinos, son unas víctimas de vuestros porsches, y por eso queman el tuyo. Os vais a la mierda todos con vuestro problema social, tan hortera, yo me largo. ¿Y con quién vas a follar ahora? Tirso está muerto. Su dinero no es tuyo. Te propongo volver a empezar por el principio. Eres un hijo de puta. Eso no es más que un dato de archivo, un certificado de nacimiento. Y Juana mira, con sus grandes ojos de muñeca excesiva y sabia, la hoguera pálida del porsche, de su porsche rojo, el que le comprara Tirso, bajo el sol brutal de julio/agosto. Es que no hay derecho. A la Hueva no llega el Derecho Romano, amor. Juana acaba escondiéndose en él, reuniéndose en él, llorando lágrimas de perfumería en el pecho/bosque de él. No quiere ver nada y sólo sabe que este hombre, aparte de gustarle, es lo único que le queda en la vida. Vuelven a hacer el amor, porque ya lo habían hecho antes. Juana es una profesional fina que sabe apreciar tanto la penetración profunda como la penetración exterior y delicada que sólo roza el clítoris. Ha perdido un protector, pero ha ganado un amante, se dice en su cinismo de serrano. Cuando vuelven a mirar por la ventanilla, el coche es sólo una chatarra humeante. El sol de ex/Madrid pega sobre los campos y las chabolas como una tormenta de luz. Juana está relajada y sin pensamiento en los brazos atléticos, casi circenses, de Jerónimo.

—Esta noche vas a follar con Juan Gualberto.

—¿Con Juan Gualberto?

—Sí, es uno que domina la plaza del Conde de Barajas. Todo el mundo le da. Y hasta le dejan entrar a ver las pelis que se hacen allí. Lleva gorra de capitán de yate. Te va a gustar.

—Gorra de capitán de yate, ¿como Carlos Barral?

—No sé quién es ese Carlos, pero seguro que éste folla mejor. Y quiero que lo hagáis

delante de todo el mundo, delante de todos los que duermen en la renfe, viejos, paraplégicos, mujeres y maricones.

Juana guarda silencio, fumando boca arriba, con las efébicas tetas fuera, y descubre con asombro que el porvenir le gusta. Este Jerónimo está lleno de imaginación.

—¿Y Tirso?

—Se lo comió el lobo.

Ante Juana acaba de abrirse el paisaje sin fin —sinfin— de las fornicaciones, todo impune en este barrio que no existe en su geografía. Luego, cuando hayas follado con todos, te mataré. Muy poético. Yo jamás he leído poesía, te mataré por puta y ya está. ¿Y cómo vas a matarme? Quizá arrojándote a la calera, como a tu novio cormorán, de ahí no se salva nadie. Yo te amo, Jerónimo, eres algo tan distinto, tan fuerte, tan nuevo. Vas a morir igual.

El porsche rojo y violentado por la garra suave del fuego daba sus últimos resplandores en el redondel de polvo, en la plaza, y la llama final y mística tenía más color de luz einsteniana, cansada y naranja, que de fuego terrestre y apagado. Juana cabalgó sobre Jerónimo e hicieron el amor por última vez en aquella siesta larguísima, piromántica y letal.

CUANDO AUXILIADOR, de madrugada, volvía muy cansado del Palace (parking), y sin un duro, volviendo la eterna gabardina del revés y mostrando ciento veinticinco pesetas o cosa así, Secundina, sin decir nada, se levantaba de la cama, se ponía el abrigo de garra/ Rastro sobre el camisón de lienzo moreno y salía hacia la Almodena.

Auxiliador, tras veinte horas de pie, se tendía en el lecho matrimonial con gabardina y todo, y dormía brutalmente, sin querer saber nada de nada. Secundina tenía su muerta, que era una viuda estable, joyas patentadas, ambiente familiar, cultura y buenas costumbres, selección en los programas de la tele, nada de pornos, diadema alquilaría para bodas o vendería en buen estado, no se rechaza relación con caballero formal.

La viuda de Secundina se llamaba en vida doña Jerónima de Santa Sofía y Teresita del Niño Jesús, más conocida en su barrio, que era Cuatro Caminos, «ciudad sagrada del marxismo», como la Tere o la doña Tere, a mucho decir. Secundina saquea metódicamente a doña Jerónima de Santa Sofía y Teresita del Niño Jesús, que parece que era rubia, a juzgar por la calavera, o sea rubia natural, no de pega, pero las mujeres son más ordenadas y menos atropelladas que los hombres, Secundina empezó por la diadema buen estado, que en seguida empeñaría, siguió por los pendientes de novia (los que la muerta había pedido que le pusiesen para el trance), dos perlas cultivadas de la mejor calidad, de buena venta en el Rastro, y así sucesivamente. Auxiliador tenía menos huevos para eso de los muertos. Auxiliador sabía vagamente que en el Palace se tocaba a Chopin al atardecer, y *La paloma*, y *Clavelitos*, y *Muñequita linda*, y *Bésame mucho*, pero nunca había podido entrar en el Palace a tomarse un suflé de algo y escuchar plácidamente, y calentito, lo que tocaba el pianista: primero fue un pianista de levita con aspecto de empleado de Banco en horas extra; luego, una señorita descotada e inepta del Conservatorio. Secundina hacía su trabajo sin prisa y sin pausa, sin miedo a la pasma ni a los guardas del cementerio ni a los enterradores, ni siquiera pensaba en ellos, y cada noche que iba a ver a su muerta, doña Jerónima de Santa Sofía y Teresita del Niño Jesús, según la lápida, Secundina le encontraba nuevos y valiosos secretos al atalaje de la muerta. Luego le daba un beso de gratitud a la calavera y se iba.

Auxiliador, que sólo ha sacado ciento veinticinco pesetas en el parking del Palace, Auxiliador, que es melómano sin saberlo y se muere por entrar a oír *Clavelitos* y *La paloma* y *Bésame mucho*, y hasta incluso algo de Chopin, lo más conocido, *La Polonesa* o algo así, Auxiliador, decíamos, se duerme tranquilo y ayunado, sin quitarse la gabardina que le llega hasta los pies, cuando ve que su señora se arregla dispuesta

a remediar el infortunio de la familia, el mal hijo de la casa, Llago, que es del padre y no cree en la madre o en ninguno de los dos.

Lo cual que cada familia de la Hueva vive de su muerto, y es lo que le dijo una vez Juana, la señorita, a Jerónimo, o sea el Jero, cuando ya estaban liados e iban de todo:

—Aquí vivís de los muertos, como los egipcios. Sois la tribu más culta de Madrid.

Claro que la Juana, la señorita, lo dijo sin ironía, pero era y es la verdad. En la Hueva nadie la clava, lo que se dice clavarla. Aquí viven de los muertos. Aparte la saca anual y bienal, según, que dirige y organiza Jerónimo, el Jero, la saca es diaria, por parte de una familia o de otra, por parte de los solitarios como Blas o Medrano, que lo que quieren es beneficiarse una adolescente jovencita, enterrada a las seis de la tarde.

BELLARMINA, la loca, es hija de Bellarmina, la lavandera, a la que un día encontraron tiesa lavando la ropa a la orilla del río, como una lavandera de nacimiento.

Por qué me acostubraste, Muñequita linda, Alma llanera, La raspa con su son, Oh Mustafá, Oooooh Mustafá, Los últimos de Filipinas, Recuérdame que el recordar es volver a vivir, todas estas cosas, y otras, son las que toca Bellarmina, la loca, a la guitarra, con sentimiento, profundidad y pasión. Bellarmina la loca es alta, delgada, con la melena rubia y las caderas anchas, pero puro hueso, dentro del tejano. La muchacha es algo así como la réplica en hembra del ambiguo y bello Llago, de quien ya se ha hablado o se hablará en esta veracísima crónica de la Hueva.

Bellarmina la loca (abstraída, epiléptica, autista o lo que sea), desde que su madre se quedó tiesa como una figura de nacimiento, lavando la ropa del barrio a la orilla del riachuelo, anda de acá para allá tocando la guitarra con manos de hombre, largas y duras, que abarcan sabiamente el instrumento. La muchacha (lo mismo puede tener dieciocho años que veintiocho), no canta nada y habla poco, pero toca con tanta propiedad y cosas tan conocidas, que la gente de la Hueva reconoce en seguida las canciones y manda a Bellarmina quedarse a cantar y comer.

Su madre, sin duda, se quedó de un parálís, pero en cuanto a la guitarra ¿de dónde ha sacado Bellarmina una guitarra?

—¿De dónde has sacado tú una guitarra tan hermosa como ésa, Bellarmina?

(Jerónimo, que gustaba de controlar todo en el barrio, hasta las guitarras, se lo preguntó un día, dulcemente, por no asustar a la loca).

—Me la dio un hombre en Madrid.

—¿Y qué te pidió a cambio?

Bellarmina solía bajar a Madrid a mirar escaparates y pedir limosna, desde que murió su madre, y a veces le cubría el puesto a Auxiliador, mientras éste se iba a la calle de la Cruz a tomarse unos vinos y unas aceitunas con tripa.

—Nada. El hombre no me pidió nada.

—¿Y dónde fue eso, Bellarmina?

—En el pasaje subterráneo.

—¿Qué pasaje subterráneo?

—El de la Telefónica.

—¿En la Gran Vía?

—Me parece que sí.

Jerónimo cogió una noche la Honda, la aparcó en Jardines, una vez llegado a Madrid, y anduvo trapicheando, y comentando con el personal, hasta que le pusieron frente a un latinoché que se moría de sida junto a las escaleras de Fuencarral. El latinoché, guitarrista, candongo y moribundo, había tenido el detalle de regalarle su guitarra, con la que se ganaba la vida, a aquella virgen necia, necia y adorable, pues que a él, vida, lo que se dice vida, le quedaba poca.

—¿Y quién te ha enseñado a tocarla, Bellarmina?

—Nadie.

De modo que aquel Mozart femenino y virgen llevaba en sí el genio de la música, y un demonio puro, enfermo y romántico le había puesto en las manos la guitarra providencial. Jerónimo, de buena gana, se habría enamorado de Bellarmina la loca, la habría hecho su amante, constaba en toda la Hueva que la Bellarmina era virgo, pero Jerónimo sentía como un respeto delicado y matinal por aquella criatura sola y tonta. Mejor se habría beneficiado a una muerta (a veces lo hizo, cuando las sacas, mayormente por probar) que a la sencilla y estofada Bellarmina.

Hubo un tiempo en que Bellarmina bajaba a Madrid a tocar la guitarra en las galerías del Metro, y le daban mucho dinero, por bella y por música, pero luego ella lo repartía entre los otros artistas de la galería, o se lo quitaban, hasta que Bellarmina, llevada de un instinto mudo y ciego, decidió quedarse a tocar en la Hueva, donde era de confianza y todo el mundo la quería.

Por qué me acostumbraste a todas esas cosas, por qué tú me enseñaste que son maravillosas, sutil llegaste a mí como la tentación, llenando de inquietud mi corazón.

Era como si la guitarra hablase, a más de cantar, y los vecinos le hacían corro a Bellarmina, en el atardecer, cuando septiembre era un agosto que había sentado la cabeza, el cielo olía a inmenso incendio y el descampado se alzaba hacia la luna como una masa forestal. Jerónimo, desde el interior de la renfe, esperando la hora negra de bajar a Madrid en su Honda, veía todo aquello, veía al ángel virgo de la Hueva y sabía que la niña grande y tonta le iba a traer un día un disgusto. Ya había hombres en la Hueva que miraban a Bellarmina con los ojos desviados del deseo, muy blanco lo blanco del ojo y muy negro lo negro.

Para salvar a Bellarmina de una violación brutal, Jerónimo no veía mejor medida que meterla con él en la renfe, pero tampoco esto acababa de tenerlo claro. *Yo no comprendía cómo se quería en tu mundo raro, y ahora me pregunto, al ver que me dejaste, por qué no me enseñaste cómo se vive sin ti.* Cenaba un grupo al aire libre, Jerónimo dejó sola a Juana, subió al techo de la renfe y se sentó a fumar un cohiba. La familia de turno le había ofrecido a Bellarmina cama y techo. Bellarmina no dormía con cualquiera ni con nadie, como María, la puta. Bellarmina sólo dormía con su guitarra.

—Ahora te da por esa mongólica de la guitarra —le dijo Juana ácidamente, cuando bajó del techo.

—Ahora, a lo mejor, me da por darte una hostia, si no te callas. Jerónimo sacó la moto y salió con ella hacia Madrid, casi dando saltos, como sobre un caballo.

¿Qué le esperaba por el centro de la ciudad? Todo y nada. Seguramente nada. Juana, viéndole marchar, comprendió que aquello, más que otra cosa, era una huida. Y ella misma distraía su soledad con las canciones de la tonta, poniendo letra donde la otra sólo ponía música, *por qué me acostumbraste a todas esas cosas, por qué tú me enseñaste.* Etcétera.

UN DÍA SE PRESENTÓ la pasma en la Hueva. Jerónimo dormía la siesta. Le despertaron unos nudillos secos en la ventanilla de los Grandes Expresos Europeos, Jerónimo, que aquí hay unos señores que quieren verte.

Ella se había ido a bañarse un poco en el riachuelo. Jerónimo recibió a la pasma con sólo la cabeza incorporada contra la almohada:

—¿Qué hace aquí este vagón de ferrocarril?

—Eso se lo preguntan ustedes al Ayuntamiento. Yo no lo he traído aquí. Jerónimo fuma un cohiba de los que le regala un amigo de Fidel que se vino porque le reclamaba la familia. Los policías son tres, como en las películas: el tonto, el listo y el que va de nada. Pero tomen asiento, por favor.

—¿Por qué fuma usted cohibas?

—Me los envía Fidel directamente. ¿No se los envía a Felipe González?

—Ya sabe usted por qué estamos aquí.

—Ni idea. ¿Pero es que querían cohibas?

—No, gracias. Estamos en el lucky strike, que es lo moderno de ahora. Hasta la Hueva llegó un hombre que ha desaparecido.

—Muchos hombres que no soportan Madrid, se refugian aquí.

—Éste sí soportaba Madrid. Se trata de don Tirso, un hacendado de las zonas nobles. Todo un caballero.

—¿Y qué coños hacía en la Hueva todo un caballero?

—Eso es lo que venimos a investigar. Se dice que tuvo una entrevista con usted. La pasma se ha distribuido por los sillones de los Grandes Expresos Europeos. Ahora parecen más tranquilos. Fuman lucky y sólo el tonto acepta un cohiba, que le marea.

—Ningún caballero se dignaría entrevistarse conmigo.

—El caso es que hasta aquí llegan las huellas de don Tirso, y aquí se borran.

—Hay mucho polvo en la Hueva. A ver si el Ayuntamiento asfalta el barrio.

—¿No quiere usted colaborar?

—Si colaborar es declararme culpable, claro que no quiero. Los policías preguntaban por turno. El del cohiba, por estar mareado, hacía las preguntas más inteligentes:

—Al borde de la calera (porque en este barrio hay una calera) se han encontrado huellas de don Tirso, o sea de la víctima, como su alfiler de corbata, que era de oro con una perla.

—Qué cosa más cursi.

—Cursi o no, todo parece indicar que la víctima fue arrojada a la calera.

—O se tiró.

—¿Se tiró?

—¿No venía borracho?

—Sabe usted demasiadas cosas de la víctima.

—Lo que he leído en los periódicos. Era un bebedor con el hígado como un embarazo de seis meses.

—Usted conoce el barrio mejor que nadie. ¿Por qué vino hasta aquí la víctima?

—En primer lugar, un hombre que se suicida y pierde el alfiler de la corbata, sólo es víctima de sí mismo. Por otra parte, pienso que el señorito bien y retablo venía persiguiendo alguna pobre moza del barrio.

—No se ponga usted demagógico, Jerónimo.

—Me pongo como me da la gana.

—¿Sabe que la muchacha, bueno, la novia de la víctima también ha desaparecido?

—Lógico. Muerto el muerto, ya no se le pueden sacar más dollars.

—¿Cómo dice?

—Dollars.

—Qué gracioso. Lo que es la incultura.

La pasma fuma y espera. Jerónimo teme que Juana vuelva de su baño en el riachuelo. Salta de la cama y se pone en pie, en camiseta y calzoncillos.

—¿Algo más?

El tonto, completamente mareado por el puro, se enfrenta a Jerónimo.

—¿No tiró usted a don Tirso a la calera?

—¿Y por qué iba hacerlo? Ni siquiera sé a qué chica perseguía. Mis novias las tengo en Madrid, no en el barrio.

—Claro.

—Claro.

—De todos modos, vamos a echarle un último vistazo a la calera.

—El barrio tiene una calera, un pozo negro y un cañaverol infeccioso. En cualquiera de los tres sitios podrán encontrar a su hombre, si es que decidió acabar aquí sus días, como ustedes suponen. O lo decidieron ustedes. También puede ser que el padre de la

niña enterrase a la víctima bajo diez capas de estiércol. Pero como ignoro quién es la niña, ignoro quién es el padre.

Los policías salen en fila del vagón. Jerónimo los ve alejarse hacia la calera. El instinto de clase les guía con certidumbre. Llega Juana, temblorosa de agua e impaciencia: he visto tres policías que iban hacia la calera. Buscan a tu novio. ¿Y lo van a encontrar? Parece que eso te da miedo, Juana. Tendrías que casarte con un montón de barro. Calla, por favor. Y la besa.

Luego hacen el amor.

JUANA Y «GILDA», la cabra, han estado en el riachuelo. Juana se baña desnuda, a resguardo de los vecinos, y la *Gilda*, la cabra, ramonea por las orillas. Se han hecho buenas amigas. Juana, la chica de Serrano, descubre que hay amistades más verdaderas y más fuertes que las de los bares de Serrano (tan remotos). Juana está descubriendo el mundo (el mundo de la Hueva, que a lo mejor es el Mundo), con una impaciencia de mujer y una intensidad de cabra.

Se baña desnuda en el hilo de río, sale y juega con la cabra, vuelve al agua. Dentro del agua, vestida por el río, con ropajes de agua y galas de la corriente, pobre y lujosa, piensa que jamás ha tenido en el barrio de Salamanca una amiga como la cabra. Que jamás ha conocido una hembra sincera, ingenua, directa, graciosa, divertida y sorprendente como la *Gilda*, la cabra de Jerónimo. Juana está casi segura de que Tirso llegó hasta aquí persiguiendo a cualquier moza del barrio, de que topó con Jerónimo y de que Jerónimo le tiró a la calera, si es que antes no le hizo otras carnicerías. Pero Juana descubre, desnuda, que todo esto le da igual, incluido Tirso, su amante millonario (lo que la Prensa del corazón llamaba su novio), y, asustada de tanta indiferencia y tanto cambio en su persona, prefiere no pensar en ello.

De modo que Juana le busca ortigas blancas a la cabra, trata de seguirla en sus arribadas, la besa entre las orejas y le habla como a una amiga, la amiga de verdad que nunca tuvo, amiga mucho más interior que la amiga íntima del internado, mira, *Gilda*, a mí es que me gusta tu dueño, o sea Jerónimo, yo era una chica que vivía bien con el dinero de mi amante, porque allá en Madrid se respeta a las amantes como a las esposas, siempre que sean de lujo, pero luego desapareció Tirso, cosa que aproveché para ponerle cuernos, lo que hacía con frecuencia, entre actorcitos jóvenes y así, hasta que la desaparición de Tirso fue cosa de la policía, y decidí tomármelo en serio, porque en su vida estaba mi herencia, parece que Tirso llegó hasta aquí, borracho (se emborrachaba todas las noches), siguiendo a una moza del barrio, y en la Hueva le dieron muerte, no sé quién ni cómo, aunque lo imagino todo, toma este cardo borriquero y esta ortiga blanca, que es lo que te va, y la cabra se alimenta con movimientos de cabeza que parecen asentimientos a lo que le está contando la mujer desnuda.

Lo que ha pasado luego es que aquí en la Hueva, o más exactamente en la renfe, me he encontrado a Jerónimo, lo que yo menos podía esperar en un sitio así, aunque siempre he sentido curiosidad por estos sitios, y por eso estoy aquí, bañándome contigo, porque quiero a Jerónimo, aunque sé que me odia (eso del odio de clases, que nos explicaban en la Facultad) y cualquier día me va a tirar a la calera, de momento ya me ha quemado el porsche.

La cabra afganesa y la madrileña desnuda hacen una pareja anacreónica, y unas veces Juana sigue a la cabra cuesta arriba, con mucho juego de glúteos, y otras veces la cabra, la *Gilda*, sigue a la muchacha cuesta abajo, hasta la orilla del río, donde Juana se baña y la *Gilda* la mira como a una sirena (si la *Gilda* supiese lo que son sirenas), un extraño ser de tetas y cola interminable de río.

Finalmente se besan y se quieren.

De vuelta a la renfe, Jerónimo se lo dice a Juana, sin reparar en que viene ceñida por

el agua, como desnuda/vestida, con el pelo pegado a la cabeza:

—Que ha vuelto aquí la pasma y he tenido miedo de que aparecieras en cualquier momento. Tú eres la única prueba, y una prueba viva, de que tu señorito, el hijoputa, el cormorán, estuvo aquí una noche persiguiendo a una chica pobre del barrio. Venía borracho y asqueroso. Tú eres la única prueba, Juana, porque he jugado bien con ellos, pero tu sola presencia lo explica todo y además no me fío de ti. Tengo que matarte, Juana, no tengo más remedio que matarte, si antes no te mata el barrio, ya te han quemado el coche, tenemos que echarte a la calera para que te confundas para siempre con tu novio, que tenía perfil de cormorán cuando se clavó en mi cuchillo, y quedaríais unidos para siempre en unas bodas de amor y barro y cal y nada, todo muy blanco, como en las bodas. Pero yo soy el caudillo de este barrio, Juana, y pienso como los caudillos: si el pueblo está dispuesto a hacerlo, ¿por qué lo voy a hacer yo? Lo harán ellos por mí y encima me estarán agradecidos.

Luego comieron juntos en el vagón de lujo de la renfe y Juana, húmeda, tierna y culpable, se dormía en los brazos atléticos, circenses, de Jerónimo.

CABALLERO FORMAL, familia estable, viuda en buen estado, ofrécese. Uno mira por los anuncios del Ya y la vida parece fácil, variada y rica en posibilidades. Luego, uno pide direcciones, domicilios, teléfonos, y resulta que todo es en la Almudena. Los que se anuncian son los muertos. Las muertas quieren encontrar amante.

Entonces, uno se mira por dentro o se mira al espejo, que siempre es más fáctico, y si se encuentra lo suficientemente muerto, puede tener amores con las rubias maduras y malvadas de la Almudena, con las pajilleras de La Elipa, que vienen a estar igual de muertas, con las niñas que volaron al Señor hace veinte años, recién hecha la primera comunión, y con los caballeros estables que lo que buscan es ambiente y salsa en las pensiones de medio precio y poco pelo:

—Pero bueno, vamos a ver, ¿usted qué es lo que busca aquí?

—Salsa, mucha salsa.

—Pues salsa no le va a faltar, caballero.

Y así es como se inscriben en las pensiones de la calle de la Luna y en la Almudena, buscando salsa con una viuda rubia o con un adolescente de Aparejadores. Madrid fornicaba con los vivos y los muertos, mediante los anuncios del Ya, que para eso está, y así es como se conocieron don Jorgito y doña María la Brava.

Don Jorgito disfrutaba una discreta jubilación anticipada, doña María la Brava disfrutaba una pensión por la cruz de su marido, otorgada por Franco y respetada por los modernos de ahora, de modo y manera que unieron sus rentas y se iban a la Gran Vía a tomarse helados de tres gustos, en verano, y ver pasar al personal, tanta india en sari, pero qué internacionales somos, si es que hay que joderse, la primera potencia turística del emecé, o se iban al Gran Café de Gijón, en invierno, a mirar artistas y tomarse un panaché de verduras bien hecho y con mucho jamón encima, que si no es que no alimenta, y qué panaché el de este sitio, oyes, El Gijón, son cien años de honradez, no lo olvides.

—Ahora dice que lo van a vender.

—Pues sería una pena, por el panaché con jamón, mayormente.

—Y por los cien años, mujer.

—Eso.

Don Jorgito tiene algo de Vittorio de Sica defraudado y doña María la Brava tiene algo de Agustina de Aragón mal reproducida en una litografía barata. Pero son felices y viven el amor de los maduros, las rosas de otoño de que hablaba aquella maricona redicha que era don Jacinto Benavente, en el ocaso de la vida, cuando se aquietan las pasiones, puede surgir todavía una segunda floración de amor, como rosas de otoño, un poco melancólicas, que aún pueden perfumar una existencia. Si es que parece

Antonio Gala, oyes. La misma escuela, hijo.

Lo que ignoran don Jorgito y doña María la Brava, en su felicidad sin límites, felicidad fondona de pensión y restaurante discreto, es que ellos no son más que dos muertos de la Almudena a quienes la monda ha juntado por casualidad. Los viejos de la Hueva, capitaneados por Jerónimo, le quitan a don Jorgito la sortijita maricona con un rubí, aserrándole el dedo delicadamente, y le quitan a doña María la Brava la peluca roja (debajo estaba calva), para luego venderlo todo. Los novios adultos, a pesar de todo y después del despojo, se siguen amando.

Ricardo Rollán, encajero, y Lola Toledo, después del despojo, se siguen amando. Ricardo Rollán es alto, cenceño, maduro y fornifollador. Lola Toledo es efébica, chicazo, enfermera y buena persona. Se encuentran todas las tardes, o casi todas, en el café, sin quedar ni nada, cuando Ricardo Rollán ya ha hecho sus encajes finos (que luego se venden muy bien en los mercados de Madrid), y Lola Toledo ha abandonado el servicio.

—¿Se te mueren muchos esta noche, Lola?

—Unos cuatro o cinco, pero se le van a morir a otra.

—¿Y de qué se muere ahora el personal, Lola?

—De cáncer mayormente, Ricardo, aunque quizá eso me parece a mí porque trabajo en la planta de oncología.

—¿Oncología es lo mismo que cáncer, Lola?

—Claro, tonto, de sobra lo sabes. ¿Y tú has vendido muchos encajes?

—Bueno, ya sabes que yo diseño, creo, invento, basado siempre en el trabajo de mi madre, que era de Almagro. Pero los encajes de Almagro ya van los turistas allí a buscarlos. Yo hago una cosa variada, difícil, sorprendente. ¿Qué tomas, Lola?

—¿Una cosa nueva? Yo tomo una pepsi.

—No. Nueva, no. Una cosa nueva que parece vieja, o una cosa vieja que parece nueva. A mí un magno, por favor. Lo mío se vende, lo venden todas las encajeras de Madrid, porque los turistas lo encuentran «muy antiguo y muy moderno», como dijo el poeta, pero las enfermeras no leéis a los poetas. Y los madrileños progres, que van en pareja, lo compran desconcertados, por no perderse lo último, por saber de qué va: «Almagro ha evolucionado, España ha evolucionado, este país marcha, tía». Esas cosas dicen, y otras pijadas. Ya ves.

Lola Toledo se toma su pepsi, melancólica del amor que tiene al lado, como Juan Ramón, y Ricardo Rollán se toma su magno, y luego pide un torres, que aún le gusta más, calculando si la niña (unos veinticinco) viene o no viene en plan de cama.

—Yo no quiero que nos asalten los saltatumbas cuando nos muramos.

—En qué cosas piensas, mujer. ¿Por qué no nos vamos a la cama?

—Es que mi madre me habla mucho de los saltatumbas.

—Bueno, a ti te arrancarán esos pendientes horteras y a mí el reloj de oro de Munich, cuando estuve haciendo encaje muniqués, por huir de la dictadura franquista. Y qué más nos da. Ahora vamos a follar, que tú eres joven y yo me encuentro hoy muy puesto, mona.

Los ancianos de la Hueva, capitaneados por Jerónimo y su linterna, encuentran una chica con unos pendientes horteras, pero caros, y un señor con un reloj de oro macizo, a su lado. Los ancianos se llevan los pendientes con orejas y todo y le cortan al caballero la mano por la muñeca, para llevarse el reloj. Jerónimo se limita a precisar el tiempo y la eficacia de estas operaciones.

—Vamos, viejos, que va a pasar la pasma.

Y cuando pasa la pasma, cada uno está en su cama, calentito. Los trofeos, manos, orejas, dedos y pelucas, joyas y relojes, lucen sobre el aparador de nogalina, esperando la buena venta del día siguiente.

Los ancianos de la Almudena tienen un sueño muy cristiano, se sienten visitantes de

los muertos y nunca meditan en su propia muerte, ya que la cercanía quita conocimiento.

Una tristeza plata y sucia, profunda y alegre, se extiende por el café. Todos guardan silencio como si fuera la hora del ángelus, un ángelus laico que nadie reza, salvo en la réplica de Dalí que hay al fondo del establecimiento:

—Ricardo, que dice mi madre que vamos a coger el sida, de tanto follar, y que después del sida te llevan a la Almudena, y que ni siquiera en la Almudena tienes paz, porque hay unos mendigos que roban a los muertos y les quitan las alhajas y los dientes.

—Pues, llegada la hora, que nos lleven a otro cementerio. Por ejemplo, a la sacramental de San Justo, que es más literario, al otro lado del río. Allí está Larra.

—¿Aquel señor tan jovencito que se suicidó?

—El mismo.

—Son trescientas cincuenta del coñac y veinte duros de la pepsi de la señorita.

—Póngamelo en la cuenta, que mañana vengo con dinero. Tengo que sacar del Banco para pagar a las obreras, que es sábado. Yo no soy un empresario que se acojone con eso de las nacionalizaciones. Yo soy socialista y moderno.

—El señor puede ser lo que quiera, pero suman cuatrocientas cincuenta, ya digo.

—Tome veinte duros de propina y mañana le pago.

El camarero, como un pícaro de comedia, se va contento con sus veinte duros.

—¿Mañana le vas a pagar, Ricardo?

—No vuelvo por aquí en un mes. Las cuentas se olvidan. Los números son abstracciones.

—Ricardo.

—Qué.

Jerónimo les brinda estas orgías cementeriales y alegres para tenerlos contentos y a su disposición. Jerónimo jamás se lleva nada de los muertos. Un día se lo dijo a Juana, en la cama, aterrorizada ella por estos despojos necrófilos:

—Son viejos que ya no tienen fuerzas para otra cosa. A mí me sobran cojones para llevarme la pela de los vivos.

AUXILIADOR Y SECUNDINA están tranquilos en la vida porque han copado el parking del Palace/Las Cortes. Al Palace va gente de pela que además es extranjera y no tiene noción de la moneda, y encuentra muy pintoresco eso de dar limosna. A las Cortes van políticos muy conocidos que necesitan quedar bien ante el pueblo, y también dan propina.

Auxiliador vino a Madrid a vocear periódicos en la Gran Vía, pero luego se acabó eso de vocear los periódicos de la tarde, porque traían lo mismo que los de la mañana, y Auxiliador pidió un quiosco al Ayuntamiento, pero no se lo dieron. De modo y manera que Auxiliador ha dejado el papel impreso y se dedica directamente a la limosna, aunque tantos años de cultura periodística le han dado un trato y un conocimiento para identificar al personal. Llama a los políticos y a los cardenales por su nombre, con lo que todos le dan algo, pues que al hombre público le gusta saber que ha llegado al pueblo, incluso el que se cree más exquisito en su misión (sobre todo el que se cree más exquisito en su misión).

Secundina y Auxiliador se turnan en el parking del Palace/Las Cortes (escalera de bajada), y él hace el día, pues que tiene más trato para el ilustre personal de la zona, y ella hace la noche.

Una mujer de noche, madura y pobre, siempre conmueve. Secundina es de la provincia de Madrid, parte norte, de Manzanares del Real, entre la sierra pobre y la sierra rica, pueblo populoso y laberíntico, lleno en verano de madrileños horteras, mandones y satisfechos. Estos madrileños parece que piden mucho champiñón, en los bares. Quizá han creído que el champi es la fruta salvaje del paraíso, de su paraíso quincenal, pero

luego van y les dan champiñón de lata.

Secundina, de niña, ni guapa ni fea, jugó a la sombra del castillo medieval del pueblo, y alguna vez estuvo dentro del castillo, viendo escaleras y armaduras, y mayormente la biblioteca, tiras y tiras de libros, la Secundina se preguntaba: ¿y para qué quieren tantos libros en un castillo, que siempre hay algo que hacer?

También lleva la Secundina, sobre sí, la sombra cuadrada y fija de la torre románica de la iglesia, con dos nidos y cuatro cigüeñas allá arriba, el reloj de costadilla, casi puntual, la solemnidad guerrera y antigua, religiosa y geométrica de la hermosísima torre. La Secundina, cuando se adormece en el parking, escaleras bajada peatones, entre cliente y cliente, entresueña la sombra románica y segura de aquella torre, en su infancia salvaje, en su juventud lírica, y lo que lamenta, quizá, sin confesárselo jamás, es que Auxiliador llegase allí un día, vendiendo la Prensa de Madrid, y se le declarase novio.

Secundina se casó en aquella parroquia, dentro de aquella torre cuadrada y esbelta, amiga y militar, bajo las cuatro cigüeñas de los nidos, como hadas madrinas, y fue feliz por un día.

Luego, en Madrid, empezaron los trabajos duros, bien asimilados en la juventud, luego los trabajos blandos, o sea la mendicidad, ya en la madurez, y gracias a Dios que los hijos se les habían muerto todos. Secundina, cuando da una cabezada sobre sí misma, entre aluvión y aluvión de clientes, en la escalera del parking del Palace/Las Cortes (uno de los mejores puestos de Madrid), se sueña siempre en Manzanares del Real, a la sombra de la gran torre románica (que ella no sabía que era románica), jugando al dúbré.

ERASMO, personaje de la chirlata, héroe del burle, es el rey nato de Legazpi, matadero cinco, y lo que le jode es que haya aparecido Jerónimo, un tipo de Vallecas con una Honda pispada, a repartirse con él el dinero de los camioneros gilipollas y dormidos, en pijama, que han pasado la noche con una serrana de tres mil de vellón. Demasiado.

Erasmus, perfil de cuchillo, rey de Legazpi, está harto de repartir beneficios, a la sombra de los inmensos camiones, que huelen a noche y a goma, con el intruso Jerónimo. Si los dos muchachos fueran sensatos y se pusieran de acuerdo, podrían levantarles la cartera a todos los ingenuos y poderosos camioneros asturianos, gallegos, santanderinos, pero entre Erasmo y el otro hay una competencia de pela y una rivalidad humana, una cuestión de territorio, de dominio, de poder.

—¿Y tú qué cojones haces aquí, si eres de Vallecas?

—El juego es libre y yo no sé de dónde eres tú. Cuando trabajábamos juntos, de chicos, en el mercado, a mí nadie me preguntaba de dónde era. El caso es que moviese naranjas de un lado para otro. Los de Legazpi es que sois unos puestos.

—Y tan puestos, como que tenemos un matadero.

—Ya no funciona.

—Es igual. Esta tarde, después de la chirlata, mientras estos cerdos duermen, te espero en la puerta principal del matadero. A las cinco.

—¿Nos vamos a matar, Erasmo?

—Nos vamos a matar, Jerónimo. Estoy hasta las tetas de que te laves la pela de mi circunscripción, lo que me pertenece a mí.

—Lo lamento, pero es que a Vallecas no van camioneros. No hay nada que vender.

—Lo que no hay es nada que comprar.

—Eso. Somos unos mendigos de mierda.

—Esta tarde a las cinco en la puerta del matadero.

—Venga.

—Y vamos a muerte, Jerónimo.

—¿Dónde?

—Dentro del matadero. Ya no funciona. Allí no hay nadie. Por el verano ponen funciones y pijadas. Nos vamos a matar casi a oscuras, Jerónimo.

—Yo veo en la oscuridad, como mis gatos, Erasmo.

—Más te vale.

—¿Navaja?

—Navaja.

Iban llegando los camioneros, tórpidos de sueño, y empezó la chirlata.

La sangre azul de Erasmo corre ya por el matadero de Legazpi (abandonado). A la puerta del matadero, un letrado remite a lo intemporal del tiempo, como sin querer. En la plaza hay cafés que ahora hacen, en su interior, una hoguera con el sol del verano. El matadero es una fábrica de hoces y martillos, aunque parada. «Todo animal de carnicería o de charcutería introducido en un matadero público sólo saldrá de allí como carne muerta». Erasmo sonríe al leer el letrado, pero su sangre azul corre ya por la catedral cruenta del matadero.

El mazo del jifero hace mucho que dio su último mazazo. Lo que Jerónimo le ha dado a Erasmo es una puñalada asesina y por sorpresa. «Todo animal de carnicería o...», etc. Los matarifes beben la sangre de los animales cuando ésta sale de la carótida. Jerónimo prueba a beber la sangre azul de Erasmo, pero le da asco y la escupe. Unos trescientos mil kilos de carne salían de aquí a diario. Ahora van a salir los setenta escasos de Erasmo, el rockero/chirlero/sislero/ navajero con perfil de cuchillo. Erasmo creía que Jerónimo era legal, pero Jerónimo no es legal. Jerónimo es un hijo de puta con glamour para las tías y los tíos. Nada más. Huele a mierda y tierra. Jerónimo ha estado aquí cuando había miles de toros corneando el aire, un olor macho y salvaje de su infancia. Los camioneros de la chirlata de Erasmo/Jerónimo con frecuencia huelen a sangre. Es lo que llevan y traen. Jerónimo se da prisa, mata, vacía y despoja a Erasmo en menos de media hora, él solo. Esto es una fábrica de muertos que Jerónimo sabe poner en marcha, porque ha trabajado aquí de niño. Los ritmos son satánicos y Jerónimo encuentra mucho más penoso deshacerse del cadáver de Erasmo que haber matado a Erasmo. Jerónimo le lleva a Erasmo la ventaja de que es alcohólico, y el alcohol, controlado, le da a uno una lucidez y lentitud precisa de movimientos que es lo que le está ayudando a deshacerse del muerto.

Matarifes, destazadores, curadores, toda la artesanía de la muerte, aprendida de niño por Jerónimo, le asiste ahora en su oficio. Pero tiene los pies en la sangre y la sangre hace su camino, tiene aún el cuchillo en la mano, por si hay que seguir despiezando al muerto. Lo que más quisiera ahora Jerónimo, más que el sabor de la sangre, es un vaso de vino tinto, negro.

Bueyes de establo, bueyes leoneses, cerdos extremeños y corderos de cualquier parte. El perfil estilizado de Erasmo arde como llama blanca, distinto de tanto ganado ausente, contra los fondos del matadero. A ver si va a ser verdad que en el hombre hay algo que no arde en la bestia, eso que los curas llaman alma. En el peladero, Jerónimo enfría a Erasmo. Mana la sangre azul del sislero.

Jerónimo empezó a matar al cumplir los diecisiete años, dentro y fuera del matadero. Jerónimo tiene destreza, fuerza y edad. La tenía ya cuando entró a matar en el matadero, después de haber cargado frutas en el mercado. Se puede matar con maza de jifero, el mazo o la pistola. Jerónimo ha elegido su doméstica navaja para matar a Erasmo. Especifica el reglamento que las bestias deben ser trabadas antes de matarlas. Erasmo no se hubiera dejado trabar. Del mercado al peladero, las bestias deben ser conducidas al paso. Así han caminado Erasmo y Jerónimo, al paso, sin prisa por batirse, dejando los nervios en el camino. Las terneras serán llevadas en coche, de pie y sin ninguna atadura. Salvo el coche, me parece que he cumplido el reglamento. La maza de jifero, el chico fulminado, el cuchillo introducido por el tubo hueco de la herida para matar los nervios de la víctima, si es posible. Cadenas de montaje del

matadero, pernos que sierran. Jerónimo ha puesto en marcha todo el aparato de la muerte, aún útil, pero abandonado. Se conoce que han inventado algo más moderno. Veinte mil litros de sangre al día jugaban por el suelo del matadero, hasta el reguero central. Colectores de sangre, colectores de glándulas. Tan formidable y espantosa máquina, ahora está funcionando solamente para los cinco litros de sangre azul del joven Erasmo. Luego están los cortes inteligentes o los filetes de carne picada. Todos los mataderos de Madrid se habían concentrado en éste. Ahora, ya digo, deben de haber inventado algo más moderno. Aquí se hacen máscaras para carnaval y funciones de teatro. Hay quien tiene sus propios mataderos y empresas americanas que trabajan a razón de un cerdo electrocutado y despojado cada cuarenta segundos.

Es el tiempo que Jerónimo hubiera querido para la desaparición total de su amigo el sislero. Desde que el matadero de Legazpi no funciona, se vierte en secreto la sangre de los animales. Después de todo, Erasmo ha tenido una muerte y una desaparición de los viejos tiempos, se dice Jerónimo. Una cosa como muy literaria, que diría Juana. Luego se quita las botas y los calcetines y los echa también al gran circuito del picadillo. Da a los botones que inmovilizan toda la maquinaria (tanto aparato para sólo cinco litros escasos de sangre azul), y se va a pasear descalzo por los parques municipales y casi agrestes de Legazpi.

JUANA BAILA DESNUDA en la tiniebla de la renfe, en la luz de las linternas y los encendedores de butano. Jerónimo se lo ha exigido, y esta noche vas a bailar desnuda para los ancianos de la renfe, y luego vas a follar con alguno, el que elija yo o el que elijas tú, a mí me parece que el más marchoso sería Juan Gualberto, es un espectáculo que les debemos a nuestros huéspedes de cada noche, yo les cobro un pequeño dinero por dormir en la renfe, aunque esto nadie lo sabe, creen que soy caritativo, ¿a ti no te gusta Juan Gualberto?, tiene una gorra de capitán de yate y a mí me cuenta muchas películas, porque pide a la puerta de unos Estudios de Cine, en la plaza del Conde de Barajas, ¿cómo lo ves? Yo lo veo enorme.

Juana baila, desnuda y adolescente, en la tiniebla de la renfe, y algunos viejos se masturban en la litera viendo su baile, pero se quedan dormidos antes de llegar al orgasmo. Juana va descubriendo, después de aceptar por miedo (miedo a la navaja de Jerónimo, miedo a la calera, al cañaverl, a todo) el erotismo de bailar desnuda la música que pone Jerónimo en un transistor de madrugada. Es un tecno/pop que a ella no le cuesta ninguna violencia interpretar. Anita Mecano o algo así. En seguida pierde la conciencia de sus pequeños pechos, de su pubis moro y rizado, de sus glúteos breves y expresivos, de sus delgados y dibujadísimos muslos.

Juana se espanta a sí misma descubriendo que le gusta el exhibicionismo total y gratuito. Jerónimo está sacando de ella el «hombre interior» y agustiniano que hay en la mujer interior. Por eso no se atreve a mirar a Jerónimo mientras baila el tecno/pop ingenuo de Anita Mecano (Anita Mecano jamás lo habría bailado desnuda), aparte de que Jerónimo se esconde en un embozo de humo de cohibas y sólo sus ojos chinos y duros le llegan como una orden y un reproche. Los viejos mueven las linternas con una curiosidad sexual de otra generación, pero Juana se ha bañado desnuda en todas las playas del Mediterráneo (e islas adyacentes) con su cormorán, y en realidad descubre que no le importa nada mostrar el coño a los viejos.

Juan Gualberto y Juana se tienden en la litera de lujo de la renfe, que Jerónimo les cede de buen gusto, y Juan Gualberto se baja los pantalones, pero no se quita la gorra, que ha visto en los estudios de Barajas que la gente folla vestida. Juana, como está desnuda, no tiene que quitarse nada, y experimenta todo aquello como un juego infame, bajo la mirada humilladora de Jerónimo, al que ya ama, o casi, no, pero Juana es presta de orgasmo y tiene unos grandes y pequeños labios vaginales muy bordeados de cenefa sexual, mucha zona erógena, «mucho material», como ella

dice, con lenguaje de Serrano, de modo que cualquier cosa puede ponerla a punto. Juan Gualberto no es que sea un maestro, un primer espada o un catedrático de filosofía, pero se comporta como gitano legítimo, y hasta repite suerte, más comida de coño que brinda al personal.

Todos los viejos se han venido de sus literas a presenciar el acto, como los cardenales renacentistas presenciaban la penetración de los príncipes, y Juan Gualberto ha quedado mejor (oreja y vuelta al ruedo) por la labilidad sexual de la niña que por sus propios méritos.

Es como cuando a un torero le ayuda el toro. Ocurre poco, pero ocurre, en el ruedo como en la cama.

—¿Y por qué has montado este número? —le pregunta Juana a Jerónimo, de madrugada, los dos solos en la cama (Juana ha cambiado las sábanas en que fornifolló con Juanguualberto).

Jerónimo enciende otro cohiba:

—Porque quiero envilecerte antes de matarte.

—¿Envilecerme?

—No, tienes razón, ésa no es la palabra. Quiero que te conozcas a ti misma, que conozcas tu avilantez, como decía mi abuela, antes de morir.

—Pero tú no me vas a matar.

Y Juana se abraza somnolienta a Jerónimo.

—Quizá ni siquiera necesito hacerlo. Te va a matar este pueblo, este barrio, que te ve como una intrusa y una posible delatora. Sólo te respetan porque eres mi hembra.

—«Mi hembra». Qué expresión. Parece de Lorca o un antiguo así. Dices que no has leído nada y eres sólo literatura.

Jerónimo se queda pensando una respuesta, pero Juana ya se ha dormido en sus brazos.

La Hueva, como toda tribu, desde las primitivas, tiene un tirano, que es Jerónimo, tiene una mujer mala, que es María, tiene una culpa colectiva (los muertos de la Almudena), tiene un David de Donatello a su manera, que es Llago, tiene un forastero, un intruso, Paco, al que no saben si linchar o explotar, y hasta tiene un tótem, la cabra, y un espacio sagrado, la renfe, y un cielo (los trigales salvajes donde follar, que Paco ha segado, y eso no se lo perdonan), y un infierno, la calera. Lo que le falta a la Hueva es un dios, un ídolo, pero esa zona de sombra y abundancia, de miedo y riqueza, quizá sean los muertos de la Almudena, despojados por la Hueva religiosamente, joyas y ropas como dones del cielo. Lo dijo una vez Jerónimo, cuando todos se quejaban de hambre:

—Dios proveerá.

Y aquella noche se fueron a mondar muertos.

SON LAS DOCE Y VEINTICUATRO de la noche. Jerónimo, tendido en el techo de la renfe, fuma el último cohiba del día y piensa, o simplemente mira la luna, en la que a veces ve pintada, todavía, la gracia de su pueblo, los colores de la Hueva.

Son las doce y veinticuatro de la noche y estamos a veinte de agosto, o veintiuno, según, como se prefiera. Viento del este, viento del oeste. Del oeste viene un viento caliente y madrileño que a Jerónimo no le dice nada o le dice demasiadas cosas. Del este viene una paz morada, hortelana y fría: es el huerto entofñado de Paco, el jardinero.

Jerónimo no piensa en nada y sólo mira la luna como un espejo de su pueblo, de su poblado, de su barrio, de su tribu: ve la Hueva reflejada en la luna.

Juana y María es la primera vez que duermen juntas. A María le marcan los perfumes de Juana, las cremas de Juana, esa nada de nata y leche, de languidez y caricia en que la señorita se envuelve.

A Juana le turba y excita el cuerpo casi efébrico de María, curtido de miseria, de intemperie y de noches. Juana le ha obligado a María a ducharse varias veces, en la pequeña ducha de la renfe, e incluso se ha atrevido ella a pasarle la esponja, la toalla, la mano, en fin.

Para Juana, María es como una negra blanqueable, como una salvaje civilizible, como una delincuente redimible. De pronto (cansada del cuerpo borracho del cormorán y del cuerpo tan macho de Jerónimo), ha descubierto que adora el cuerpo sucio y mal alimentado de María, que quiere lavarlo, limpiarlo, redimirlo, sacarle de dentro todo su esplendor, y disfrutarlo, como cuando se compraba en el Rastro una Virgen románica, que pagaba el cormorán, y luego, cuando la tenía en casa, se pasaba semanas dándole aceites, lijas, colores, cuidados, mimos, hasta que la ruina era una doncella fragante del pre/Renacimiento.

Juana, en fin, ha encontrado en María una virgen románica y puta, y le apasiona la redención y el embellecimiento de esta virgen, que de eso ya no tiene nada, ni falta que hace, como ella misma. Se es virgen o no por otras cosas que el virgo.

Ya hace varias noches que duermen juntas y desnudas, perdona, María, pero me gusta acariciar tu piel, tan cruda, casi pareces un chico, hasta a oscuras se nota que es una piel morena, y María no contesta, vuelta de espaldas en la litera, y Juana le pasa sus manos de crema por los hombros, por la espalda, por el nudo esbeltísimo que separa los glúteos, por las nalgas, o le besa el pico de un hombro, o la oscura nuca aspérrima y dulcísima, María no dice nada, aunque evidentemente está despierta, María no se mueve, y Juana se atreve más y más, más cada noche, hasta que María se tiende boca arriba en la cama, abandona sus defensas, su postura de caracol con la espalda como escudo, y entonces Juana ejercita en María todos los ritos que los hombres han ejercitado en ella: beso en los labios, con suave mordisco, trezado serpentino de las lenguas, como dos cabezas de culebra, beso en el tórax, echando los pechos a los lados, besos en los pezones, lengua en el ombligo, beso y mordisco en el pubis, beso profundísimo en la vagina, con aseado trabajo de lengua sobre el clítoris.

María se abandona y acaba por gemir. Juana la penetra con una mano fresca, urgente, veloz y violenta, hasta el fondo de la vagina.

Una María deshecha en orgasmos llora, ríe y gime con los ojos cerrados, la cabeza perdida en la almohada que tiene las iniciales de la renfe.

A la noche siguiente, ya la ceremonia es al revés. María ha aprendido en seguida todas las artes del lesbianismo y se las aplica a Juana.

A la luz blanca de la luna de la Hueva, un cuerpo parece blanco y el otro negro. Un hombre y una mujer. El eterno esquema de la pareja se repite siempre. Es la dinámica del amor. María, más violenta y más procaz que Juana, le hace el amor a su nueva amiga como un verdadero macho. Juana siente y comprende que nunca le ha ocurrido nada igual. En pleno orgasmo le asalta la lucidez de que está enamorada de María. Ni siquiera piensa en Jerónimo, qué risa, Jerónimo, allá subido, sentado a lo indio sobre el vagón, como un sioux, qué ridículo.

Luego, en el breve tocador del vagón, las dos mujeres desnudas se lavan una a la otra, y con esa hipocresía femenina que ni siquiera es hipocresía, sino naturalidad, Juana le dice a María, sin transición, tienes un cuerpo muy mono, pero te iría bien un poco de crema hidratante, para la piel, yo te traeré, descuida.

El amor entre ellas tiene mucha más pluralidad y porvenir que cualquier otro amor. Jerónimo ha perdido dos mujeres a la vez, y seguramente lo sabe, pero no lo piensa, o lo piensa, pero no lo sabe.

—Tengo yo una crema hidratante que te va a ir divina, María, amor.

LLAGO CORRE EN SU MOTO negra, roja, azul, de muchos colores, llena de calaveras y pintadas, hacia Madrid, como otras mañanas, bajo la gran bandera azul del cielo,

rompiendo un clima de quietud y eternidades que es como el mar. Llago tiene el golpe asegurado en Madrid. Y esta mañana está dispuesto a darlo. La adivina ya le tiene hartos. La adivina es un coñazo y una pesadilla en su vida. La adivina le trata como hombre y como mujer. Le goza como hombre y como mujer. La melena femenina de Llago estaba en un viento profundo.

Ana Clara Garrido Abel, de sesenta y un años, es adivinadora de toda la vida, y con eso del porvenir ha ido reuniendo un cerdito cebado de pela. La adivina vive y trabaja en la calle Abada, y Llago estuvo una vez allí llevado por unos amigos, vamos a ver a la vieja, que nos dice el día de mañana y se pasa bien, pero Ana Clara Garrido Abel, que era bollacón y hacía a todo, se enamoró del enigmático Llago sin saber si era chico o chica, eso no lo supo nadie jamás, y le dijo lo que decían las cartas, eres la adolescencia, la juventud, la vida, todo el tarot te es favorable, y también don Heraclio Fournier. No le cobró la consulta, sino que le invitó a tomar una copita de orujo con ella, en la trastienda, y cerró la tienda por ese día.

En la trastienda, un mundo de pájaros irritados y demonios de pega, con muchas bolas de cristal, que les hacían a los dos monstruosos y legendarios, tomaron el orujo y la adivina le pasó a Llago unos billetes arrugados y con olor a besugo, quizá la vuelta de la pescadería, mientras le acariciaba los muslos y subía su mano enojada de tribus, vil de vejez, hasta el sexo de Llago. Así había empezado, en la calle Abada, la relación de Llago con la vieja adivina.

—Llago, llaga, amo tu llaga...

Ahora, Llago corre en la moto hacia Madrid, decidido y alegre, urgente y sombrío, dispuesto a acabar con esta relación que le asquea y le humilla, dispuesto a tomar lo que, según su cabeza, le pertenece. Madrid le recibe con una densa palabra de calor y una extensión hermosa y dura de calles vacías y plazas inabordables. Es agosto. «La adivina de Madrid, asesinada de veinte golpes en la cabeza», traían al día siguiente los periódicos. Ana Clara Garrido Abel recibe a Llago con alegría y susto, no son horas. Ana Clara Garrido Abel adivina a la gente sin necesidad de bola ni tarot. Pero está enamorada de esta criatura a quien ha disfrutado y poseído como hombre y como mujer. Hoy es jueves y la adivinadora cae asesinada, entre sus pájaros locos y sus máscaras y sus bolas, asesinada mil veces en las mil bolas de cristal de su trastienda, cuando Llago la golpea en la cabeza hasta veinte veces (con una hubiera bastado), con una mano de mortero de oro, sombrío y antiguo, que la vieja tiene entre sus tesoros. Llago sabe dónde está el dinero, una bola de cristal, la falsa (todas lo son), llena de billetes de diez mil hasta arriba, Llago no tiene más que romper la bola, aunque la bola se abre, como todas. Ana Clara Garrido Abel, la vieja enamorada de Llago a través de todos los sexos posibles e imposibles, Ana Clara Garrido Abel, la mera vejez enamorada de la pura juventud, o a la inversa, está vestida entre folklórica y Cleo de Merode, desvencijada contra un sofá modern/style y un biombo hecho en casa, poniendo cara de muerta y con la sangre rodándole de la cabeza a la mejilla, como a una imagen religiosa, de la mejilla al echarpe confuso y del echarpe a la mano izquierda, llena de joyas, de pecas y de edemas. Con el brazo derecho, la muerta se reclina un poco en el sofá, como buscando la confortabilidad de la muerte. Llago recoge del suelo el palomar loco de los billetes de diez mil (la vieja había llegado a cobrar eso por consulta), y se corta con los cristales de la bola, y sangra, van a pensar que es sangre de la vieja, pero yo la he matado limpiamente, los pájaros locos gritan y gritan, pero no se mueven de su sitio (otros están enjaulados), se ve que el pájaro es cobarde o poco afectivo, en la estancia huele a oro, incienso y mierda, quizá la muerta se ha hecho sus necesidades en el último momento, como suele ocurrir, en todo caso huele como siempre (aquí tenía yo que acostarme con la tiaca), pero mucho más, la muerte es lo que tiene, que recrucece de pronto todos los olores cotidianos de una casa, Llago está siguiendo, sin saberlo, el modelo de Jacobo, a quien vio actuar con

tanta decisión la noche de los muertos, o sea que la vida es un asunto de hacérselo duro, pues ya tengo resuelto el tema de la maga, que me viene mareando hace tiempo, habría que disimular un poco el crimen, pero suenan pasos en las escaleras de la casa (esto es un entresuelo, las adivinatoras trabajan en entresuelos), y ruido de coches en la calle, Ana Clara Garrido Abel no vio venir, a través del tarot, el caballo blanco y sangriento de la muerte, de su muerte, o lo vio demasiado bien y lo eligió sabiendo que era su destino, Llago se ha guardado todos los billetes, a puñados, manchándolos de sangre, aquí hay una pela para mucho, sale sin mirar a la muerta, llega a la calle, respira limpio, al fin, se ve en el manillar de la moto las manos con guantes de sangre y en el primer semáforo se le acerca un guardia:

—¿Y esas manos? Y se le acaba de caer a usted del bolsillo este billete de diez mil. ¿Haría el favor de acompañarme?

El vecindario ya ha dado el cante y la policía está en el entresuelo que huele a destino, mierda de pájaro y mujer muerta. Llago había tenido la precaución de dejar la moto en otra esquina, pero eso no resuelve nada. Ahora está tirado en un suelo de cemento con un cielo de barrotes. Tiene las manos tirantes de sangre seca, como unos guantes estrechos que desearía quitarse. Huele a cárcel y café con leche. «Yo no soy Jerónimo, yo no soy como Jerónimo», musita Llago. Y unas lágrimas masculinas y femeninas le corren por su hermosísimo rostro de adolescente de Leonardo.

En otro departamento policial comprueban que, efectivamente, Ana Clara Garrido Abel, adivina de sesenta y un años, tarots, bola mágica, baraja española de don Heraclio Fournier y otras artes, se ha hecho de vientre con la placidez de la muerte.

LA CABRA, *Gilda*, la cabra, la *Gilda*, está colgada de la rama de un árbol, por la parte de los arroyos, ahorcada, blanquísima, con la cabeza de ángel agredido por la teología, muerta. Llago está en su celda, con las manos lavadas, libres de la ligadura de la sangre, pero sometidas ahora a la ligadura de las esposas. Llago, sentado en el suelo, solo, con la espalda contra la pared de cemento, mira el neón de la cárcel, el granulado del cemento, la indiferencia vertical y repintada de los barrotes («hay que mejorar las cárceles»). Llago mira el pasillo por donde de vez en cuando pasa un carcelero indiferente y cansino, como un ujier en un ministerio. A los carceleros no se les oye. Es como si tuvieran una alfombra para ellos solos. Llago mira su propia melena, crecida y sucia (tendría que haberme lavado la cabeza antes de bajar a Madrid). La melena aún le huele a los perfumes que usa, Chanel número cinco que roba de las perfumerías de Serrano y Hermosilla. La cabra ha amanecido colgada de un árbol, de una rama, como un ángel atrapado por la teología, ya se ha dicho, como un alma de la que no han conseguido ahorcar el cuerpo, que quizá haya huido.

Sólo que *Gilda*, la cabra tiene una hebra de sangre desde la boca a los vellones o el plumón del cuello. Sangre fresca, sangre seca, sangre bella. Una venganza, un crimen, una vileza. ¿Los muertos de la Almudena, alguien del barrio, quién, la propia Juana?, ni se sabe. Llago se mira la camisa blanca con rayita verde y cuello de chica, Llago se mira las manos limpias, de párvula precoz, incoherentemente esposadas. Los aros de hierro y la cadena son casi como un juego en torno a esas manos femeninas y esas muñecas frágiles, quebradizas (que hace un rato han matado a una vieja con veinte golpes de mango de mortero). Llago echa la cabeza hacia un lado, el perfil clásico y adormecido. La cabra, la *Gilda*, va doblando la cabeza hacia un lado, la cabeza asiria y gratamente dormida en la muerte. Hay una paz de sótano en la cárcel, paz fría de argamasa, y hay paz en la Hueva (Jerónimo aún no ha sido avisado, nadie se atreve a avisarle), una paz de cielo alto y agosto cumplido.

Llago tenía que haber pedido que contrastasen su sangre con la sangre de la vieja, para que vieses que no era la misma sangre, pero Llago no sabe nada de eso. Luego, cuando le pongan un abogado de oficio, este abogado pedirá el tal contraste, pero

demasiado tarde, porque a Llago ya le han lavado toda la sangre. ¿Y la moto?, se pregunta Llago, lo que más le preocupa ahora es el destino de la moto, a ver si me la quitan por falta de papeles.

Un niño, tenía que ser un niño, ha venido a contarle a Jerónimo lo de la cabra, desde abajo, cuando por fin ve a Jerónimo sentado a lo sioux, a lo flor de loto, sobre el techo de la renfe. Jerónimo ha silbado varias veces a la *Gilda* y la *Gilda* no acude. Justo cuando empezaba a estar inquieto, ha venido el niño (los niños son muy dados a las malas noticias) a gritarle lo de la cabra. Jerónimo enciende un puro, camina detrás del niño, lentamente, hacia los arroyuelos, hacia la cabra, echa de allí al personal, a los curiosos, con un fuera definitivo, y empieza a dar vueltas en torno del animal muerto, lleno de una ternura vengativa, de un dolor asesino, de un amor que clama venganza. Se pregunta quién ha podido ser. Jerónimo abraza un momento el cuerpo blanco y aún tibio de la cabra, pasa los dedos minuciosamente por su cabeza, sus orejas, sus cuernecitos, cierra sus ojos de reina de Saba, acaricia su calavera, ahora evidente bajo la piel, y la nariz de una Cleopatra que siempre quiso ser cabra, y se mancha las manos, religiosamente, en la hebra de sangre de la *Gilda*. Más o menos (no ha dejado de pensar: Jerónimo piensa más que siente), ya sabe quién puede haberle colgado la cabra. Llago, en su celda de cemento, etcétera.

LA CABRA COLGADA, Llago desaparecido (o aparecido fantasmalmente en las páginas de sucesos de los periódicos), el huerto floreciente de Paco, el jardinero, todo lleva al personal, hacia finales de agosto, contra el huerto de Paco, ha colgado la cabra porque le comía los brotes, nos ha dejado sin trugal y ahora espera que crezcan los tomates, una cosa que sólo sirve para echarles salsa a los huevos fritos, y nosotros no tenemos huevos fritos, lo cual que la marea creciente y roja de la Hueva viene creciendo contra Paco, el jardinero/«asesino» de los Urquijo, el hombre que nos ha quitado el cielo anónimo de las fornicaciones, o sea el trugal salvaje, el hombre que quizá ha ahorcado a la cabra, porque la cabra, la *Gilda*, se comía los arriates circulares que él puso con voluntad de plaza.

La Hueva, como un todo confuso y recalentado por agosto, camina hacia el huerto de Paco, lo que fuera el trugal, a la media luz de la media tarde, y con calma terrorífica, mucho más terrorífica que la ira, con sosiego, con el sosiego de la razón, pisotean las plantas, aplastan los tomates, desentonañan lo entoñado, golpean a Paco en la cara con bofetadas frías, arrancan rosas y coliflores, pisotean nardos y berenjenas, dan patadas a las lechugas moradas y la hierbabuena inocente.

Jerónimo, desde lo alto de la renfe, fumando un puro, y quizá con un pico en el alma, lo ve todo, pero decide no intervenir. Paco es un cuerpo extraño a quien la Hueva no acepta, no ha aceptado nunca, y ahora le hacen culpable del ahorcamiento de la cabra, porque la cabra se lo comía todo, aunque Jerónimo ya cree saber bien quién le ha colgado la cabra.

El huerto de Paco queda convertido en un caos y la gente se va por donde ha venido. Paco llora tirado en el suelo, pisado, golpeado. Jerónimo baja de la renfe y se acerca a él, estas cosas pasan, Paco, yo nunca he creído demasiado en tu huerto, ya lo sabes, esta gente cree en el dinero rápido y lo tuyo era demasiado lento y aburrido para ellos, no tienen tiempo que perder, no tenemos tiempo que perder, vivimos al día y del día, y Jerónimo le da a beber a Paco de su petaca de whisky, que lleva en el bolsillo posterior del tejano, bebe y olvida. Paco tú siempre tendrás un sitio conmigo en la Hueva, no sé si mataste a los Urquijo o no, me da igual, si los mataste, muy cojonudo, y si no lo hiciste, tío, que te dejen en paz. Gracias por todo, Paco, pero esta gente no ha entendido tu esfuerzo, yo sé que tú no colgaste a la cabra, aunque te comiese los arriates, en la Hueva siempre tendrás un sitio y en la renfe una cama, tú eres un tío legal, Paco, deja de llorar, los pueblos asesinan a sus benefactores, agradece que no

te hayan asesinado, vamos a lo nuestro y ya te encontraré algo que hacer en la Hueva, se ve que esta gente no cree en la labranza, ni yo mismo, para qué te voy a mentir, vivimos de otra cosa, del dinero rápido que corre por Madrid, lo tuyo no lo han entendido. Paco llora contra la tierra y Jerónimo se come en silencio, a mordiscos, muy pausadamente, un tomate pequeño y fresco que ha quedado como resto de la huerta de Paco.

El tomate le sabe a campo, a mundo, a naturaleza joven y tiempo serenado. Pero se confirma en que eso no es lo suyo. Lo suyo es lo de Llago, que ha sido preso en Madrid y se confirma que andaba en malos pasos. Pero, en una noche, el Llago daba más dinero que el huerto de Paco en un año.

LAS GALLARDAS DE BLAS, ya se ha dicho, quizá, son unas gallardas místicas, prolongadas y visionarias. Blas ve muchas mujeres en cada gallarda: todas las que no ha poseído.

Muy de mañana, Blas ya está partiendo leña. ¿De dónde saca la leña Blas y para quién la parte? Esto no se sabe bien, ni a nadie le importa, pero los vecinos acuden a por la leña que Blas da gratis (Blas no tiene sentido del dinero), y luego le pagan en hospitalidad y agua caliente.

Los golpes del hacha de Blas partiendo la leña son el despertador matutino de la gente de la Hueva, un golpeteo alegre de tarea que les anima a todos a tirarse de la cama, siquiera sea para salir a la puerta de la calle y sentarse al sol. Blas corta leña, mayormente, por hacer ejercicio, porque necesita quemar energías, que no todo se le va a ir en gallardas o gayolas, de modo que se ha pasado la noche recogiendo ramas perdidas por el campo, y ahora las trocea para sus vecinos.

Después de lo de la leña, Blas da de comer a los gatos, en un desmante de la Hueva, gatos peliverdes, azules, rojos, gatos color guante, violentos gatos salvajes y dulces gatas grises y blancas. Blas guarda de la comida que le dan en todas partes, para sus gatos, y a las siete de la mañana ya están todos en el desmante con las orejas en pico y el rabo en interrogación, maullando. Blas se sienta en el suelo y va sacando envoltorios de comida y despojos para los gatos. Blas habla con los gatos, rojito, malo, punkita, puta, y se ve que los gatos le entienden y ronronean como asintiendo a sus palabras, mientras la comida dure.

Los gatos quizá tienen menos dignidad de lo que parece. O más cinismo.

Estos días, Blas anda ocupado, como tantas veces, en repintarle una moto a Jerónimo, que ya le ha fabricado una matrícula artificial, pero verosímil, para que pueda bajar a Madrid con la máquina. Las motos, Jerónimo suele levantarlas de Capitán Haya, seguramente se ha dicho aquí, porque le tiene vicio a esa zona y porque sabe que el ladrón, como todo artista, trabaja mejor en terreno conocido. Por otra parte, Jerónimo se acuerda mucho del día en que vio a Pepa Flores, antes Marisol, abandonada de su hombre, o sea el Gades, salir a la compra con la criada, el rostro bello y borrado, como una virgen malagueña del XVIII que ha perdido el estofado (estas precisiones las hace el cronista y no Jerónimo, naturalmente), y los pechos grandes y caídos, dulce y resignadamente caídos, los pechos que Jerónimo hubiese amado toda una vida.

Pero los hombres y las mujeres que tenían que encontrarse nunca se encuentran. Se encuentran otros en lugar de ellos. Blas está ahora con la rayita roja de la moto, muy fina y a todo lo largo, y el momento glorioso de su día es cuando Jerónimo sale de la renfe, hacia las ocho de la mañana, y se acerca al trabajo de Blas:

—¿Y esa rayita para qué es, Blas?

—Para hacer bonito.

—Yo no quiero hacer bonito, Blas. Yo lo que quiero es que no me cojan.

—Eso está resuelto, Jerónimo.

—O sea que ahora vas de artista.

—Modestamente.

—Vete a la mierda, Blas.

—Gracias, Jerónimo.

Después de haber comido de lo que le dan (en la Hueva todos comen de lo que se dan unos a otros), Blas se mete en su chabola, tapa la luz con sacos, se tiende en la cama y se masturba largamente, dulcemente, penosamente, esperanzadamente, y su masturbación es un viaje en que él se está quieto y ante él viajan las mujeres que más le gustan de la Hueva, las mujeres que le gustaron en su infancia, su madre incluida, una Virgen de pueblo que le puso cachondo porque tenía un pie desnudo y de yeso pisando la cabeza de la serpiente, y en este plan. Cuando llega a lo de la serpiente y el pie de yeso, pequeño, desnudo y femenino, es cuando Blas tiene una eyaculación

tardía, feliz y salvaje.

Blas es un místico de la masturbación, quizá, como todos los místicos y todas las místicas, y gracias a sus masturbaciones ve cosas que están entre el cielo y la tierra, que no están en ninguna parte, y luego llora de felicidad con sus ojos pequeños, de mono, y gracias a la masturbación sabe que hay un mundo más allá o más acá de éste, que es el suyo.

Ha probado con las mujeres, pero no es lo mismo. Blas, en fin, no se masturba por el placer, que es fugaz, sino por las visiones, que son ideales, virginales y un poco cachondas. Blas ha pasado al otro lado de las cosas, como Rilke y santa Teresa, sólo que en la Hueva no se lee a Rilke ni a santa Teresa, sino solamente algún *¡Hola!* atrasado, cuando lo trae Juan Gualberto de los Estudios de Cine.

LOS ALGUACILES andan como perdidos por la Hueva, hasta que el personal los encamina hacia la renfe, en dirección a Jerónimo. Los alguaciles son dos, los dos de paisano. Son alguaciles de cara, mayormente, y de oficio, claro.

—Que venimos a tratar un tema.

—Pues ustedes dirán.

Jerónimo está sentado en el techo de la renfe, lavándole la roña a la *Gilda*, que parece que lo va agradeciendo mucho. Juana mira la escena por la ventana de los Grandes Expresos Europeos, completamente desnuda, y le divierte la turbación que su cuerpo provoca en aquellos dos señores con cara de policías pobres.

—Pasen ustedes al interior y que Juana les vaya sirviendo algo. Yo bajo en seguida.

La cabra, la *Gilda*, recién lavada, se va hacia sus picos. Jerónimo desciende al interior de la renfe. Juana se está vistiendo delante de los alguaciles, sin duda porque ha intuido que son justicia y quiere darles un primer pase de castigo. Jerónimo lo advierte y piensa que la jai se va haciendo a los usos del barrio, lástima que haya que matarla un día, etc.

Los alguaciles son iguales, lo mismo podía haber venido uno solo, ya que están repetidos. Los alguaciles van de pardo, miran pardo, hablan pardo, son una mera pardosidad. Juana acaba de vestirse, comprende que Jerónimo no va a ofrecer bebidas a la visita y por tanto se retira. Jerónimo se tiende/tumba/ sienta en su diván y deja a los alguaciles de pie, ustedes dirán, pues nada, o sea, que hemos preguntado en el barrio y el barrio nos ha encaminado aquí, el asunto del despojo a los muertos, usted ya sabe, yo no sé nada, bueno, a ver si nos entendemos, cuando se sacan algunos cuerpos para hacer la muda, que ustedes, o sea este barrio, aprovecha para saquear, con perdón, a los inquilinos, con perdón de qué, no, nada, solamente con perdón, aquí no hay nada que perdonar, sigan ustedes, habla uno solo o hablan los dos, no se sabe, están perfectamente sintonizados, o quizá uno habla y el otro acciona (no llegan a gesticular: son discretos); Jerónimo enciende el primer cigarro del día, son como las once y media de la mañana, el cigarro sabe a Caribe y coño joven y negro de la cigarrera, a lo que íbamos, pues eso, que en la barriada se dice que usted es el jefe de todo, o sea el baranda, el mandamás como si dijéramos, una especie de jefe, y que usted monta y dirige el saqueo a los muertos ¿y quién dice eso en el barrio?, no, nadie, nada en particular, son cosas que se oyen, ¿y vienen ustedes a darme el coñazo por cosas que se oyen?, ustedes no son alguaciles ni son nada, ustedes son una puta mierda, a ver si me dan un solo nombre, un solo delator, no, nada, yo les diré la verdad, por ir acabando el puro, ya que la verdad la saben ustedes mejor que yo, quien saquea a los muertos y se inventa mondas innecesarias, para el saqueo, son los propios sepultureros, vayan ustedes a preguntarles a ellos, a no ser que sean ustedes amigos suyos, incluso parientes, pero, claro, a veces hay quejas de los deudos, y es bueno tener a quien echar la culpa, los primeros expoliadores ¿han visto qué fino hablo? los primeros expoliadores de los muertos son los hombres del cementerio, mientras no les

detengan ustedes a ellos no vuelvan por aquí, y si no se van ahora mismo les mato, llamo al personal y les linchamos a ustedes, que son dos mierdas de alguaciles, y luego les tiramos a la calera, ¿saben ustedes que en el barrio tenemos una calera? yo dedico las mañanas a mi cabra, ya lo han visto, y las tardes a esa mujer desnuda que también han visto, y las noches a lo que me da la gana, solo o acompañado, con los colegas del barrio, la ley, la justicia de los dueños de las cosas, la provocación del Poder, la delincuencia pasiva de los ricos tiene un límite aquí, en este barrio, en la calera, y ustedes no son más que dos funcionarios de mierda de una ley de mierda que aquí no llega con sus favores, afortunadamente, o sea que buenos días y largo, o les quemo en cal viva, pregunten a los sepultureros por los rubíes que arrancan del dedo de la niña muerta, pero, claro, ellos son funcionarios municipales como ustedes, hijos de puta, escribientes, soplatas, cabrones, buenos días, y los alguaciles se ponían y quitaban el sombrero mientras iban saliendo.

AUXILIADOR va de gabardina larga, abotonada hasta el cuello, cara de vino y mano tendida. Auxiliador saca más que su santa en el aparcamiento de las Cortes, quizá porque se reserva las mejores horas (entradas/salidas de los teatros y restaurantes), o porque conoce a los famosos de cuando repartía Prensa, o porque las mujeres incitan a sus maridos a dar limosna al hombre, pensando siempre que la mendiga es una puta pasada y no se merece nada, entre otras cosas porque ha disfrutado de los caballeros más que ellas:

—Anda, dale algo al Auxiliador, que te trata con tanto respeto.

Auxiliador no tiene biografía, salvo el reparto de periódicos, el encuentro con su señora y el asentamiento en la Hueva. Todo lo demás es una galaxia perdida y polvorienta, una galaxia de barrio, de la que Auxiliador no guarda memoria. Cuando su señora le ha relevado en el puesto de las Cortes/Palace, Auxiliador se va para casa en el autobús, pero siempre se baja en la estación anterior y se gasta dos duros (dinero que le pispá al patrimonio conyugal) en un vino tinto negro de Valdepeñas, un pincho de tortilla de patata con mucha patata y una gayola o gallarda que se hace en los servicios, el wáter con perdón, los urinarios, sin señalar, porque Auxiliador ya no tiene vida sexual, o sea sacramental, con su esposa, por la diferencia de horarios, entre otras cosas, que son como trenes ascendentes y descendentes, y Auxiliador ha leído en una revista, un Diez Minutos que le dio una señorita de limosna, que una eyaculación es la mejor limpieza de próstata, y Auxiliador quiere tener la próstata limpia, que ya experimenta algunas molestias al orinar, y el doctor le ha dicho que eso es mismo de la próstata, o puede ser, y Auxiliador no quiere que le lleven al Seguro —Piramidón (Ramón y Cajal), Hospital Clínico (que suena cacofónico), Concepción, Primero de Octubre u otro de éstos— y le duerman como a un perro experimental, y luego le abran en canal, del ombligo para abajo, y le anden a la próstata, que debe de estar como entre la vejiga y la polla, o quizá antes, y le quiten y le pongan cosas, medio y cuarto a la señora ¿se lo envuelvo a la señora?, como en las carnicerías, y luego tiren el sobrante a la papelera, para los gatos de la clínica o el horno donde se queman narices egipcias y canceradas, pies obreros y gangrenados, corazones como naipes mal jugados, intestinos como graciosas y condenadas sepias, hígados como frutas podridas, cerebros con el cáncer crecido como un supercerebro marciano, manos anilladas de edemas y dulces vaginas azules de cáncer prematuro, si es que el cáncer es prematuro alguna vez.

Cuando ve a lo lejos los rascacielos rojos del Primero de Octubre, de vuelta a la Hueva, Auxiliador se queda mirando un momento, eso es lo que te espera, macho, antes o después, ahí tienes que ir a parar, como ya estuviste alguna vez, a que te metan el dedo por el culo y te recojan el agüilla en una palanganita, no, cáncer no tiene, pero conviene revisarle de vez en cuando, eso es, que pase a revisión, el día que pase a revisión final (molestias al orinar, cada vez más), Auxiliador comprenderá que todo el

dinero recaudado y ahorrado en el parking del Palace es una mierda que no hay a quien dejarle, quizá a la *Gilda*, la cabra, para que le compren buenos cereales una semana, pero Auxiliador sabe que a Jerónimo no le gusta archivar muertos en la Hueva. Se lo dijo el día en que Auxiliador fue a contarle lo de la próstata, mira, Auxiliador, yo siento mucho lo de tu próstata, y si te cuesta follar no folles, y si te quieres follar a la Juana, o sea mi chica, pues vas y te la follas, por darle un último gusto a tu próstata, pero yo no quiero que se me muera nadie en la Hueva, que en seguida vienen los guardias con plumeros y papeles, y a lo mejor hasta nos hacen el censo, tampoco quiero que te entierren ahí en la Almudena, Auxiliador, que ya sabes que se hacen mudas con frecuencia, y mondas, y nosotros estamos al loro, tú el primero, no quiero registrarte los bolsillos del esqueleto por si te queda alguna pela del Palace, ni quiero verte el cáncer de la próstata, de modo que pides que te incineren, sí, eso es mucho papeleo, o sea que te quemen, pero ella no va a querer, las mujeres nunca quieren, o sea que lo mejor es que te mueras en el Primero de Octubre, que es un hospital muy hermoso, en la carretera de Andalucía, todo de ladrillo en curva, y que hagan contigo lo que les dé la gana, aquí a nosotros que nos dejen en paz, y a tu señora lo mismo, los hombres siempre vamos delante, Auxiliador, amigo, compa, tío, tron, te lo digo porque te aprecio, pero si a mí te me mueres en la Hueva o me traen aquí tu cadáver, tú vas rápido a la calera, y se acabó la historia, y si tu señora se pone pesada, lo mismo, somos el pueblo más higiénico del mundo, no tenemos muertos ni cementerio, a medida que el autobús se aleja del paisaje del Primero de Octubre, Auxiliador se va olvidando de estas cosas, están llegando a la Hueva, tampoco hay que tener depresiones, como las llama Jerónimo, ahora mismo le molesta mucho la próstata, pero sabe que en cuanto orine se le pasará, baja al fin del autobús, orina sobre el polvo de agosto, se alivia, se relaja, sonrío dentro de su gabardina (le sonrío todo el cuerpo) y se va a Casa Casiano a tomarse unos berberechos, un champiñón al ajillo, un pincho de patata, una de pulpo, una de morcilla, pan y botellita valdepeñas, y bien ganado que se lo tiene uno. A la próstata que le vayan dando, y al Jerónimo también, o sea.

A MI ES A QUIEN PERSEGUÍA aquel señor tan mayor con aspecto de cormorán, el que tú tiraste a la calera, Jerónimo, vayamos por partes, Estebanía, yo no he tirado nunca a nadie a la calera, quizá, en este pueblo ni siquiera hay calera, entérate bien de esto, Estebanía, y ahora sigue con el rollo, amor, están sentados en el techo de la renfe, como está Jerónimo tantas mañanas, rascándole la roña a la *Gilda*, la cabra, que por otra parte aparece limpiísima, blanquísima, blanquiblanca, una pura blanquinosidad que bala, o lo que hagan las cabras, y la cabra tiene la cabeza entredormida y dulce sobre un muslo de Jerónimo, y la Estebanía ha salido de su casa, muy dispuesta, se ha subido al techo de la renfe por la escalerilla vertical y se ha sentado junto a Jerónimo, frente a Jerónimo (aunque Jerónimo no suele presentar el frente, sino el perfil), se ha sentado con las piernas cruzadas bajo la ligera falda transparente de maxcali, dispuesta a contarle al jefe de la tribu todas las verdades, aquel señor que usted tiró a la calera, bueno, no, con perdón, aquel señor que venía persiguiéndome desde Madrid, con aspecto de cormorán borracho, lo conocí en un baile bolera de la calle Arlabán, enfrente mismo de las quinielas, ya te digo, Jerónimo, mismo enfrente de las quinielas, tú tienes que haber estado allí alguna vez, Jerónimo, a jugar a los bolos o a bailar, seguramente a jugar a los bolos, ya sé que los hombres como tú no bailáis, de modo y manera que cuando he visto cuánta cosa pasaba por mi culpa, he cogido, he agarrado y he dicho, ahora voy y se lo cuento todo al Jerónimo, que sepa que yo soy la causante de tanto sensurround y que me tire a la calera, si quiere, y dale con la calera, Estebanía, entérate, joder, de que yo jamás he tirado a nadie a la calera, de que en este barrio, o sea la Hueva, ni siquiera hay calera, bueno, perdona, bien, joder, hostia,

Jerónimo, ya sé que eres el jefe, y la Estebanía tiene unos dieciocho, la melenita garson, la cara bella, de una belleza antigua, el cuerpo a medio hacer, los ojos negros y sin fin, toda ella es muy hermosa, muy prematuramente hermosa, y Jerónimo comprende que el señorito/cormorán se enamora de ella, parece ser que el señorito/cormorán, cuando se había bebido la primera botella de chivas, se iba por los sitios canallas de Madrid a joder al proletariado.

Lo cual que yo no quise saber nada de aquel viejo con el pedal puesto, pero él me siguió por metros y autobuses, hasta aquí, que fue cuando sucedió lo que sucedió, ¿y qué es lo que sucedió, Estebanía?, ay, yo no sé lo que sucedió, hijo, pero te diré, por si eso te dice algo, que yo soy hija de Esteban, el alarife, el que se dice que le tiraron a la calera, con perdón, por soplata, y Jerónimo lo comprende todo, con la cabeza baja y rascando la roña limpia de la *Gilda*.

Estebanía guarda el rencor de la muerte de su padre, el alarife que era un soplata, y un día le tiraron a la calera entre todo el pueblo, la justicia popular o colectiva, que se dice, Esteban, el alarife cincuentón, se daba mucho al rioja, y el rioja es malo, el rioja calienta demasiado la cabeza, el rioja es el rioja, de ahí que Esteban cobrase de la pasma y los maderos, en plan soplata, con lo que el pueblo, un día, tomó venganza (estas cosas siempre se saben) y arrastró a Esteban hasta la calera, y ahora Estebanía, su hija, viene con todo el resentimiento a confesarse con Jerónimo, pero en realidad a soltarle cuatro verdades y cuatro frescas, como hacen todos los que se confiesan, la muy hija de la gran puta, Jerónimo rasca y rasca la roña limpia de la *Gilda*, que sin duda le ama, y piensa, con la cabeza baja, cosa curiosa, no en los pecados y virtudes de Estebanía (que hubiera podido sacarle una pela al cormorán borracho), sino en que la Hueva es como el cielo y el infierno, como el Universo todo, con su sitio para los santificados, el cementerio de la Almudena, relativamente cercano, su infierno para los condenados, o sea la calera, y su Seno de Abraham para los inocentes, como la *Gilda*, pero el párroco, si no le hubiéramos echado hace tanto tiempo, me diría que todo esto es demasiado alegórico, que me deje de coñas y que estas fantasías las da el pico, la Iglesia es que la tiene tomada con el pico, como si el pico tuviese algo de malo, salvo la muerte, ¿pero es que no se trabajan ellos la muerte, o sea los curatas?

—Gracias, Estebanía. Tenías que ser tú, u otra tan hermosa como tú, quien trajo a aquel señorito de mierda hasta el barrio. Gracias por contármelo todo, y ahora vete, que tengo que limpiarle la roña a la *Gilda*.

La Estebanía se va con la rabia y la calma de no haber conseguido provocar a Jerónimo con lo de la muerte de su padre. La Estebanía comprende ahora, por primera vez, que Jerónimo no es el jefe de la Hueva porque sea el Rambo de la Hueva, sino porque tiene mucha cabeza, demasiada cabeza.

Mientras Estebanía caminaba hacia su casa, veía a la cabra blanca y afganesa (quizá ni siquiera sea cabra, pero desde luego es hembra) correr hacia sus arroyos y picachos bajo la luz redonda y el sol extenso de agosto. Estebanía se jura venganza, pero no sabe cuál. Detrás de la cabra va Juana, la señorita encoñada con Jerónimo, a bañarse desnuda en los arroyos cabreros.

BELLARMINA TIENE AUSENCIAS. Las ausencias suponen que Bellarmina se queda durante quince minutos o media hora fuera del mundo, en ese otro mundo más verdadero de los muertos, de las vírgenes y de los músicos.

Blas ha soñado con aprovechar una de las ausencias de Bellarmina para beneficiársela, sin que nadie se entere de nada, ni siquiera ella (ella menos que nadie). Bellarmina, que siempre encuentra techo familiar bajo el que dormir, gusta en el buen tiempo de dormir bajo las estrellas gordas y bajas del campo, tocando la guitarra hasta que se adormece a sí misma. O sea en el campo. Septiembre está en su última

semana, la luna está en su cuarto creciente, bella y pálida como un rostro comido por la lepra divina del cielo, y Bellarmina duerme contra un ribazo, la guitarra cruzada sobre el cuerpo. Blas la mira a lo lejos, cuando la Hueva también duerme, y decide acercarse paso a paso. Basta un ligero golpe en la cabeza para provocarle a Bellarmina una ausencia. A medida que Blas avanza, de esquina en esquina, de sombra en sombra, de silencio en silencio (la Hueva también duerme), Blas siente cómo el corazón le salta en el pecho, pero de pronto ocurre algo.

Estamos ya en las afueras de las afueras, o sea, en las afueras de la Hueva, entre los ribazos y caballones del campo campo. Este sitio ha elegido Bellarmina para dormir y cantar, quizá porque al lado tiene una ortiga blanca.

Blas ve una sombra alta y delgada que se aproxima a la muchacha. Blas se queda quieto, interrumpe su avance, hasta que identifica la sombra masculina. Es Medrano, el latinoché, el que lee periódicos en inglés, periódicos de números y no de letras, que cae lentamente sobre la muchacha loca o tonta o genial o lista. Blas avanza de caballón en caballón, pero no ya para cumplir su deseo, sino para espiar. Medrano le ha levantado la falda a Bellarmina, le ha bajado un poco la braga y, con un mechero bic, le está quemando el vello del pubis. Blas, como toda la Hueva, sabe que Medrano es un vicioso de eso, el latinoché, y que su vicio le llevará un día a la cárcel, si no le ha llevado ya. Aunque Medrano trabaja mayormente con las muertas, pero Bellarmina, que sin duda está hundida en una ausencia, más que en un sueño cotidiano, es como si hubiese muerto durante tres cuartos de hora, más o menos. Blas ve, desde la sombra, a la luna leprosa y creciente del otoño, una llamita fantasmal que recorre los bajos de la chica. Blas, como toda la Hueva (al menos los hombres), conoce el ritual de Medrano, el latinoché. Primero les chamusca el pubis con un bic y luego se las beneficia, vivas o muertas.

Es lo mismo que Medrano viene haciendo en el cementerio de Vicálvaro y lo que hace todos los días. O le han metido ya en el trullo o le meterán en seguida.

Los nudillos campesinos dan con fuerza en el cristal grueso de la renfe, que tiene grabadas dos grandes iniciales, Jerónimo, Jero, Jero, que Medrano, el latinoché, se está beneficiando a la tonta, a la Bellarmina que ya le ha quemado los pelos del coño con el mechero, oyes, Jerónimo, Jero.

—¿Y tú qué hacías por allí, espiando?

Blas se siente cogido en falta, cuando creía que iba a ser el salvador providencial.

—Bueno, yo, por la noche, me doy muchos paseos.

Caminan hacia la noche de autos.

—Tú lo que eres es un reprimido, Blas, cabrón, que querías beneficiarte a la Bellarmina en una de sus ausencias, porque lúcida no se entrega ni a un dios. Eres un hijo de puta, Blas, al que otro hijo de puta, Medrano, le ha quitado el sitio.

Cuando llegan al lugar del suceso, Medrano duerme dulcemente sobre el cuerpo largo y ausente de la «muerta». Bellarmina. El Jero le sacude.

—Eres un hijoputa, Medrano, latinoché de mierda.

—Es que verás, jefe, nomás, ella se me insinuó, o sea...

—Todos habláis como Cantinflas en cuanto os cogen. Eres un Cantinflas de mierda y yo voy a hacer que te embaúlen, en Vicálvaro o aquí.

—De verdad, jefesito, que la niña se me insinuó con la pollera, cómo decirte a vos, jefesito... La hostia de Jerónimo sonó como un latigazo de velocidad en la mandíbula de Medrano. Medrano yacía sin sentido, contra el costado del caballón de arena. Bellarmina tenía la falda por las tripas, el sexo al aire y los muslos blancos de luna y largos de música. Efectivamente, era un sexo chamuscado, pelado por la lumbre y no por unas tijeras. Medrano, el latinoché, le había quitado el virgo, aquella noche, a Bellarmina, la hija de la lavandera, que era inocente, o sea un poco tonta. Un leve reguero de sangre decoraba inoportunamente el muslo derecho de la muchacha, que

era el que tenía caído. Jerónimo tomó en brazos a la chica, caminó con ella hasta la reñe, no me sigas, Blas, gilipollas, tú hubieras hecho lo mismo, venías a hacer lo mismo, pero se te han adelantado.

Jerónimo utiliza la litera alta de Juan Gualberto, que no ha venido a dormir esta noche, para colocar allí a la muchacha. Nadie irá a mirar si lo que duerme en esa litera es hombre o mujer. Ya se sabe que es la litera de Juan Gualberto, y que unas veces viene y otras no.

—Largo a tu casa, Blas.

Y Blas se va a su casa, pero no puede dormir, pese a que se ha hecho otra gayola, y lo que le apetece es pasearse al aire libre, bajo la luna creciente, pero teme que el Jero esté al loro y le pegue un tiro. Blas se revuelve en la cama, Bellarmina ha pasado sin transición de la ausencia al sueño saludable, la Hueva duerme y la luna, como una manzana de rostro lunático comido por la lepra de la luz, alumbra el barrio con indiferencia o tristeza, como un corazón blanco que da soledad o distancia.

El Jero, como le dice Blas, insomne en su litera, sentado en ella, enciende un puro y fuma. El Jero necesitaría matar a alguien, pero no sabe a quién.

PACO LLEGÓ A LA HUEVA huyendo de la pasma. Paco era jardinero auxiliar en casa de los marqueses de Urquijo, quiere decirse que hacía labores de esquila cuando los jardineros de plantilla estaban de vacaciones, u operándose una hernia en el Seguro.

Como la sangría fue en verano, a Paco le tocó todo el mogollón. No sabía de qué iba nada y entonces se vino, huyendo y huyendo por trenes de cercanías, por metros con violinista, por autobuses con transistor, hasta la Hueva, que de la Hueva procedía su mujer, la doña Jacinta, que el doña le viene de haber sido cocinera de unos marqueses, unos marqueses que murieron en paz y por su sitio, como es debido, de cáncer natural, y no acuchillados por un zurdo, como los de Urquijo.

Desde entonces, hace ya ocho o diez veranos, Paco está en la Hueva, de vecino, residente o huésped de Jerónimo, que eso nunca se sabe, y vive solo, que es hombre casto de unos sesenta, y no ha buscado nueva compañera, y ni se escribe con la familia, no por nada, que se acuerda mucho de ellos, sino por no dar pistas a la pasma. Paco es pelón, bajo y fornido.

Paco es algo así como un vampiro a la inversa: quiere decirse que le faltan los dos colmillos, con lo que su sonrisa (y Paco sonríe mucho) presenta dos huecos de sombra, dos colmillos negros e inexistentes que le hacen casi tan terrorífico como los vampiros de las películas, pese a su cara de buena persona y de hortelano sencillo y de criado inmemorial de unos señores marqueses.

Parece que el grado de cocinera jefa de la cocina da el título de doña, pero el grado de jardinero sustituto no da ningún título, de modo que Paco sigue siendo Paco, y en la Hueva todos le conocen como tal, siempre dispuesto a regar un geranio o regalar a una doncella (por las orillas del río/limones coge la virgo, vaya usted a saber) una hierbabuena, por el olor mayormente.

Lo único, que Paco no se suma a las romerías hacia la Almudena, se niega a pelar, mudar, mondar y robar muertos, porque los señores de Urquijo (aunque los vio poco en su vida, si es que los vio alguna vez), le habían enseñado a respetar a los muertos, que es una cosa que viene en el catecismo. Este disidentismo de Paco no acababa de agrandar en la Hueva, siendo como era Paco el hombre más servicial, calvo, herniado y sonriente del barrio. Pero es que llega la noche de los muertos y Paco se niega o se va a Madrid a ver a su señora, dice él, aunque todos sabemos que su señora está enrollada con un guarda jurado de La Moraleja desde cuando entonces.

Todo el barrio se siente culpable de sus saqueos a los muertos, pero la culpa es menos si se reparte entre muchos, de modo que el absentismo funeral de Paco no gusta a nadie, y un día le van a tirar a la calera o va a pasar algo.

Paco es de estatura media, riñones dolientes, mismo del oficio, calva, saludable, por estar siempre al sol, sonrisa de vampiro bueno e inverso (ya se ha dicho) por faltarle precisamente los dos colmillos superiores, o de murciélago malo con orejas de lechuga. Paco fuma puros malos, también se ha dicho, pero los fuma todo el rato, hasta que consigue el salto cualitativo de la cantidad a la cualidad, joder con Paco.

Lo de los marqueses de Urquijo fue muy fuerte para él, ya que Paco creía en la aristocracia como los católicos creen en los curas, y estaba claro que aquello era o parecía un crimen entre aristócratas. ¿Y sus señoritos eran capaces de hacer esas guarradas?

—¿Dónde está el orden del mundo, Jerónimo, dígame usted, dónde está el orden del mundo?

—El mundo no tiene orden, Paco, a ver si te aclaran, compi.

Ni siquiera en Jerónimo encontró consuelo. Lo único que encontró en Jerónimo fue una frase fascista, aunque él no sabía lo que era el fascismo:

—El orden es la violencia, Paco. El orden es el desorden.

Lo cual que Paco, pese a sus buenos servicios de jardinero y hortelano, no era bien mirado entre los vecinos de la Hueva, a medida que llegaban el Diez Minutos y el Semana y el ¡Hola! y todo eso, robados por las dependientas de la Hueva en las peluquerías o las esteticien o los grandes almacenes donde trabajaban, Maxcali, Sepu, etc.

—Cada día está más claro que a los marqueses se los cepilló la familia por la herencia.

—Y con la ayuda de los subalternos.

—¿Y no estaría el Paco, la jardinera maricona, metido en eso?

—A ver. ¿Si no, qué hostias hace aquí, refugiado de la pasma?

—Yo llamo a la pasma y que vengan a preguntarle. Jerónimo:

—Aquí nadie llama a la pasma, que todos tenemos mucho que callar. O sea que cremallera y al Paco dejadle suavito que os riegue los geranios, muy suavito, no sea que el Paco sea una bomba de relojería.

Y de la protección de Jerónimo iba viviendo, casi sin saberlo, Paco, el vampiro bueno.

UNA NOCHE, en sueños, a Jerónimo se le presentó Erasmo, el muerto real del matadero, despellejado, desangrado y despiezado según las normas y la moderna maquinaria del matadero.

Erasmo estaba desnudo y con un cuchillo en la mano. Jerónimo dormía desnudo, con la Juana, y vio a Erasmo a través del cristal de la renfe, con sus grandes iniciales de los Grandes Expresos Europeos, y con una Erre y una Efe, mayúsculas, rameadas y cursis.

Jerónimo salió de la cama, desnudo como estaba, durmiendo con la Juana, por el ferragosto, bajó las escalerillas de la renfe y se presentó a Erasmo, su víctima, que sin duda venía buscándole, y que también traía un cuchillo en la mano, según ya se ha dicho, o quizá no.

Jerónimo y Erasmo, Erasmo y Jerónimo combaten en silencio, bajo la luz de bronce de la luna, bajo el polvo que la sangre ha hecho sagrado, como en los toros. Se vuelcan y revuelcan, se acuchillan, se matan. El fantasma de Erasmo (Jerónimo cree en los fantasmas) ha venido a matarle, ha venido a vengarse.

Jerónimo y Erasmo se revuelcan sobre la tierra, reparten cuchilladas como esquirlas de luna, son dos cuerpos de bronce blanco en la noche sin nadie. Sólo el fragor mudo de su pelea silenciosa altera la paz elíptica de los astros.

Es un fragor de cuerpos adolescentes y poderosos, casi como en el amor, con esa cosa tan parecida que el amor tiene con la muerte. La luna moldea las dos figuras como un escultor aburrido, cansado, asqueado de su propia sabiduría. Jerónimo le corta los cojones a Erasmo, así por las buenas, con lo que el otro muere y se desangra,

y Jerónimo le arrastra hasta la calera, y le tira al fondo, pero, cuando vuelve de su crimen, hay un reguero de sangre que Jerónimo va tapando con el polvo de los pies. A la mañana siguiente, cuando se levanta, Jerónimo piensa en su sueño, pero recorre el camino de la renfe a la calera y encuentra el reguero de sangre que tapó la noche anterior.

Las muertes no hay quien las tape, se dice Jerónimo, y va dando patadas, como distraídamente, al reguero de sangre, pero la *Gilda*, la cabra, sigue la sangre milímetro a milímetro, o sea que la cabra, mi mejor amiga, va a ser mi delatora ¿y en quién se puede confiar en esta vida?

Jerónimo cubre de polvo el reguero de sangre hasta el borde de la calera. Nadie se da cuenta de nada. Los cojones de Erasmo también los ha tirado allá abajo.

Pero Juana le pregunta por la mañana, cuando están almorzando los tres (la *Gilda*) sobre la renfe, ¿con quién te peleabas anoche, amor?

¿Se puede matar dos veces a una misma persona? ¿Se puede pelear con un fantasma, se puede poder, se puede? ¿A quién he cortado yo los cojones y he arrastrado luego hasta la calera, si no era Erasmo, a quién maté en el matadero de Legazpi? ¿Un amigo suyo que venía a vengarle?

Jerónimo nunca lo sabrá. Jerónimo siente, por primera vez, que la realidad no es real, que la vida no es *toda* la vida, que pueden pasar cosas, o sea, cosas, y Jerónimo se estremece tocando su cuchillo (el cuchillo sabe a quién ha matado, pero él no), mientras Juana y él almuerzan de lata en el vagón de lujo de la renfe.

Juana, evidentemente, está desganada y ausente como si en efecto estuviese almorzando con un asesino reciente. Los trenes silban en la distancia, haciendo familiar lo remoto, y Jerónimo experimenta la torpidez de este tren parado en la mitad de agosto, que jamás va a ir para atrás ni para adelante, que no va a llevarles a ningún sitio, ahora que tanto le apetece huir con Juana, que le ignora.

MARÍA ES LA GRAN FOLLADORA de la Hueva, la mujer perdida, la pecadora de los Evangelios y de todas las crónicas y comunidades de la humanidad. Anda alrededor de los veinte, pero es que empezó madrugadora con un lañador que pasaba por el barrio, que era gitano y sabía cantar por Pepe Blanco y hasta por Manolo Escobar.

Un poco la niña errática y desnuda del barrio, sin familia ni paradero, María vive de lo que los hombres le quieren dar o no dar: cama, techo, protección, desprecios, golpes, amor, sexo, sortijitas o insultos. El lañador parece que la dejó empuñada, pero una de las viejas de la tribu le puso remedio al trance, en una noche de luna, mediante hierbas y sangres, sin mayor dolor, y, desde entonces, que ya han pasado unos cuantos años (María tiene un pasado), la mujer mala de la Hueva le ha perdido el miedo a esa simiente loca y crecedera, toda de tiempo y humedad, toda de instante y violencia, que los hombres dejan en la tripa de las mujeres. La chica es ni alta ni baja, con la cara un poco de chico o de adulta cabreada, los pechos sueltos y andarines, los glúteos ni grandes ni pequeños, o sea en proporción, y un ritmo natural vivo, un ademán corto y rápido, una gracia seca y nueva.

Se calcula que María, o la María, se ha acostado ya con todos los hombres de la Hueva, y de eso va viviendo y va follando, siempre rondadora (las amas de casa no la quieren ver cerca de la chabola), vestida con un trapo, o con una viscosilla fina de Maxcali que le ha traído un novio repentino. María es la perra salida y loca de toda tribu, de todo clan, de toda comunidad, y apenas cambia de barrio ni baja a Madrid. Sabe que lo suyo está en la Hueva.

Cuando a María la insulta o le da con la escoba la esposa de algún hombre que se la ha llevado al río, la María reacciona y les llama a todos revientamuertos, saltatumbas y suntuosos, que a lo mejor quiere decir hipócritas, en su lenguaje, vaya usted a saber. Quizá el único hombre del barrio con quien no ha yacido nunca María es Jerónimo, que

a Jerónimo se le dan las putas finas de Madrid, y ahora anda enchulado con esa señora señorita Juana que vino buscando al novio perdido y ligón, y se quedó a vivir en la renfe y ha soportado hasta que le quemaron el coche, que era rojo y parecía de precio, como de carreras o así, lo que es estar encoñada una mujer, y luego dicen de una, claro que Jerónimo es el mejor macho de la Hueva, pero en la renfe me tiene prohibido entrar, ni arrimarme, que aquí están todos salidos y no quiero orgías en mi casa, María, te los tiras a todos por entre el trigo salvaje, que es lo tuyo.

Una noche, el cielo de la Hueva se pone rojo, las llamas andan persiguiendo nubes como diablos que persiguiesen ángeles, todo el barrio sale a ver el espectáculo y ponerle remedio, si es que lo hay, el trigo salvaje ha ardido contra la luna de agosto, una esposa corpulenta y hombruna le ha prendido fuego al trigo porque sabe que entre la noche tupida y caliente está su marido fornifollando con la María.

Unos cuantos vecinos sensatos traen cubos de agua del arroyo y del pozo y van apagando la llama, de modo que la herencia del fuego da su gran humo y todo el poblado flota en el aire parado, como otra luna, envuelto en nubes negras, rosa, rojas, grises. La María y su amante de esa noche aparecen por entre el coro de arcángeles de humo, como expulsados de algún paraíso, vestidos sólo del tizne de la lumbre y el humo, él fondón, arrogante y humillado, ella cada vez más virgen y con el cuerpo erguido y como puro.

En el pensamiento de la pequeña multitud se mueve, como otra nube, aureolando todas las cabezas, la idea de tirar a María a la calera. Es una cosa que no dice nadie, pero que se ve en los ojos de todos, hombres y mujeres, salvo el macho agosteoño de María, que ha desaparecido como desaparecen en estos casos los machos.

Jerónimo ve esa luz, ese pensamiento que brilla, ese sentimiento general, ese ademán colectivo, ese impulso quieto de la masa, algunas mujeres se han acercado ya a María, la golpean o la escupen. El cielo requemado pone mayor fuego en el fuego de las miradas. María ha descendido de su poblado de humo y luz, de su luna alta y en llamas, y ahora camina entre un pasillo de cuerpos y violencia, a la calera, a la calera, brillan ya las primeras voces, decisivas como espadas. María, ven aquí, María, Jerónimo, en camiseta, erguido en la escalera de la renfe, con un cohíba apagado en la boca, llama a la muchacha, todo el barrio es ahora una imagería quieta, sólo María camina hacia Jerónimo, que la ayuda a subir la escalerilla, y vosotros mirad a ver si está bien apagado el trigo, a la que vuelva a quemar el trigo la quemo el coño, y todos a casa a dormir, venga, rápido, Jerónimo mete a María en la renfe, todos los durmientes tienen las cabezas levantadas, en su departamento, esta noche vas a dormir con Juana, Juana mira a María con miedo, asombro y asco, Jerónimo deja a las dos mujeres en el departamento, cierra por fuera, se guarda la llave y sube al techo de la renfe, a dormir a la intemperie. Mientras va cogiendo el sueño, en camiseta sobre su nueva cama de tablas y acero, aún le navega por la cabeza, ni muy alto ni muy bajo, lentamente, un mundo lunar y conocido, la Hueva, como una luna pobre, de oro, humo y color rosa.

PACO SABE que en el barrio no acaban de quererle, puesto que ha venido aquí huyendo del crimen de los Urquijo, aunque él nada tenga que ver con el tema. En el barrio temen, sin duda, que un día la pasma se presente buscando a Paco, el jardinero suplente, y se los lleve a todos por encubridores. Paco, por caerle bien al personal, se acerca a los arroyos, poda y arregla lo que puede, con herramientas que nadie sabe de dónde ha sacado, le pide permiso a Jerónimo para plantar unos matojos y unas florecillas en la plaza, a ver si por fin cobra perfil de plaza, ya que no es más que un ruedo de polvo, Jerónimo le da el permiso, Jerónimo estaba convencido, por mero conocimiento de los hombres, de que Paco jamás se ha vestido de sangre, y espera que la propia bondad y utilidad de Paco acabe ganándose a los vecinos:

—Pues claro, Paco, planta lo que quieras, hombre, que todo se lo comerá la *Gilda*. Paco ha mejorado mucho los entramados más difíciles de la braña, por la parte de los arroyos (si es que llegan a tal), donde se bañan Juana y la *Gilda* (y las vecindonas de la Hueva, por el ferragosto, vestidas, levantándose el ropón hasta la pantorra goyesca, mayormente por aliviarse de pies, que los tienen hinchados, recalentados, gordos, cansados y duros).

Los arriates de la plaza, efectivamente, se los va comiendo la *Gilda*. Los hombres de la Hueva piensan que eso de bañarse es cosa de mujeres y de maricones. Paco, calvo y sesentón, con un puro apagado en la boca, que es una colilla de Jerónimo, trabaja en sus rosales de polvo y miniatura, en sus jacintos de viento y fugacidad, y mientras trabaja piensa, mayormente cuando anda por la braña, los pies en el arroyo, solitario: piensa que le ha tocado vivir una vida de delincuente, de fugitivo, a él que siempre fue respetuoso con los valores de los señoritos, sobre todo de los suyos, y que todavía no acaba de creerse lo del crimen de los Urquijo. Paco se siente condenado a cadena perpetua, cargado con una culpa tan real como si lo fuera, y eso le va creciendo en el alma, como un cáncer, y es ya toda su personalidad: una personalidad de delincuente en la inocencia, un alma transparente que el azar ha esmerilado de sombra. Sólo se consuela un poco cuando cuaja una rosa del rosal, rosa de luz y nada, de polvo y fugacidad, como su inocencia. Pero una rosa, para un jardinero, siempre es una rosa. Algo con lo que se puede hablar, y eso consuela mucho cuando uno no puede hablar con nadie.

—¿Es que voy a tener que soportarte toda la noche?

María, semidesnuda, se mete en un rincón, en cuclillas, y parece que se dispone a dormir así. Juana está incorporada en su lecho, como una romana en el suyo.

—Jerónimo me ha metido aquí.

Son la señora y la esclava, sí, como en una escena abominable de «Popea».

—No pensarás dormir conmigo.

—No.

—Procura no molestar.

—No.

—¿Cómo que no?

—Sí.

Juana mira el cuerpo tiznado, semidesnudo, joven y pecador de María. No sabe si María le da asco, miedo o ambas cosas a la vez. Apaga la luz y duermen.

Juana se despierta, al amanecer, pensando que ella es a María lo que María es a ella, yo soy una puta cara que se acostaba con el cormorán por dinero, María es una puta gratis que se acuesta con los hombres de la Hueva por un filete empanado.

Estas reflexiones le ayudan a Juana ver a María con menos repugnancia que la noche anterior. María, desnuda y tiznada, hecha un nudo en sí misma —esbeltísimo nudo—, duerme con la cabeza entre los brazos y los brazos sobre las rodillas. Juana se sorprende a sí misma pensando que debiera haber dejado a María dormir con ella en la cama/litera.

Jerónimo no se presenta en toda la mañana, como si presintiera (Jerónimo es que lo presiente todo) que la relación entre mujeres excluye al hombre, bien sea relación de amor u odio.

—María.

—Qué.

—Que debieras haber dormido conmigo en la cama.

—No, gracias, señorita.

—Mujer, ahí lo habrás pasado mal.

—Mejor que otras noches; estoy acostumbrada a dormir al raso.

—María.

—Qué.

—Si quieres, puedes pasar al lavabo y lavarte un poco. Yo también me arreglo con eso, aparte los arroyos.

—Sí, ahora voy, señorita.

—No me llames señorita. Me llamo Juana.

—Ahora voy, señorita Juana.

—Tampoco es eso. Juana simplemente, joder.

María esconde la cabeza entre los brazos y sigue durmiendo. Juana mira el cuerpo débil y sucio de la muchacha, la ligereza de su dibujo y lo aspérrimo de su piel. Juana advierte con espanto que le gustaría proteger todo eso, abrazar a la sucia y misérrima María, meterla en su cama. ¿Seré yo un bollacón? No, lo que pasa es que una es sensible y no puede soportar la miseria tan de cerca.

—María.

—Qué.

—Que todavía tienes sueño. Ven aquí a la litera, que yo me levanto ya, y duermes un rato a gusto.

Y hay en el vagón un intercambio de mujeres, cuerpos, desnudos, sexos, la piel de crema de Juana y la piel de intemperie de María. María se vuelve a dormir en el acto, dentro de la litera, y Juana se queda mirándola, contemplándola, admirándola. María se ha dejado los hombros fuera y Juana, mirando primero al exterior, para comprobar que los durmientes de la renfe ya se han ido, se inclina sigilosamente sobre María y le besa con levedad y duda el hombro izquierdo, desnudo, moreno, curtido y afilado. Luego, Juana se mete en el baño y se arregla un poco. No le apetece nada separarse de la mujer de la Hueva, de la bella y sucia María, que es más o menos de su edad y que le recuerda un poco, vagamente, a los argelinos adolescentes que se beneficiaba en París (primer viaje).

Al fin sale de la renfe, en busca de Jerónimo.

—Tampoco te pongas así, Auxiliador, que se te va a quebrar la próstata...

DESDE que Jerónimo le ha dado permiso, Paco trabaja en el trigal salvaje, que ha empezado por segar al cero, con gran escándalo de algunos vecinos. No se sabe de dónde ha sacado Paco las herramientas, pero tiene toda la utillería a punto.

La primera mañana, los vecinos le hacían corro a Paco y casi no le dejaban trabajar:

—Que nos va a hacer una finca.

—Que le ha mandado Jerónimo.

—Que nos va a hacer una heredad.

—Pues yo prefería el trigo salvaje como estaba.

—Claro, para traerte aquí a las mozas por la noche, huevón.

—Además, que esta tierra no da nada.

—Yo haré que dé tomates y patatas y un poco de todo.

—Muy poderoso parece usted, oiga.

—Tiene la venia de Jerónimo.

—Es por el bien de ustedes. Comida para todos.

—No nos gustan los tomates.

—Preferimos los filetes.

—Filetes me temo que no va a dar el huerto. Pero van a tener ustedes hasta champiñón.

—A Auxiliador le gusta el champi.

—El champi con Valdepeñas.

—Y perdón por señalar.

—A mí me gusta lo que me sale de los cojones.

Paco, con vecinos o sin vecinos, trabaja la tierra, cava, escarba, arranca, ara con un

pequeño arado romano que es casi como un viejo juguete, suda por la calva, quema rastros, hace las labores del campo, misteriosas para el pueblo de la Hueva, un pueblo urbano, a fin de cuentas, un pueblo de marginados de la urbe, pero que poco tiene que ver con el agro. Estas artes de Paco, en principio claramente beneficiosas para todos, si salen bien, despiertan una nueva y vaga hostilidad del poblado sobre Paco, un hombre que está empezando a cambiarles la geografía, el territorio, y que encima goza de la protección del jefe.

Los hombres y mujeres de la Hueva están acostumbrados al dinero rápido del robo, el saqueo, la limosna, el crimen o el juego. Los hombres y mujeres de la Hueva no entienden eso del campo, que va para tan largo, plantas hoy y recoges dentro de muchos meses. ¿Y qué coños come uno mientras tanto?

—Para mí que este pardal se está quedando con Jerónimo.

—Le ha comido el tarro.

—A lo mejor Jerónimo piensa tener un vergel para pasearse como un príncipe, con la putilla madrileña.

—¿Y qué es eso de un vergel, oiga?

—Y yo qué coños sé.

—No, como usted lo ha dicho...

—Yo digo lo que me da la gana, y no me joda usted más. Uno dice las palabras que sabe. No va a tener que conocer el significado, encima.

—Razón que le sobra, Casiano.

—Pues por eso.

Porque el que había dicho vergel era Casiano, el del bar Casiano o Casa Casiano. Pero la palabra vergel les sonó bien a todos. Les sonaba a laurel y a besamel. Empezó a gustarles la idea de tener un vergel, por donde todos se pasearían a las horas que dijese Jerónimo. Y los niños le preguntaban a Paco:

—Señor Paco, ¿nos va a hacer usted un vergel?

—No, hijos, esto sólo va a ser un huerto tomatero.

—A mí no me gustan los tomates.

—Pues tendrán que gustarte.

Vergel, vergel, vergel, y la palabra entreoída e ignorada iba poniendo una nota verde y extensa en el oído y el corazón asesino de las gentes de la Hueva, que nunca habían conocido otro vergel que los muertos de la Almudena.

Jerónimo, primero desde la ventanilla de la renfe, y luego sentado en el techo del vagón, con o sin la cabra, ve a Paco trabajar, del alba a la puesta de sol, en lo que fuera el trigal salvaje, podando, escardando, abonando, arando, regando, cavando. Le basta con esto para saber que ese hombre es inocente, mas, por otra parte, él siente un poco como sus vecinos: que ellos son gentes del dinero rápido, de la pispá y el tirón, del navajazo y el recuento, de la chirlata y la cartera en el Metro.

Jerónimo, en fin, no le ve mucho sentido al trabajo largo, lento, incesante, del buen Paco, con los aperos que nadie sabe de dónde ha traído, pero tampoco le desagrade la experiencia. Jerónimo es un dictador y los dictadores se las piensan mucho. «Hay gente que trabaja a la corta y gente que trabaja a la larga. Eso es todo. Así se reparte el personal. Nosotros estamos todos juntos, aquí, porque trabajamos a la corta. Paco es un forastero que trabaja a la larga. A ver lo que da de sí esta pijada de la agricultura».

Mientras Jerónimo está sentado en el techo de la renfe, en la postura del loto, mirando al sol naciente y al remoto y afaenado Paco, sabe que debajo de él, en su cama/litera, duermen dos mujeres bajo llave. Y de pronto Jerónimo tiene la idea: «Éstas acaban haciéndose un bollo. Dos tías juntas acaban siempre en bolleras. Me parece que las pierdo a las dos. Bueno, pues ya les pueden ir dando mucho por retambufa. Tardan en levantarse y eso es por algo. A quién se le ocurre encerrar una tía buena con otra tía

buena. Jerónimo, estás perdiendo facultades».

Pero a Jerónimo no le asusta la idea de un entendimiento entre Juana y María, sino que incluso le divierte, le gusta y le excita. «Un día tengo que decirles que monten el chou para mí».

Paco, a lo lejos, con gran sombrero de paja por el sol de agosto, es casi una provocación de bondad y laboriosidad para la vista de Jerónimo. «Resulta que todavía quedan antiguos que creen en el curro. Hay que joderse y agarrarse para no caerse».

LLAGO ES HIJO de Auxiliador y señora. Bueno, realmente, Llago es hijo de Auxiliador, ya que en este matrimonio, al revés de lo que se lleva, quien está seguro de la paternidad es el padre, o sea Auxiliador, que aportó este hijo al matrimonio, mientras que su señora no aportaba nada. Llago, también como suele usarse, no sabe nada de esto ni se cree hijo de padre y madre, pues que ellos no le han explicado otra cosa, por respeto, por pudor o seguramente por pereza.

Explicar los jaleos familiares es que es una cosa que da como mucha pereza.

Llago se escribe así, con dos eles, o sea con elle, porque cuando fueron al párroco con el bautizo, éste les dijo que el niño podía llamarse Santiago, Jacobo o Yago, que todo viene a ser lo mismo (le bautizaron después de casados, que Auxiliador no había pensado nunca en eso), y el párroco les mostró los diversos nombres del glorioso apóstol, pero a ellos no les gustaba aquella letra que no conocían y que parecía un guerrero:

—¿Y esa letra viene en el catón, oiga?

—Hijos míos, es la Y griega.

—Pues si es griega no es española. Nosotros los pobres es que somos muy españoles, y queremos que nuestro hijo lo sea. El caso es que el nombre nos gusta. Es corto y bonito.

—Me agrada tanto patriotismo en los pobres, hijos míos, pero la otra i es latina.

—¿Entonces es que nosotros no hemos inventado nada?

—Nosotros lo hemos inventado casi todo, hijos míos. Nosotros somos latinos.

—¿Y cómo se pronuncia esa letra que nos ha enseñado?

—Como la elle, tan castellana. La propia Castilla lleva en sí la letra elle, hijos míos, y vosotros sois muy castellanos. De modo que al niño Yago podéis llamarle Llago, con elle, y que él lo escriba así, cuando sepa: la Iglesia tiene sabiduría para todo.

Llago, adolescente y efebo andrógino, jamás ha sospechado que pudiera llamarse Yago. Sólo cuando la pasma le echa la zarpa y ve que escriben su nombre con la otra letra, les dice que son unos analfabetos y que se han equivocado, y los policías se sonrían y siguen con su underwood.

Llago tiene dieciséis años y la elle de su nombre le hace algo así como el masculino de llaga, lo cual puede que en parte sea verdad, ya que Llago es efebo andrógino y nadie sabe si tiene entre las piernas la llaga femenina o tiene otras cosas.

Llago va de melena larga y rubia, que ondea con gracia femenina al viento de la Hueva, como los trigales salvajes, antes de que Paco los segase. Llago luce camisas con cuellecito de párvula, ojos de un verde claro y duro, nariz grecorromana (quizás en la nariz esté toda la dubitación de la primera letra de su nombre), boca de infanta hermosa y brutal, gracias de chica y violencias de chico, sobre todo cuando monta la moto o camina contra alguien. Se da por supuesto que Llago se ha acostado con todos los adolescentes de la Hueva, chicos y chicas, pero la adolescencia es un hermetismo y nadie dice si Llago es macho, hembra o las dos cosas. Esto sólo podría haberlo dicho el señor párroco, cuando le bautizó y le vio desnudito/a, pero al señor párroco lo mataron poco después, a cantazos, Juan Gualberto y los suyos (Jerónimo andaba por Madrid puteando viejas), luego metieron el cadáver en la iglesia, que era un pequeño búnker con una cruz, y sellaron la parroquia con dos tablones inmensos, en equis, de

arriba abajo y para siempre.

Desde entonces se acabó la teología en el barrio y el cielo no fue más que el cielo, con sus nubes, sus tormentas, sus lluvias, sus mañanas azules y sus tardes de cobre reciente. Pero puede deducirse que, cuando el señor párroco, confesor y mártir, por nombre don San José de Calasanz, le aplicó un nombre masculino a la criatura, algo vería en ella, siquiera fuese poca cosa, tampoco se puede pedir más en la pila bautismal.

Llago no sabe leer ni escribir, pero es el que más pela levanta en Madrid, cuando baja, con sus prostituciones, que nadie entiende, y de las que a los padres no hay que hablarles. Llago tiene una moto robada, una vieja moto grande y negra que todavía le funciona^[2]. Llago podría haber sido el nuevo Jerónimo de la Hueva, porque incluso a las tribus más tristes les gusta ser gobernadas por un príncipe natural, pero se ve que a Llago le faltan huevos para eso (ahora sí que sí), y que prefiere seguir viviendo de sus enrolles madrileños, en los que a veces hay violencia, pero poca. Llago apenas se habla con sus padres, cuando sube a dormir a la Hueva, que no es siempre.

LINO, el cartero del Madrid Este, uno de los carteros del Madrid Este, va alegre y ligero por los caminos, en su bicicleta, porque lleva un giro para los gitanos de la Emilia, y sabe que los gitanos de la Emilia son buena gente, aunque se dice que de vez en cuando se han comido algún cartero. Lino es joven, boxeador y alegre.

Cuando Lino llegó a la Emilia, con toda la pela de los giros, alguien le metió un cuchillo en los riñones, dulcemente, con lo que se paró el filtrado glomerular, el aclaramiento de creatinina y la propia vida de Lino. Con Lino en el suelo, los gitanos de la Emilia, paredaños de la Hueva, le sacaron toda la pasta, se la distribuyeron equitativamente (a los destinatarios del giro les tocó más de lo que esperaban: era un giro andaluz), y luego cogieron al muerto entre cuatro, horizontal, con la gorra de Correos puesta, lo llevaron hasta el límite de la Hueva y lo arrojaron en el territorio de los blancos, con el libro de giros y la cartera (vacía) de la pela.

Jerónimo, el Jero, mandó poner el cuerpo en el riachuelo, al fresco, para que se conservase como prueba ante la justicia, con gorra de visera y todo. (En la bici del cartero corrían desvariantes los churumbeles de la Emilia, mayormente los cojos, dándole a los pedales con un pie sí y otro no). Jerónimo decidió que había que atacar al poblado paredaño de la Emilia, por matar a un cartero inofensivo que les llevaba dinero y por cargarles el muerto a los de la Hueva.

La batalla fue nocturna y a muerte, en la frontera de ambos poblados, una batalla cimarrona y racista, alegre de cuchillos y abundante de sangre. Los gitanos no son tan valientes como parece (esto se ve en los toreros gitanos), de modo que los blancos ganaron matando muertos, violando churumbelas de doce años y prendiendo fuego a las tiendas cherokees de sus vecinos (los gitanos no tenían chabolas, sino tiendas de campaña). Luego, el Jero quitó a Lino, el cartero, la piedra que le sujetaba, y Lino se fue río abajo, con la visera hasta los ojos y el libro de los giros sobre el pecho, como una Biblia. Los vecinos y combatientes de la Hueva, mujeres y hombres, comprendieron una vez más que tenían en Jerónimo un caudillo inaplazable, irremplazable. Lino, el cartero joven y alegre, se deslizaba río abajo, hacia Vaciamadrid, con la sonrisa bienhechora del que lleva dinero a los pobres.

Según noticias que llegaron a la Hueva, y que a través de la Hueva le llegaron a Jerónimo hasta la renfe, cuando la pasma se encontró con el cadáver alegre y risueño del cartero, en Vaciamadrid, culparon de todo a los gitanos destinatarios del giro, a la Emilia en general, dieron una batida de gitanos, encarcelaron a los que quisieron y ahí paró todo. Jerónimo, el Jero, como decía Blas, se valía de todo, hasta del color de la piel, para salir adelante.

Del paredaño campamento de los gitanos llegaban lamentos caló y ayes de mujeres.

LA HUEVA YA LO SABE. La Hueva denunció a Esteban por soplata, que la pasma le daba para rioja y otros alcoholes. Jerónimo, jefe de la Hueva, mandó echar a Esteban a la calera. Estebanía, para cuando entonces, muy niña y sin madre, no entendía nada. Con el tiempo, Estebanía ha entendido y guarda entre sus tetas, jóvenes y ásperas, violentas y resentidas, la agria flor de la venganza contra Jerónimo.

Jerónimo, deduciendo el censo de la Hueva, ha llegado a la conclusión de que quien le ahorcó la cabra fue Estebanía, máxime la confesión que ella le hizo una mañana, visitándole en la renfe, confesión llena de rencor y violencia. Jerónimo se ha llegado a la casa pequeña y negra de Estebanía, le ha pegado dos hostiazos a la chica y luego se lo ha dicho, tú me has ahorcado la cabra porque yo eché a tu padre a la calera, pero ahora vas a reunirte con él, y como al pueblo no le gustan los soplatas, que todos tienen mucho que callar, ayudan a Jerónimo a arrastrar a Estebanía hasta la calera, bajo el sol de un agosto vencido que cae sobre ellos como un águila de oro.

La Estebanía ha sido sorprendida en tetas por la visita de Jerónimo, con una combinación de cintura y una loción para el pelo.

La Estebanía fue arrojada a la calera sin ninguna ceremonia, como una vulgar soplata, y el pueblo de la Hueva, arrabal de los arrabales de Madrid, comió aquel día con el estómago agradecido de haber hecho justicia: no se mata así a una bestia tan inocente y tan guapa como la *Gilda*.

Los arrojados a la calera, primero vuelan un poco por el abismo, como seres sobrenaturales, luego flotan en la superficie de la cal viva, como fantasmas blancos, y finalmente desaparecen. Llago, en la cárcel, se entrega a un intenso tráfico sexual, por inclinación propia o porque los internos se lo imponen. Llago da y toma, sirve para todo, es la prodigiosa criatura plurisexual que esperaban los presos, pero los presos abusan, como todo hambriento, y Llago empieza a retraerse. Un día le visita su padre, Auxiliador:

—Pronto saldrás de aquí, hijo.

—No lo creo, padre.

—Toma, te he traído estas magdalenas. Lo del parking del Palace ahora va peor. Tú no mataste a la vieja, ¿verdad?

—Gracias por las magdalenas, padre. ¿No viene madre?

—En la próxima visita, hijo. Hoy tenía que guardar el puesto. No podemos dejar que nos lo quiten. Pero tú no mataste a la vieja, ¿verdad?

—No hace falta que vengáis todas las semanas, padre. Yo ya sé que os acordáis de mí.

JUANA AMA A MARIA desesperadamente. Juana cuida a María, la embellece, la estiliza, la sutiliza, la estila, la mejora, con lo cual está destruyendo, inconscientemente, su fetiche, ya que la María que Juana amaba era una María libre, oscura y sucia. Pero el amor cae siempre en estos errores. Y la vida sigue igual, como canta Julito Iglesias en los transistores del barrio. Un cachondeo.

—María.

—Qué.

—Tenemos que salir de aquí.

—Tú no conoces a Jerónimo.

—Le conozco más que tú. He jodido con él.

—¿Y adónde quieres llevarme?

—A Madrid, al lujo, a la libertad, a la vida.

—Juana, me pareces un poco cursi.

—Perdona, María, pero es que estoy enamorada y todos los enamorados nos volvemos cursis.

—Jerónimo nos buscaría hasta el fin del mundo.
—Pero no hasta el fin del Viso.
—¿Y qué es el Viso, Juana?
—Un jardín donde yo vivo.
—Pues llévame a tu jardín, hasta que llegue Jerónimo y nos mate.
—María, ¿tú me quieres?
—Bueno, contigo he descubierto que también una jai puede dar marcha.
—¿No habías conocido eso antes?
—No.
—Yo tampoco. Lo nuestro no es moda ni costumbre, pues, sino un amor natural que ha nacido, como nace entre un hombre y una mujer.
—Usas demasiadas palabras, Juana. ¿Tú de qué estabas antes?
—De puta de un cormorán.
—¿Y qué es un cormorán?
—Un pájaro.
—¿Los pájaros follan?
—Malamente. Está el caso de Leda y el cisne, pero es alegórico.
—¿Y por qué aguantabas?
—Por la pela.
—Ya. Por el porsche que te quemaron en la plaza. ¿En eso quieres meterme a mí?
—Tú no tienes que meterte en nada. Yo me ocuparé de ti.
—Es que también me gustan los tíos, Juana.
Hubo un largo silencio en el departamento perfumado de la renfe. Juana no contaba con eso, como no se cuenta nunca con lo más evidente.
—Bueno, tendrás algún tío de vez en cuando.
—No es de vez en cuando. Es cuando salga y a mí me mole.
—Buscaré hombres que te «molen», como tú dices.
—No me gusta que me busquen los hombres. Los hombres me buscan a mí.
—¿Es que quieres seguir en la Hueva, María?
—No lo sé.
—Pues yo me marcho y te dejo mi dirección. Ya vendrás a buscarme, María.
—Bueno, vale, venga.
—O sea que te da igual. Yo no me puedo ir sin ti. No entiendes nada, María.
—Por eso soy feliz en la Hueva. Porque no entiendo nada. Una no es de entender.
Juana llora sobre su desnudo, sobre sus cremas, sus leches hidratantes, sus perfumes y sus colores. María se encoge de hombros y se mete a mear en el pequeño wáter de la renfe. María mea largamente, musicalmente, saludablemente, como una yegua joven o una cabra —pobre *Gilda*— libérrima. María mea y mea.
María sabe que es más saludable mear que pensar.

PACO LE DA DESPACIO y seguro al azadón, por la parte de los enramados y los arroyuelos, para hacer un hoyo y enterrar la cabra. Son las siete y media de la mañana y agosto muere como una bestia de oro vulnerada y perpleja.

Jerónimo está junto a Paco, frente a Paco, con la *Gilda* en brazos, blanca, pesada y ligera, como si fuese un bebé. Paco, licenciado de sus labores de hortelano por la movida de los vecinos, que le ha dejado sin huerto, trabaja duro y melancólico en el entierro de la *Gilda*, la cabra, que a Jerónimo, o sea el jefe, le ha dado por enterrarla como si fuese una persona. El hoyo tiene que ser grande, porque la *Gilda* era ya una cabra —cabra o lo que fuese— muy crecida, un animal de esbeltez afganesa y muerte inocente, como su vida.

Jerónimo ya ha vengado el asesinato de la *Gilda*, ya ha echado a la calera a Estebanía, con todos sus viejos rencores recocidos, y ahora sólo le queda enterrar

piadosamente a la cabra.

—Una persona que le hace eso a una bestia inocente no merece vivir, Paco.

—Usted dirá, Jerónimo.

Y Paco se apoya en la azada, se seca la calva con la mano y aprovecha para sacar una colilla de puro del bolsillo y encenderla: son las colillas que le deja Jerónimo.

—Digo que si la Estebanía hubiese tenido ovarios, se habría venido a por mí directamente, que esto de matarme la cabra es una cobardía y una avilantez que sólo se merece la calera.

—¿Qué es avilantez, Jerónimo?

—Bueno, no lo sé muy bien. Mala leche, supongo.

—Si es que aquí en la Hueva, Jerónimo, y usted perdone el desahogo, no sienten el campo, no entienden el campo, que es la única realidad de la verdad de la vida. Lo mismo su cabra que mi huerto.

—Aquí vivimos de los muertos, Paco.

—No me lo recuerde, Jerónimo.

Y Paco sigue cavando, hasta que el hoyo es alargado y profundo, y entonces Jerónimo se pone de rodillas y deposita el animal en el fondo, con toda su blancura: es como el entierro de un ángel que no fue capaz de reencontrar el camino del cielo.

—A lo mejor un día sale volando y se va con los ángeles.

—Estás pensando lo mismo que yo, Paco, pero sólo son cosas que se piensan en los entierros.

Como arcángel truncado, como niña de primera comunión, como ser que no es de la tierra, la cabra va quedando cubierta por las paletadas de Paco, que ahora tira de puro. Jerónimo sigue de rodillas, aunque su actitud no tenga nada de religiosa. Echa en el hoyo, entre la arena de Paco, alguna flor que arranca en torno, el peine de hueso con que peinaba el largo y blanco pelo de la cabra, que era como un ángel con roña, un collar de hierro que se arranca del cuello y, por fin, la camisa, que también se arranca, desnudando el torso.

Paco procura imprimir un cierto respeto a su tarea de tapar el cadáver, vista la emoción macho de Jerónimo. Éste se ha puesto en pie, toma la pala de Paco, silenciosamente, y sigue él con el trabajo de cubrir de piadosa y fea tierra a la *Gilda*. Paco retrocede unos pasos y tira el puro, en señal de respeto.

Paco y Jerónimo, en Casa Casiano, recién abierta, se toman unos aguardientes secos de Chinchón, silenciosamente sentados, en memoria de la *Gilda* y descanso de su trabajo. Jerónimo advierte que necesita más aguardiente para olvidar el entierro de la cabra afganesa y la muerte justa de la vil Estebanía. Son dos hombres duros y silenciosos del suburbio de los suburbios que vienen de enterrar un ángel con sus alas bajo la tierra pobre e infecunda del poblado. En Casa Casiano todavía no hay nadie. En Casa Casiano, con las sillas mareadas de dormir patas arriba, huele a cocina fría, aguardiente duro y madrugada de zinc.

LO DE DON SAN JOSÉ DE CALASANZ fue trágico y quizá excesivo. Lo de don San José de Calasanz pertenece al pasado de la Hueva, y ya nadie se acuerda de ello, salvo cuando alguien pasa por delante de la iglesia/ tachada, con sus dos tablones cruzados. Don San José de Calasanz era blanco y anciano, pálido y translúcido, moderado y conversador. Pero un día había hambre en el poblado, un día no había muertos que desvalijar ni posibilidad de bajar a Madrid, a hacer el avío, porque había llegado un rey extranjero y la ciudad estaba copada por los maderos que le protegían. Los jóvenes pedían un pico y los viejos pedían unos callos a la madrileña. Habitualmente se conformaban con mucho menos, pero el hambre engendra fantasías, ya se sabe, el hambre de cualquier cosa: sexual, gástrica, etc.

—Decidme, niños, ¿cuántas son las hambres de los pobres?

Infinitas. Los niños no saben contestar. Toda la Hueva, o casi toda, estaba en Casa Casiano, discutiendo, haciendo planes, montando la revolución (Jerónimo no era por entonces sino un chico más, que aprendía de todo aquello, pero aún no tenía iniciativas).

De pronto entró en Casa Casiano don San José de Calasanz, el párroco, alto y pálido, tranquilo y translúcido. Dios proveerá (frase que Jerónimo les diría mucho más tarde a los vecinos, como ya se ha contado aquí), los pajarillos del Señor encuentran alimento entre la nieve, aprendamos a esperar, nuestra pobreza es nuestra mayor riqueza, yo he encargado galletas marías y nescafé descafeinados para todo el barrio, si venís a mi casa estáis convidados, y de paso os pongo a Bach (Mozart no, que era masón) y os digo una misa, que no os vendría nada mal.

Fue como un tornado, como el ojo del huracán, como el triángulo mortal de las Bermudas. Aquel cura inerme les ofrecía galletas, música y misa, cuando llevaban dos semanas de hambre. Casa Casiano se alzó hacia él sin palabras, varias docenas de hombres arrastraron al cura, o sea su sotana, por los barrizales del lugar, hasta la iglesia, mientras las mujeres les seguían gritando y los niños improvisaban espadas de madera y gorros de papel. Los niños son quienes tienen más sentido escenográfico de estas cosas.

A don San José de Calasanz lo llevaron hasta el altar mayor, tras abrir la parroquia a patadas, le apoyaron en el ara, le levantaron la faldamenta y el más macho del lugar le dio por retambufa, cuando ya habían abierto el santísimo sacramento del altar y se habían comido las sagradas formas como obleas. Jerónimo estaba sentado en el primer banco de la fila. Ya de chico le interesaba más aprender de las cosas que intervenir en las cosas (tendría mucho tiempo de intervenir).

Sin duda, los vecinos de la Hueva sólo se proponían matar un poco el hambre mediante la humillación del párroco (el hambre es muy atea, este principio no falla, aunque ningún erudito lo haya estudiado con detenimiento), pero de pronto voló, como pájaro loco, un cuchillo de plata popular, una navaja anónima y mortal, mientras alguien hacía la parodia de que se beneficiaba a don San José de Calasanz, por sobre sus medias moradas y largas. La navaja quedó clavada en la espalda del cura, con algo de crucifijo, y el muerto no caía al suelo porque los muertos se agarran a las cosas, y don San José de Calasanz se había agarrado bien al barroco de ebanista del altar.

Hasta que se vino al suelo con un golpe oscuro, sobre la madera del tabladillo religioso, y Jerónimo comprendió que allí no había ningún misterio y que aquello era un teatro como el de Manolita Chen, que venía por las fiestas a vender/enseñar los coños de las tías buenas. La muerte del cura produjo un silencio de mármol (el mármol que le faltaba a la humilde parroquia) en todo el personal, y alguien fue el primero en emprender la huida, y Jacobo salió el último, pero el muerto se queda dentro, hemos matado un cura, esto va a ser como el treinta y seis. Fue cuando los más arquitectos de cabeza decidieron tachar todas las puertas de la parroquia con la equis de dos grandes tablonés, tablonés sobraban por allí, y desde entonces hay un cura violado que se pudre bajo el ara, una luz de madrugada que quizá entra por los pobres vitrales, alegrando una calavera, y algunos animales que viven en el interior. Pero nadie piensa ya en eso. Pasan y repasan por delante de la parroquia tachada, van a sus cosas, a sus muertos, a sus pispes, a robar algo en Simago, todos tienen prisa o quieren disfrutar de su falta de prisa. Jerónimo, cuando ve las grandes equis de los tablonés tachando la iglesia, apenas recuerda vagamente aquella tarde lívida y blasfema en que mataron al cura y cerraron la parroquia. Jerónimo piensa que las parroquias están mejor cerradas.

—¿Y por qué, Jerónimo? —le pregunta Paco, que a lo mejor hasta es católico, en Casa Casiano.

—Confunden menos a la gente.

YO ME IBA por las mañanas a Simago y robaba lo que podía, o por las tardes, siempre a las horas de más mogollón, para pasar inadvertida, por ejemplo, meterte con tres bragas en el probador, yendo sin braga, y quedarte con la roja puesta, devolviéndole a la dependienta la blanca y la negra, nada, que no me llevo nada, que no me sientan, mañana vuelvo, y en este plan, yo siempre me he vestido en Simago, cogía el Metro en Vallecas, hasta donde me iba andando, me bajaba en la avenida del Mediterráneo y me metía en Simago a robar por el gusto de robar, a mí nadie me ha enseñado que unas cosas son de unos y otras son de otros, yo creía que todas las cosas eran de todos, de modo y manera que de Simago me llevaba combinaciones, pastillas de jabón, perfumes, cintas para el pelo, pendientes de poco precio y hasta bragas, como ya te he contado, o bañadores, que te metes en el probador con tres y sales con dos (uno ya puesto), nada, que no me molan, ahí se los dejo, y en este plan, claro que yo podría haberme enrollado con un dependiente de Simago y él habría levantado para mí todo lo que hiciese falta, que entre tanto material no se nota, o se apunta en pérdidas y ganancias, ya se sabe que la gente va a Simago a robar, o sea que tienen un apartado para eso, y hasta algunos dependientes y jefes de planta se me insinuaron, pero yo lo que quería era demostrarme a mí misma que valía para eso, para ganarme la vida honradamente, y no mediante el coño, de modo y manera, Juana, que yo he bajado mucho a Simago, en el Metro de Vallecas, ya te digo, hasta que me hice conocida, que lo notaba por las caras del personal, y no había nada que hacer, pero durante años yo he vivido de Simago, pastillas de jabón, detergentes en oferta, bragas rojas, tintes para el pelo, sostenes de media luna, leotardos eróticos, como dicen los hombres, cintas hippis para la melena, zapatos rojos y sandalias de verano, en plastiqué, lo que quieras, ahora ya no puedo volver a Simago, porque me cogieron una vez con una braga de seda roja en el capacho, pero me bajo hasta Madrid, en el Metro, y doy el golpe en El Corte Inglés o en Galerías, que para el caso es lo mismo, sólo que mejor, porque no tienen tan fichada a la gente, unos calentapiés o una peineta siempre me traigo de Callao, los hombres, claro que los hombres me dan cosas, aquí en la Hueva, pero a una también le gusta ganarse la vida por sí misma, honradamente.

Juana escucha a María, en la litera de la renfe, después del amor, y se llena de la fascinación y los celos de esa vida salvaje y ladrona que ha llevado María desde niña.

Juana quiere acabar con eso, pero al mismo tiempo teme destruirlo, porque ésa es la realidad de María, su verdad agreste y escarpada, y su duda nada metódica está entre tomar a María como es o convertirla en una niña bien de Serrano.

María parece que no ha tomado conciencia clara de la situación, y su respuesta es siempre irse a mear, cepillarse el pelo o cortarse las uñas y los callos de los pies. Es lo que tiene la gente, se dice Juana, que responden a las ideas con actos, y eso te desarma. Es lo que primero me fascinó en Jerónimo y ahora en María. Esta gente no vive de ideas, sino de actos. Primero actúan y luego, en todo caso, se lo piensan un poco, tampoco demasiado.

María y Juana están en la cama/litera, después del amor, distendidas y habladoras, abandonándose a esos contactos furtivos que ya no vienen urgentes de deseo ni necesidad. María habla y habla. No sabe el daño que le está haciendo a Juana, yo me bajaba a Simago en el Metro de Vallecas y me llevaba tres desodorantes por el precio de uno, y no digamos cuando se puso de moda aquel desodorante para el coño, que yo me los daba todos, Simago es una gozada, Juana, te lo digo yo, que te llevas lo que quieres y como quieres, mayormente las tías, yo creo que nos dejan circular a tantas tías para que piquen los chorvos, en fin, no sé, y Juana se muere de amor por esa cosa morena, aspérrima y selvática que tiene a su lado en la cama/ litera.

LLAGO colgado de una sábana, ahorcado, Llago colgado de las rejas de su celda,

Llago hendido, violado, suicidado, asesinado, muerto, en fin, en esta madrugada clara y fría de septiembre, cuando un cielo blanco se remonta sobre la cárcel y los campos huelen a la lluvia de anoche.

Había que ver a Llago en las orgías, en las chirlatas, en los desmadres, como un Luis de Baviera de la cosa, con su melena de chica de Serrano, un oro ondeante, sus ojos femeninos, verdefríos, y su boca de mujer. Había que ver a Llago, en fin, de quien todos disfrutaron en la cárcel, por su gusto o por el de ellos, y en torno del cual se tejieron celos, inquisiciones, querellas, controversias, conspiraciones y cosas. Era como si de pronto hubiesen metido una mujer entre la populosidad macho de los presos.

Ahora, Llago ha amanecido colgado de un desgarrón de sábana, tan normal y tan muerto, sin sangre y sin drama, pero tieso, lo que se dice tieso. Está desnudo de medio cuerpo, con su torso blanco y casi dorado de escultura policromada que ha perdido la frescura, con el «vaquero de vestir», como llamaba a su mejor ropa, y con los pies desnudos, femeninos y finos.

¿Le han robado las botas de rockero antes o después de matarle? ¿Se las quitó él para colgarse? Nunca se sabe, nunca se sabrá. Los internos pasan y le miran, hacen grupos en el pasillo, junto a la celda, apenas llevaba aquí tres meses, su padre venía mucho a verle, y le traía magdalenas, Llago tiene algo de cristo y algo de mariconas en strip/tease, colgado tan bellamente de las rejas.

Ahora empezarán las interrogaciones que no van a conducir a nada, porque además da igual. Llago ganaba en las chirlatas (Jerónimo le llevó alguna vez con él a Legazpi, le enseñó a volcar camioneros), se picaba lo que fuese, hasta bencina, y tenía un amigo en el trullo, un amigo que se hacía llamar Fedor y tenía el pelo pelirrojo y dormido, los ojos blancos, la barba breve y el cuello del chaquetón marinerico siempre subido (debajo iba desnudo).

En el trullo empezó a funcionar la ley de la seducción. Llago era el objeto que les seducía a todos, pero Fedor era el seductor que jugaba a dejarse seducir, y en esta dulce trampa cayó el dulce Llago.

—Vente a mi celda. Ves pósters de tías buenas y te hago una fumata especial.

Fedor se paseaba por el patio de la cárcel, indiferente a todo, pensando en Beatriz Escudero, de la que tenía todas las fotos de revistas desnuda, o pensando en el tiempo, sí, en el puro y desolado tiempo, porque Fedor era el filósofo más auténtico del mundo. Ni muy alto ni muy bajo.

Fedor fue para Llago un amigo, un confidente, un hombre confortable (su celda parecía un cuarto de estudiante), y allí fumaron de todo, se picaron cosas, hicieron el amor, comieron lo que a Llago le llevaba su padre (a Fedor nadie le llevaba nada), volvieron a follar, durmieron juntos o separados (los vigilantes no se atrevían a reprocharle nada a Fedor, que ya se había cargado a uno), y luego Fedor le hablaba a Llago toda la noche, eres un inculto, tío, ya que te gusta que te trate como hombre, eres un ágrafo, eres una mierda, no sabes más que abrirte de piernas o poner el culo, mira que dejarte coger por una vieja, si las viejas se mueren solas, eso está tirado, tron, te voy a dejar algún libro, toma y lee, que dijo el otro ¿sabes leer?, pero mejor escucha, o pon música, ahí tienes el tocata, para oír música mientras yo hablo, si no quieres escucharme, y Llago primero ponía música, Springsteen y todo eso, pero luego iba bajando el tocata y le flipaba el discurso de Fedor, su hablar suasorio y seguido, sobre los caldeos, sobre los esclavos, sobre las civilizaciones y los presos, la civilización necesita de los presos porque somos mano de obra gratis, y porque, por contraste, mejoramos la imagen de los que andan libres, las pirámides se hicieron con sangre y latigazos, lo dijo Albert Camus, la cultura se hace con sangre y latigazos, yo soy cómplice de esa carnicería porque he comido de la cultura, y ya comeré siempre, que esto es como la primera comunión, que te la dan a una edad en que siempre vuelves, pero sé que los presos somos la

argamasa social de cualquier sistema, justo o injusto, porque estamos justificando a los demás, explicándoles, tú eres consecuencia de una culpa social, no de tu ridícula culpa de haber matado a una vieja putrefacta y adivina, tú eres otro cristo, tú no sabes lo que haces ni lo que quieres, yo, al menos, estoy aquí porque así chuleo al Estado, como y vivo sin trabajar, leo y escribo lo que quiero, esto de la cárcel, si lo miras bien, es más limpio y más legal que lo que anda por ahí fuera, de vez en cuando mato un vigilante por darle gusto a la navaja, que yo soy un caprichoso de la navaja, también sé ahorcar gente con mucha maña, anda, toma más whisky, que el whisky le saca a uno de dentro el «hombre interior» de san Agustín, sólo que san Agustín no llegó a tiempo para el whisky, pero toda su prosa es de drogata, retorcida, enferma, rica, y así hasta que se quedaban dormidos, juntos o separados, cuando la del alba sería.

Gran movida en torno al cuerpo colgado de Llago, no tocarlo hasta que llegue el juez, dice el alcaide, todos pasan, miran, comentan, observan, recuerdan, deducen, temen, alguno llora, Fedor, solitario en el patio uno, pasea de arriba abajo, el pelo de un rojo dormido, los ojos blancos, el cuello del chaquetón marinero subido, primeras brisas de septiembre, tranquilo, lento, meditativo, libre en su cautiverio, delgadísimo y cumplido, débil, fuerte y frío.

LA SOMBRA BLANCA y desnuda corre por las extensiones de la Hueva, la mujer joven y esbelta huye de la tribu suburbana, la luna de septiembre, la primera luna de septiembre, está en cuarto menguante, como una manzana pálida y podrida, y Juana cuenta con el sueño de Jerónimo o la ausencia de Jerónimo, mejor (está en Madrid con su moto, matando gente), y con la ausencia de María, que le promete escaparse en cuanto pueda, diciendo, por ejemplo, que baja a surtirse a Simago, para reunirse con Juana en el Viso, van a ser muy felices ahora que ha muerto el cormorán, que lo pagaba todo y le ha dejado a Juana dueña de las cosas. La sombra corre hacia Vallecas, donde espera encontrar un taxi nocturno que la lleve a Madrid. Es una sombra blanca, joven y desnuda bajo la luna mordida y dulce de septiembre.

Juan Gualberto es siempre el último que vuelve a la Hueva, pues que trabaja la limosna en la plaza del Conde de Barajas, como ha quedado dicho, y en los Estudios de Cine, después de los montajes, siempre organizan alguna cena en el Madrid pintoresco, a la que Juan Gualberto se suma o le suman, añadiendo color al color local.

Finalmente, Juan Gualberto hace el paripé de que duerme en un banco de la plaza, para que los vecinos le quieran más, envuelto en el Diario dieciséis, y luego se va a la renfe a dormir como un señor, que Jerónimo se lo permite, y va en un taxi, también como un señor, que sus ingresos se lo permiten, con la gorra marinera de Carlos Barral ladeada de una manera mucho más madrileña que barcelonesa, durmiendo ya con un ojo, con el ojo tapado.

Juan Gualberto, nada más despedir el taxi, ve la sombra blanca de Juana, a la que se folló un día por orden de Jerónimo, con más éxito que eficiencia, corre hacia ella, le corta el paso, tú huyes, puta, adónde vas, seguro que Jerónimo está en Madrid, eres una soplata y una niña pija, te voy a volver a follar ahora mismo, la derriba sobre la tierra/tierra, le enreda el ligero camisón, la encuentra sin braga y la obliga a aceptar una penetración mediocre y tardía, porque Juana ha echado ya sus cuentas y piensa que, una vez satisfecho Juan Gualberto (que viene algo pedal), será más fácil pedirle que se haga el sordo y la deje huir.

Pero estaban en el miserable polvo cuando una moto fue llenando la noche de argumento, con su rugido, y Jerónimo para junto a ellos, echando pie a tierra y haciéndose cargo de la situación:

—La niña pija, la soplata, se te iba a Madrid a dar el cante, jefe.

Jerónimo pasa por alto que Juan Gualberto, como el vecino más trasnochador de la Hueva, haya cazado a Juana en plena huida, en camisa, Juan Gualberto sujeta a la

chica, por fidelidad al jefe y por purgar su polvo sacrílego. Jerónimo habla:

—De modo que le habrás dejado a María tus señas para que se vaya en cuanto pueda y te busque en Madrid. Sois un par de bollacones que oléis mal y tú vas ahora mismo a la calera, por soplata y por puta y por bollerón, tía. Juan Gualberto, ayúdame a arrastrarla.

Jerónimo deja la moto en pie, apoyada en su propio estribo, y lo primero amordaza a Juana para que no grite y despierte al barrio. Juana reconoce en la mordaza un golpe de esencia brut que sin duda Jerónimo ha robado en Madrid. Luego, los dos hombres tiran cada uno de un brazo de la chica, que está ya desmayada de terror: sabe que la llevan a la calera.

(Calera: horno industrial o natural donde la cal se mantiene en ebullición como cal viva que puede deshacer, disolver y no dejar huella de los metales y minerales más duros). Llegados al borde de la calera, Jerónimo coge a Juana (ya sin sentido) en brazos, como si la criatura no pesase más que un puñado de hierba:

—Bollerón, bollacón, vas a reunirse con tu cormorán. No me duele él; me duele tu bollo con María, aunque a veces os he espiado para ver cómo os lo hacíais: eso le pone a uno cachondo. He visto cómo le metías por el coño un pepino, de los pocos que salvó el pobre Paco, por el coño, hasta hacerla sangrar. Ahora María es mía y tú vas a confundirte en la masa de cal con tu cormorán y con tantos hijos de puta. María no es bollaca, tú la has enviado: venís de Madrid a corromper a mi gente. En seguida vas a ser una masa blanda y caliente de nada, adiós, Juana.

Y le da un ligero beso en la frente a la muchacha sin sentido. Juan Gualberto se ha retirado un poco, como sabe hacerlo el pueblo desde siempre, cuando las ocasiones de señores, y se ha quitado la gorra de visera a lo Carlos Barral, por respeto, por devoción o mecánicamente (de seguro que todo a la vez). Jerónimo arroja a Juana a la calera con un ímpetu suave, con una violencia casi dulce, como quien arroja a la amada sobre el lecho de plumas. La luna menguante de principios de septiembre fija la escena con su media luz de plata negra. Juana parece volar, caer sin fin, planear hacia el fondo de la calera, y su camisa de dormir en revuelo muestra sus muslos blancos y andróginos, su sexo negro y morisco, un momento, hasta que viene desde allá abajo el golpe del cuerpo en el líquido, su navegar dormido, su desaparición, el eco de su nada.

—Vamos a brindar por Juana, Juan Gualberto.

Jerónimo se sienta en el suelo y le hace un gesto al otro, que se acerca y se sienta frente a él, los dos a lo moro. Jerónimo saca del bolsillo del culo su petaca de whisky y se la alarga a Juan Gualberto.

—Por esta mujer malvada de la que casi me pude enamorar, Gualberto. Gualberto se quita y se pone la gorra a lo Carlos Barral, sin saber qué es lo más adecuado para el trance:

—Y qué buen whisky bebes, Jerónimo.

—Cosecha de Madrid, Gualberto. Madrid cosecha muy buen whisky.

—Otro trago, con perdón. La verdad es que era fina y apetecible la señorita.

—Tú lo sabes, Gualberto, que te la follaste bien. Pero a ti te debo el que no estuviese a estas horas en la comisaría de Chamartín dando el cante de todos nosotros. Buena hija de puta. O sea que toma otro trago.

—Gracias, Jerónimo, que hoy no voy a dormir el sueño, sino el whisky, y eso es mejor.

La luna menguante, fija y errática, como el espectro de una manzana mordida por una mujer, explica la escena de los dos hombres que, sentados a lo comanche, beben y conversan toda la noche: «Luego tienes que borrar el rastro del cuerpo, Gualberto, antes de dormir». «Claro, Jerónimo, uno está en todo, y que te dure la petaca, compi».

JERÓNIMO REPARA EN MARÍA por el amor que le tuvo Juana. Los amores en círculo cerrado suelen ser una relación de influencias más psicológicas que eróticas, igual en

la Hueva que en Serrano.

Jerónimo ha descubierto a María a través de la sensibilidad fina, gentil y difunta de Juana. Para él, María no era sino la última puta de la tribu. Pero ahora María se beneficia del prestigio de Juana, de la atención que Juana le prestaba, la atención y el amor. Jerónimo mira a María con curiosidad y acaba por pedirle que se venga con él a la renfe:

—Sólo a tomar un whisky.

María está deshecha, vacía y como desolada en general por la muerte de Juana.

—Pero tú no eres una bollacata por naturaleza, María. A ti te metió en el vicio la Juana, con sus lujos y sus cremas.

—Claro. Me daba lo que no me daban los hombres. Amor.

—Bueno, pues yo voy a darte amor, María, y en la renfe no te va a faltar de nada y se acabó el andar con todos los casados de la Hueva, aunque también tendrías los solteros, que Llago se ha suicidado en Carabanchel, o le han suicidado.

—No sé si creerte, Jerónimo.

—Sabes que no tengo por qué mentir en este pueblo, donde soy el amo. Te quedas conmigo en este vagón y se acabaron los borrachos, los regalos, el putaño y la hostia.

—Pero tú tenías aquí a una señorita, a la Juana.

—Todo era de mentira. Al menos conmigo. No sé contigo. La Juana venía a vengar la muerte de su novio, de su amante, un cormorán maduro de Madrid, y uno nunca podía fiarse de ella.

—¿Has tirado a Juana a la calera?

—El último que folló con Juana fue Juan Gualberto, que, como sabes, suele ser el último en llegar al barrio. La encontró en camisa huyendo de todo esto, en plan soplata.

—Y tú la tiraste a la calera.

—Se tiran solas, María, cuando comprenden que se han equivocado.

—¿Y si no la coge Juan Gualberto?

—Es igual. Yo la habría encontrado en Madrid.

—A ti es que no se te escapa nadie, Jerónimo.

—Mira, María, yo no trato de retenerte a la fuerza, como una esclava. Yo te digo que si quieres te quedas y si quieres te vas. De pronto me he fijado en ti: Juana ha sido la vibración que me ha conducido hacia ti. Quiero que seas mi chica. Si no te apetece, fuera, tampoco vas a tener represalias.

María, morena y como infantil, con cara de pájaro simpático y cuerpo de chico/chica, se tiende en la litera y empieza a desnudarse lentamente, es lo que tú digas, Jerónimo, tú eres el jefe, no es lo que yo diga, María, puedes volver a vestirte, tiene que apetecerte a ti, eres el mejor macho de la Hueva, Jerónimo, ¿entonces?, entonces, ahí tienes mi braga, y se la arroja dulcemente a la cara, trapo rojo y tenue, robado en Simago, es una braga robada en Simago de la avenida del Mediterráneo, ¿sabes?, yo me visto en Simago, pero honradamente, llevándome las cosas por el semblante, nunca me he enrollado con ningún dependiente ni jefe de planta, que sería lo fácil, ya se lo expliqué un día a Juana, no me hables más de Juana, María, amor, ella era otro mundo, otra gente, otra cosa, tú y yo somos la Hueva, de pronto he comprendido que tú, la puta de la Hueva, eres mi mujer ideal, como dicen en las pelis de aventis, y Jerónimo se desnuda lentamente, empezando por las botas rockeras, hasta tenderse desnudo en la litera de la renfe, y la María, también desnuda, se desliza sobre él, dulce, aspérrima y sin palabras, y le viola demoradamente, sabiamente, dulcemente, con todo el amor y toda la admiración que ha sentido siempre por el jefe. La María tiene varios orgasmos sucesivos/encadenados y Jerónimo tiene dos.

—¿Sabes lo que te digo?: que estaba loca por follar contigo, el supermacho de la tribu.

—Gracias, María, pero ya ves que no soy nada mundial. En lo sucesivo te prometo funcionar mejor.

—Pues a mí me ha gustado mucho, Jerónimo.
—Eso se lo dices al jefe.
—Para mí ya no eres el jefe. Eres Jerónimo, mi amor.
—Tu amor era Juana, que está diluida en la calera.
—Juana fue una experiencia, como decía ella. Una siempre necesita una cosa dentro, que no sea un pepino de la compra.

ANTES DE QUE LLAGO apareciese ahorcado en la celda, Jerónimo fue algunas veces a verle, Jerónimo se sabe Carabanchel de arriba abajo, Jerónimo ha estado allí como interno y como visita, y hasta como rockero para los presos, que le llamaron traidor, por cierto.

Jerónimo, el Jero, pide visita a Llago y se la conceden, hablan a través de una alambrada, entre la vida y la muerte no hay más que una alambrada, entre la prisión y la libertad no hay más que una losa.

—Por qué mataste a la vieja, Llago.
—No quería más que follar, Jero.
—¿Y a ti no te daba asco la vieja adivina?
—Por eso la maté, Jero.
—Y te llevaste todo el billete que tenía en la bola de cristal.
—Necesito pela, Jero. Bueno, la necesitaba...
—Claro, ahora no necesitas nada. Es lo que tiene el trullo. ¿Por qué no consultaste conmigo el caso? Llago hacía un gesto de suficiencia ofendida.
—Uno sabe valerse.
—Yo te habría ayudado, Llago.
—Gracias, pero ya no tiene remedio.
—Supongo que tienes algún plan para salir.
—¿Salir de aquí?
—Escapar, quiero decir, joder.
—De aquí no sale nadie, Jero.
—Ya inventaré yo algo. ¿Quién es aquí tu mejor amigo?
—Fedor.
—Te la meterá por todas partes.
Llago guardaba un silencio asertivo.
—¿Y tu peor enemigo?
—Fedor.
—Conozco a Fedor. La doble personalidad. Es el hombre más listo de esta casa. No has caído en buenas manos, Llago.
Llago se encogió de hombros.
—Un día te mata a polvos o te asesina.
—Está enamorado de mí.
Y Llago lo decía con vanidad de mujer. El locutorio olía a locutorio de convento, pero en más macho. El locutorio sonaba a locutorio de convento, pero en más criminal. El locutorio era un sitio inmenso y angosto donde se oía todo y no se oía nada.
—Tienes que negarlo todo, Llago.
—Ya es tarde, Jero.
—Haré lo posible por sacarte de aquí, Llago. Eres uno de los nuestros.
—¿Me sacarás por las buenas o por las malas?
—Por las buenas y por las malas, siempre que me des tiempo.
—No sé si te lo voy a dar, Jero.
—No seas gilipollas, Llago.
—No sé si me van a dar tiempo, Jero.
—¿Fedor va a matarte?

Llago hizo una mueca casi infantil.

—Le tengo miedo. Pero está enamorado de Beatriz Escudero.

Jerónimo sonrió para sí ante la ingenuidad de Llago. El locutorio olía a paquetes de comida y mucha familia. El locutorio olía a soledad y hombre masturbado. El locutorio olía a cuartel y premuerte.

—No te fíes de Beatriz Escudero. Te puede follar igual. Te puede matar igual.

BLAS BAJA TEMPRANERO a Vallecas, evitando el poblado gitano y arrasado de la Emilia, el campamento paredaño, y vuelve a media mañana con una carretilla llena de ladrillos y cemento. Blas empieza a hacerse una chabola junto a la que tiene, más grande, más confortable, más presentable, más de todo, en la plaza misma de la Hueva, aquel redondel de polvo donde Paco quiso poner arriates y se los comió la *Gilda*.

Blas, que no es nada y lo es todo, sabe de albañilería y va colocando ladrillo sobre ladrillo, con su argamasa, tomando medidas con los pies, todo lo mide por pasos, y trabajando solo. Para levantar una chabola él no necesita a nadie.

—¿Es que vas a casarte, Blas?

—Estoy cambiando de apartamento.

—Eso hay que llenarlo con algo.

—A uno no hay un algo que le quiera. Y menos una «algo».

Jerónimo y Blas sostienen esta conversación a través de la plaza, Jerónimo sentado con las piernas cruzadas encima de la renfe.

—A ver cuándo me haces una casa como ésa, Blas, te pago lo que valga.

—Tú estás mejor en la renfe, Jero, tú eres el jefe. Jerónimo fuma el primer puro del día con el sol naciente a la espalda y de cara a Madrid, viendo a lo lejos la masa inmensa, gris y rosa de la ciudad que ama y detesta. Una ciudad llena de motos para llevarse y de putas que se entregan al hombre duro, violento y motorizado. Blas trabaja artesanalmente, pacientemente, en su nueva chabola, y su alma de albañil disfruta con el espesor de la argamasa, la geometría de los ladrillos y la proporción de las medidas. En la vida hay una sola cosa de la que no se puede dudar: la aritmética.

Blas lo aprendió de niño en el poco colegio al que fue. Dios es una imagen, la Historia es una confusión, hasta la geografía es cambiante, y no digamos el movimiento de los astros, pero la aritmética es siempre verdad. Blas, en la escuela, aprobaba mucha aritmética.

De modo y manera que ahora no tiene más que contar por pasos, medir con un metro de carpintero, echar cuentas con un lápiz que se lleva de la oreja a la lengua, y al final le sale siempre lo justo. Le va a quedar una chabola de primor, pero Blas sabe que lo más hermoso de esa chabola es el hacerla.

Medrano ya no duerme en la renfe, que se lo ha prohibido Jerónimo desde que aprovechó una ausencia de Bellarmina para beneficiársela y quemarle el vello del pubis con un encendedor bic, pubis que ahora parece un campo segado por la muerte, un triángulo cegado en negro, una tierra rala, esquemática y abrasada. Medrano, ahora, por las mañanas, se mete en Casa Casiano a leer el *Financial Times* en inglés, mayormente las cotizaciones de Wall Street, con un vinito negro de Valdepeñas delante, procurando que el vino le dure toda la mañana, pues que no tiene apenas dinero para pagar otra consumición.

—Parece que hoy viene buena la Prensa, señor Medrano.

—Hay que estar al día de lo que se mueve en el mundo, doctor Casiano.

—¿Doctor Casiano? Ustedes los extranjeros es que son demasiado en eso de la educación. ¿Doctor yo, doctor en qué? En echarle agua al vino.

—Ah la vieja y venerable picaresca española.

Y Medrano se mordía el bigote con los labios, al hablar, aquel bigote que encubría malamente la falta de dientes superiores. Las mañanitas en Casa Casiano eran dulces

y tranquilas, con una paz de zinc y un sosegado absurdo de sillas que habían dormido patas arriba, mareadas. Primero entraban unos obreros presurosos y friolentos, siempre friolentos, hasta en verano, a tomarse la espuela de orujo. Luego ya no entraba nadie hasta el mediodía. Medrano disfrutaba de la serenidad y admiración de Casiano: aquel señor que había dormido en la renfe y que leía periódicos en idiomas extranjeros, periódicos con más números que letras:

—¿Y dónde duerme usted ahora, señor Medrano, si no es mala pregunta?

—Por qué me decís eso vos, doctor Casiano. Casiano lava vasos y botellas. Hace un ruido de manantial alegre y cocina triste.

—Nada, mayormente la curiosidad. Porque a usted le echó de la renfe nada menos que el Jero. Aquí en la Hueva todo se sabe. Le echó de la Hueva por quemarle el coño, durante una ausencia, a Bellarmina, la tonta, con un encendedor bic.

—Sí, mirá vos, con éste.

Medrano ha optado por la línea del cinismo, y muestra su encendedor, que lo tiene sobre la mesa de aglomerado, junto al paquete de tabaco fortuna.

—¿Y por qué se dedica usted a esas cosas, señor Medrano?

Medrano vuelve la página amarillecida del *Financial Times*, se lo piensa y le pide otro vino a Casiano:

—Una experiencia, doctor Casiano. Una experiencia nomás. Desde Sade/Masoch y toda la hostia, los intelectuales venimos experimentando con el sexo. Son experiencias científicas, doctor Casiano, vos deberás entenderlo, pibe. De paso, dame otro vino.

—¿Tiene usted para pagarlo?

—No tengo otra riqueza que mis deudas.

—No entiendo la frase, de modo que le pondré el vino.

Medrano se hunde en su viejo *Financial Times*, porque la conversación no le gusta cómo va. Casiano sale de detrás del mostrador y le sirve otro vino al latinoché, con pulcritud que quizá quiere corregir la brusquedad de sus palabras anteriores.

A mediodía, cuando Casa Casiano se llena de macarras y alarifes, cuando Auxiliador se está comiendo en la barra unos callos a la madrileña y unos caracoles con alfiler, más el rioja correspondiente, Medrano deja su dinero justo sobre la mesa —«la propina humilla al que la da y al que la recibe»—, dobla lentamente las grandes páginas del *Financial Times*, como enrollando la bandera abolida de la cultura entre aquella gente ignorante, y se va con destino desconocido, a comer, a no comer, hacia no se sabe dónde. El último sol de septiembre, quieto y tibio, hermoso y con una hora de retraso o de adelanto respecto de los relojes del personal, ilumina y engrandece la pobreza digna, marrón e inútil de Medrano, el señor Medrano, el latinoché.

LOS DE LOS ESTUDIOS del Conde de Barajas salen a la calle en plan de juerga, y se llevan a Juan Gualberto con ellos, Juan Gualberto, hombre, vente con nosotros, que acabamos de montar una película genial oso de oro de Berlín (luego la película pasa inadvertida y aburrida en Berlín), y vamos a celebrarlo, lo cual que Juan Gualberto se deja llevar, que más quiere él, y caminan hasta Casa Lucio, que está cerca, y allí comen y beben y se dicen bromas y los hombres asedian a las mujeres y los falsos hombres a las falsas mujeres. Juan Gualberto, con su gorra de capitán de yate a lo Carlos Barral, parece que hace a todo, y el personal, el distinguido personal, está encantado con él, Juan Gualberto no tiene más que cuarenta años y representa menos, aparte el ojo tuerto.

Después de la cena en Casa Lucio, los cómicos y las cómicas, los productores y los técnicos (Juan Gualberto, que creía conocer a todos, ahora no conoce a nadie), se van en coches y taxis a casa del gran productor de la peli, que Juan Gualberto no sabe cuál es, y allí se monta la orgía a base de coca, esnife, pico, porro y polvo. Juan Gualberto, primero, y sin bajarse más que un poco el pantalón, se tira a una de las criadas de la

casa (ni idea de en qué zona de Madrid se encuentran).

Luego, la criada desaparece, Juan Gualberto, que está casi desnudo, con su cuerpo embarnecido y sucio de cuarenta años, se estira encima de la colcha y ve bebidas a su alcance, toma una copa y bebe. En cualquier caso es alcohol.

Juan Gualberto ya ha tomado tres copas de «eso» y empieza a sentirse mareado. Juan Gualberto se pone la gorra de capitán de yate, que encuentra a mano, a lo Carlos Barral, y se queda dormido. La gorra es como un uniforme que viene a controlar los desmanes de su borrachera. Tiene un sueño feliz bajo el parche de tuerto.

Lo que se ha sabido después es que a Juan Gualberto le violaron o dieron por retambufa quince cómicos, trece de los cuales eran aficionados o principiantes. Juan Gualberto tiene una hemorragia rectal que nadie atiende y, cuando se va a morir, un famoso y una famosa, que no han tenido nada que ver en el asunto, le llevan a urgencias de La Concepción, pero La Concepción, que es una clínica muy seria, les dice que ese hombre se está desangrando por el recto, y que hay que meterlo en la UVI. Juan Gualberto es introducido en la UVI, dormido por los picos que le han puesto en urgencias, y Juan Gualberto, en la UVI, utiliza el resto de vida que le queda en apretar los billetes que le han dado los cómicos y gentes del cine por beneficiárselo. Alguien ha llamado a la pasma, que empieza a hacer detenciones.

Todo era una fiesta de rojos China y estucados como espejos, pero Juan Gualberto ha caído herido de muerte en esa fiesta.

El Jero, avisado misteriosamente, aparece en la UVI:

—Qué ha sido, Juan.

—Nada, una fiesta con mucho color rojo y mucho whisky. Una casa con artesonados y mucho personal. A algunos los conocía, famosos del cine, pero a otros no. Son los que hacen el cine por dentro.

—Yo te vengaré, Juan Gualberto. Ya hay detenidos.

—¿Es que me voy a morir, Jero?

Y el Jero comprende que se ha pasado.

—Bueno, en todo caso, han abusado de ti.

—Se conoce que estoy bueno, Jero.

—Me gusta tu cinismo, Juan Gualberto, pero de todos modos me voy a vengar. La pasma no cuenta.

—O sea que me muero.

Jerónimo responde con el silencio.

La hemorragia ha resultado incontenible. Los vasoconstrictores le han parado el corazón a Juan Gualberto. A primera hora de la noche (de la madrugada), hubo una tertulia de cómicos y cómicas en la sala de espera de la UVI. Ahora ya no hay nadie. Miraban a Jerónimo con miedo y curiosidad. Aquél era un moderno de verdad, y no lo que ellos fingían en las pelis. Sin duda, un compa de Juan Gualberto.

—El jefe del barrio —dijo la más informada.

Luego, Jerónimo se queda solo, pegado a un ventanal de la clínica, viendo un Madrid de rascacielos y ciudades/dormitorio, viendo el «nacimiento» perpetuo de los chalets en la sierra y, finalmente, la grandiosidad iluminada y sombría de la sierra misma.

Juan Gualberto muere de madrugada, de hemorragia del duodeno. Ya no hay cómicos ni cómicas.

—Yo soy un sobrino de Juan Gualberto, de tío Juan —miente Jerónimo a los médicos y los funcionarios—, y quiero que a mi tío lo incineren. Ésa era su voluntad.

—¿Tiene usted algún papel al respecto?

—No tengo ningún papel, pero voy a matar al que no cumpla mis instrucciones.

Y Jerónimo, el Jero, saca un revólver del 38.

Jerónimo asiste a la incineración del alegre y náutico Juan Gualberto. Jerónimo no ha querido avisar a nadie del barrio y figura como sobrino potestativo del muerto. El cura

se fuma una pipa mientras suenan los himnos religiosos, en el cementerio, adonde han ido en coche (Jerónimo, durmiendo). El cura, luego, se pone una casulla encima del suéter. Es fin de semana y tiene prisa por irse a su parcela.

—Las cenizas de Juan Gualberto.

—Se las queda el ayuntamiento.

—Pues vaya una mierda de democracia.

—¿Cómo decía, joven?

—No, nada.

La urna/hucha con las cenizas de Juan Gualberto las meten en un nicho de uno por uno.

—¿Quiere usted alguna inscripción para la lápida?

Jerónimo siente sobre sí el sol dorado de septiembre, como un racimo de uvas que alguien le exprime en la nuca. Vivir es bello. Morir es sólo no vivir. Otro día me tocará a mí.

—No. Nada. Mejor en blanco.

Cuando los sepultureros y los curas se han ido, Jerónimo, el Jero, habla con el muerto, tú te lo has buscado, Juan Gualberto, alternabas demasiado con esa gente de las pelis, no son buena gente, te han matado por retambufa como podían haberte pegado el sida, que hubiera sido peor, he hecho por ti lo que he podido, Juan, tú cazaste a la Juana cuando huía de la Hueva, gracias a ti, la Juana es hoy cal hirviente y nada más, no se merecía otra cosa, adiós, Juan Gualberto, he estado contigo hasta el último momento, ya no existes ni me escuchas, pero les hablo a tus cenizas, tío. Adiós, tuerto. Luego, el Jero coge la Honda (son como las diez y cuarto de la mañana) y sale petardeando entre las sepulturas, con un cuerpo en el alma y la urgencia de un whisky en el estómago.

CUANDO JERÓNIMO LLEGA a la Hueva, en una mañana parda de octubre, se encuentra con que María no está en la renfe, hay ausencias y ausencias, la ausencia de María se nota que es definitiva porque ha dejado un vacío mayor que el habitual. Faltan sus ropas, sus intimidades, sus leches hidratantes (recomendación de la difunta Juana), y sólo queda su perfume entre Serrano y proletario, entre chanel y axila trabajada.

Jerónimo, el Jero, vuelve a Madrid en su Honda, sin decir nada a nadie, no tanto por recuperar a María como por impedir que se vaya de la mui y cuente cosas a la pasma. La moto salta como un caballo por los desmontes que bordean Vallecas, es una cosa que se veía venir, nunca creí en el amor de esa puta, uno trata de redimir al personal y el personal te sale con éstas, la moto coge las vías que van directas a Madrid, avenida del Mediterráneo y todo eso, también, vaya un nombre, qué tendrá que ver esto con el Mediterráneo, pero a una persona sólo se la envenena una vez en la vida, sólo se la seduce una vez en la vida, sólo se la mata una vez en la vida, y la Juana llegó antes que yo, María llevaba dentro el veneno de Juana y se ha ido a Madrid en busca de ese veneno, aparte de que siempre temió acabar como Juana, en la calera, se le notaba en los ojos, se le notaba incluso cuando se corría, estaba espantada, la chica, yo se conoce que le daba un poco de miedo, y Juana le había hablado y hablado de Madrid, la muy choriza se siente en condiciones de hacer una carrera como la de Juana, con los ricos, pero todo eso a mí me da igual, lo que necesito es encontrar a la María antes de que largue, a la pasma o a quien sea, ésa es tonta y en cuanto le den un porro lo cuenta todo, el Jero tiene un plan de actuación, lo primero el barrio de Salamanca, que es de lo que más le ha hablado Juana a la María, vips, multicentros, discotecas, hostias, el corralón del Universal, la penumbra frígida y cara de Pachá, la noche eterna, perpetua, infernal, de Joy Eslava, quizá los cafés del Viaducto, pero no, Juana ha encaminado a María hacia el lujo, no hacia la bohemia, en todo caso, hacia una bohemia de oro, la Honda entra en Madrid por el paseo del Prado, paseo del Prado,

chachá, Madrid florido, chachachá, que unió nuestras vidas una eternidad, de eternidad nada/monada, la María se ha largado por su sitio, a Jerónimo le cuesta admitir que, aun no sintiendo a la María muy segura, no se lo esperaba tan pronto, la rueda de los vips, chicas con piernas color flamenco, largas, delgadas y adorables, los periódicos del mundo, los ejecutivos de paño inglés, la batería de las motos que a cada niño le ha comprado papá, Jerónimo deja su moto entre las otras, con el mismo derecho, pero la moto queda como más auténtica, más trabajada, más guerrera, con sus chapas, sus adherencias y su olor violento y macho, que es el olor de Jerónimo, de modo que los otros, los de la esquina Velásquez/Lista, la miran y la admiran, examinan de espaldas al tipo, comprenden que es de verdad un guerrillero urbano, que no está jugando a eso, como ellos, pero les da lo mismo, y sólo les inquieta un poco el que las niñas de minifalda de Montesinos y braga visible se hayan quedado un poco tiesas con la aparición de aquel marciano.

Pero el Jero busca a una sola.

Así todos los vips de Madrid, los drugstores muertos, las discotecas de la luna, como las ya citadas y otras, y las disco del sol, con mucha luz y mucho tecnotpop. Así las boutiques de Serrano, Velásquez, Goya, Príncipe de Vergara, todo eso, con sus bares de hombres solos, de banqueros bebedores, aristócratas conspirantes y niños bien que van de antiguos y juegan al póker de dados. El Jero tiene la intuición de que María se ha venido a las husmas del Gran Madrid, barrio de Salamanca directamente, nada de Gran Vía, que es cosa de putas de provincias y suecas perdidas sin collar, porque se lo han robado. Nada de Huertas ni Viaducto, mundos de poetas pobres, picados tristes y orgías de litrona. «Eso es que ya no tiene un pase —se dice el Jero—. A ésta le metió Juana el barrio de Salamanca en la cabeza».

Tras todo un día de rodar por Madrid, Jerónimo mete su Honda en un aparcamiento y se va a Sol a sentarse en el suelo, frente al edificio del reloj, Comunidad de Madrid, antes Dirección General de Seguridad, en cuyas jaulas él estuvo alguna vez, antes Ministerio del Interior o cosa así, o Presidencia del Gobierno o la hostia, el Jero ha bebido mucho, se ha picado algo, en los retretes de los bares mayormente, ha comido poco, porque el Jero es de poco comer, ha fumado mucho marlboro, y algunos puros, la ciudad le da hermosas vueltas ovoidales en la cabeza y ya no sabe si es la mañana de un domingo otoñal y podrido o la tarde de un lunes con sol pobre y árboles milagrosamente verdes, como andan siempre los árboles de Madrid.

Jerónimo está sentado en la esquina de Carmen/Sol, en la posición del loto, con la cabeza caída, y hasta algunas personas le han echado monedas, al pasar, ya que, sin proponérselo, ha entrado en el friso de los mendigos, hombres maduros con el equipaje por cabecera, que duermen entre el griterío, y mujeres feas con gabardina amarilla, que duermen en los bancos, con la cabeza caída para atrás, la impedimenta sobre los muslos, como un embarazo, y unas gafitas de alambre.

El madrileño echa monedas a los pobres como echa barquillos a las palomas, sin ningún espíritu caritativo, por mera rutina, porque lo ha hecho siempre. Unas monedas caen dentro de su casco de motorista, que se ha quitado por comodidad, claro, no por incitar a caridad, y el sonido del metal sobre el metal le despierta, levanta la cabeza, mira el fondo del casco, donde se han reunido unas cuantas monedas doradas y de color plata, el casco tiene un interior rojo, hermoso, bello, caro ¿cómo la gente puede ser tan gilipollas que no repara en que un mendigo no puede tener un casco así?

Si es que dan por dar, porque es la costumbre, antes daban por tranquilizar su alma cristiana y ahora por tranquilizar su conciencia democrática, o ni siquiera eso, es octubre, o un mes parecido a octubre, es otoño en un Madrid corazonal, comercial y bullicioso, Jerónimo no sabe si ha pasado un día o han pasado dos desde la muerte de Juan Gualberto, el tuerto marítimo de la plaza del Conde de Barajas, el amigo de los cómicos, que al final le han matado a polvos, se conoce que tenía algo en el recto,

aunque maricón no era, al menos declarado. El Jero mira frente a sí, ve El Corte Inglés y le hace una pingaleta el corazón, María se dedicaba a robar bragas y otras prendas íntimas en Simago de Vallecas, María, mientras le sale algo, está robando a tope en El Corte Inglés de Madrid (lo que pasa es que hay muchos), para usar y para vender.

El Jero recoge la calderilla del casco, irónicamente, y se la va dando al friso griego de mendigos de la calle del Carmen, del maduro que duerme sobre su equipaje, como ya se ha dicho, a la madura con impermeable amarillo y gafitas de aro. Luego entra en El Corte Inglés, con el casco en la mano, y recorre todas las plantas, mayormente las femeninas claro, pero María no está, bueno, es igual, mañana seguiré buscando, una tienda por otra, María, recién llegada a Madrid, sin conocer a nadie, tiene que haber empezado por el principio, o sea los robos de ropa en El Corte Inglés.

El Jero no sabe cuántos días han pasado, cuántas noches han pasado, desde que metió la moto en un garaje de las Descalzas o por ahí.

Pero el Jero cree tener la pista segura de María, ladrona de bragas, saca la moto del aparcamiento, come bocatas de calamares frescos sobre la marcha (los mejores en la calle Infantas), y recorre todas las sucursales de la famosa firma en la ciudad. El Jero nota que le reciben con espectacularidad, con animación, con respeto. El dinero siempre se nota, y el Jero tiene ya una buena pastora o pastizara en su refugio, la renfe, y otros refugios. El Jero es un delincuente que ahorra para el día de mañana, en un Corte Inglés inesperado, cualquiera, descubre a María, inconfundible, de espaldas, cambiando de percha unos vestidos, hola, María, no jodas, Jero, tú aquí, te has ido sin decir palabra, pero pensaba volver, no lo dudo, María, pero te amo y necesitaba verte, ¿cómo me has encontrado?, buscando, o sea, el sentido común, qué ibas a hacer tú en Madrid sino robar bragas en El Corte Inglés, ahora eliges una braga, si quieres seguir viva, te metes en el probador y ya me meteré yo a mi manera, espérame ahí o eres mujer muerta.

El Jero conoce ese Corte Inglés como todos los de Madrid, sabe hasta dónde llevan las escaleras mecánicas, hasta ningún sitio, y ese sitio es su sitio, María, asustada, con mal pulso, elige una braga cualquiera y se va a los probadores, el Jero remolonea por allí, le da un cigarrillo a la dependienta, la pellizca un carrillo y luego le dice:

—Voy a ver cómo le sienta al monstruo de mi señora el monstruo de braga que ha elegido.

Entra en el probador de María y la encuentra desnuda, sólo con una braga roja, gótica, mínima, de encaje, Jerónimo piensa matarla allí mismo, pero hace algo mejor, preciosa la braga, María, te la habrías llevado por el semblante, ahora te la quitas y vamos a follar un poco de pie, aquí en el probador, viéndonos en los espejos, ¿o es que ya no me quieres?, María presiente algo malo, pero se quita la braga, sabe que al Jero le gusta la docilidad femenina, es muy machista, como habría dicho la pobre Juana, y ahora estoy en su poder, cómo ha podido encontrarme este cabrón, el Jero deja caer sus pantalones y se beneficia a María sujetándola en alto, por ambos glúteos, en una cópula repetida banalmente por el bastidor de espejos, María llega al orgasmo, no puede remediarlo, y hasta piensa si el Jero estará enamorado de ella y no la va a matar por su huida:

—Sigues follando mejor que nadie, Jero.

—Ponte la braga y vístete. Yo pago la compra. Por un día no tienes que robar. Eres mi chica. ¿O no?

Y en la interrogación estaba todo el terror que inspiraba el Jero.

Jerónimo coge a María de un brazo y la mete en la escalera automática. María huele bien, huele mejor, María huele a Juana, ¿y adónde vamos ahora?, a comprar más cosas, pero el Jero sabe adónde lleva este tramo final de la escalera mecánica, llegan, solos, a un ático/almacén de maniqués destrozados y cartonajes inmensos y sin orden, quítate la braga roja, María, que aquí quiero follarte otra vez, María se quita la braga,

aunque con pocas esperanzas, y le echa a Jero los brazos al cuello, más por terror y desesperación que por deseo.

El cuchillo entra como la picha, la picha entra como el cuchillo ¿qué es lo que ha entrado en el bajo vientre de María?, todo tan lento, tan dulce, tan amoroso, tan final, tan sangriento, el Jero tiene el arte de que sabe matar sin dolor, tira el cadáver de María por la escalera mecánica de bajada al piso anterior, tira la navaja (realmente era una navaja) por el retrete de la planta, se lava las manos y se va despacio, limpio, por la escalera de mármol, la de toda la vida, a tomarse un whisky seco en la cafetería, seguro que le van a ofrecer ballantines, como siempre, pero el Jero prefiere chivas, sólo que chivas no tienen.

El cuerpo muerto, ensangrentado y revuelto de María es descendido por la escalera mecánica hasta la planta anterior, una planta ya comercial, donde María muerta rueda por el impulso del instrumento y queda tendida, jovencísima y cadáver, a los pies de la gente, entre el espanto del personal. Tiene la falda al vuelo y se ve que no lleva braga. Un sexo joven y sangriento al aire. Las madres apartan a sus hijos para que no lo vean. El Jero, o sea Jerónimo, de la Hueva, en la cafetería de los grandes almacenes, degusta su ballantines seco y acaricia en el bolsillo del tejano una braga roja y mínima, de encaje sutilísimo, que María, la pobre, sólo ha utilizado, sólo ha pasado por su coño un cuarto de hora o así.

OCTUBRE ES FRÍO Y VENTOSO en el patio uno de Carabanchel, octubre es soleado y poco hospitalario en el patio uno de Carabanchel, octubre es grande y hostil en el patio uno de Carabanchel, tú te cepillabas a Llago, Fedor, yo sé que tú te cepillabas a Llago, a alguien hay que cepillarse en la cárcel, Jero, las mujeres están en Yaserías, por si se te había olvidado, Jero, y Fedor tiene la voz suave y grave, silente, así como el Jero tiene la voz dura y macho, doliente, pero no es sólo eso, Fedor, tú mataste a Llago, por celos o por lo que fuera, y el otoño zumba en el patio de hormigón y los dos hombres caminan despacio de un extremo a otro, ida y vuelta, ida y vuelta, saben que un soldado de garita les está encañonando, quizá cuatro soldados, uno en cada garita, pero les da igual, tú mataste a Llago, Fedor, el Llago, que era un niño, lo he criado casi a mis pechos, no tenía huevos para suicidarse, estás celoso de Llago, Jerónimo, seguro que te lo beneficiabas en la Hueva, conozco aquello, como sabes, procedo de allí, Fedor, me estás llamando maricón, te mato ahora mismo, te mato aquí mismo, no seas tan hombre, Jero, te creía más educado por la edad, hay cuatro soldados enfocándonos ahora mismo con sus fusiles de la otan, que les tienen encantados, menudos juguetes, tú no vas a hacer eso, Jero, tú no vas a hacer eso, Fedor camina despacio, pasea con su cabeza dostoiievskiana hundida entre los grandes alones de su chaquetón marinero, el Jero va a su lado, vestido de viejo rockero, Fedor tiene los pies pequeños dentro de sus zapatillas de béisbol, muy viejas, y el Jero tiene los pies grandes, alargados por la puntera de sus botas de rock, Fedor no es bajo, pero lo parece, porque se encoge, Jerónimo es alto, pero se encoge un poco también, como todo alto cuando habla con un bajo, te digo que te voy a matar, Fedor, no te pongas dramático, Jero, ése es el lenguaje que usáis en la calle, aquí estamos ya muy suavizados por las hostias y nunca usamos palabras tan fuertes (quedó en suspenso si eran las hostias de la comunión obligada o las hostias/bofetada).

Una cosa puedo prometerte, Fedor, que si alguna vez vuelvo aquí, que si alguna vez vengo a parar aquí, para siempre, porque lo mío es para siempre, lo primero que voy a hacer es matarte ¿cómo prefieres que te mate, Fedor, estrangulándote con las manos, colgándote de una sábana, como encontraron a Llago, dándote de patadas en los huevos o de un tiro?, yo sé cómo meter armas en el trullo, ya me conoces, no te pongas literario, Jero, porque has leído poco y lo haces muy mal, aquí el literario soy yo, dudo de que vengas nunca aquí a quedarte, y menos a matarme a mí, yo me iré

cualquier día, aunque no sé cómo, porque lo mío es perpetua, pero yo tengo que follarme a la Beatriz Escudero antes de morir, por mis muertos, el patio se va poniendo negro con el gris de la tarde, el Jero entra en Carabanchel como quiere y cuando quiere (se le tiene por un delincuente reinsertado), pero ha llegado la hora de irse, los dos hombres pasean arriba y abajo un cuarto de kilómetro de hormigón, Fedor va muy hundido en las alas de albatros de su chaquetón marinero, el Jero va de rockero viejo, ya se ha dicho, pero dispuesto a todo, yo a ti tengo que matarte, Fedor, tú has ahorcado a Llago, que era un niño, parece como que estabas enamorado de Llago, Jero, eso ya me lo has dicho y sólo por eso podría matarte, eres un hijo de la gran puta, Fedor, cuéntame cosas de tu madre, Jero, pasean despacio contra el viento de octubre, que siempre les da de cara, vayan en una dirección o en otra, hay sol frío en el otoño, pero sólo hay sombra, ya, en el patio uno, ¿quieres tomar un café en mi celda, Jero?, eso te tranquilizaría, quiero morir matándote, Fedor, porque eres un hijoputa que no hizo más que matar hasta que le paró la pasma, ¿estás ahora con la pasma, Jero?, puedo estrangularte aquí mismo por eso que estás diciendo, hay cuatro maderos que no lo consentirían Jero, soy como Luis II de Baviera, el Poder está conmigo, soy el interno más valioso de Carabanchel y no parecen dispuestos a perderme, Jero, los que no tenéis cultura es que no tenéis cultura, y ya está, el Jero se experimenta impotente y, por tanto, vuelve a los argumentos elementales, tú mataste a Llago, Fedor, yo te mato, tú me matas, qué argumentación tan elemental, parece el ajedrez (Fedor encuentra elemental el ajedrez), ¿no tenías cosas más sutiles que decirme cuando has solicitado la visita, Jero?, vete a tomar por saco, Fedor, con mucho gusto, Jero, no te mato por los maderos de las cabinas, Fedor, favor que te debo, Jero.

El viento de otoño iba ennegreciendo el mundo, cuando los dos hombres se separaron.

AUXILIADOR, enterado por el Jero de la muerte de su hijo, se encierra en Casa Casiano y pide gambas al ajillo, callos a la madrileña, chorizo entrecocado, caracoles de sacar con un alfiler, de todo.

Y todo lo enriquece con un valdepeñas duro y negro, espeso y fuerte, y come y bebe, llorando sobre los berberechos del aperitivo, llorando sobre la muerte de su hijo, habido de puta espuria, pero que salió tan estilizado y señorito. Auxiliador esperaba más de su hijo (se conoce que la puta era de buena familia) y no sabe si lo que está llorando es el fracaso mortal de Llago o la pena de que no llegase adonde podía haber llegado, con su presencia y su melena: chulo de marquesas, macarra de millonarias, capricho de millonarios.

Casiano, que comprende la pena de Auxiliador (todo buen tabernero comprende a sus clientes como hijos), le va sirviendo a Auxiliador las raciones de callos, de valdepeñas, de morcilla, de champi caro, que el barato envenena, de todo lo que pide, porque sabe que Auxiliador, el mejor profesional de la mendicidad en Madrid, necesita esta noche olvidar y olvidar. Auxiliador, de vez en cuando, llora sobre los callos a la madrileña.

Auxiliador se está proporcionando este festín funeral para él solo, ya que Secundina no era madre del chico, ni nunca lo tomó en serio. Auxiliador llora por el hijo hermoso, romántico y bello, por el hijo que pudo tenerlo todo, con buena mano para las mujeres, o para los hombres, que para el caso es lo mismo, y se ha malogrado por un crimen, pero quién le mandó a Llago hacer eso, con lo que nos costó bautizarle.

Auxiliador se llena la tripa de callos a la madrileña, calamares en su tinta y otras cosas. La lujuria de Auxiliador es la comida, como la de tantos. Pero Auxiliador llora y se come sus propias lágrimas, con vino madrileño de valdepeñas. Así están las cosas en Casa Casiano cuando Medrano lee un *Financial Times* con tres meses de retraso, en una mesa solitaria, y Auxiliador, el mendigo sabio del Palace, llora la muerte de su hijo, por suicidio, linchamiento general, personal o lo que sea.

Auxiliador se lo ha preguntado al Jero:

—Tú eres tan cristiano que visitabas de vez en cuando a mi hijo. Pero jefe, en serio, ¿mi niño mató a la vieja?

El Jero tira el cohiba mediado y enciende otro.

—Eso nunca se sabe, Auxiliador, ni la pasma lo sabe.

—Jero, jefe, hijo mío. ¿Llago se mató o le mataron?

Y el Jero, mientras tira de su puro, duda qué respuesta puede ser más confortadora para el viejo.

—Escucha, Auxiliador, que has venido a la renfe a escucharme, y en la renfe se dice la verdad de la vida, o sea la verité. A tu hijo, Llago, a quien yo quería casi tanto como tú, y le veía gran porvenir en Madrid, lo asesinaron los resentidos de la cárcel, los que querían follárselo, quienes no deseaban que volviese a salir, y tengo nombres, Auxiliador, y un día reivindicaré a tu hijo.

—Gracias, Jero, cuánto alivio me das. Me alegro de haber venido a la renfe. Pero el Jero está lanzado:

—Escucha, Auxiliador, tu hijo hubiera hecho grandes cosas, las que quisiera, en Madrid, con las millonarias yanquis y con las princesas europeas. Llago era más hermoso que nadie, pero puso su carta a una vieja adivina, porque ignoraba sus posibilidades. Si Llago se pone a mi servicio, otro gallo le hubiera cantado. Tu hijo se ha suicidado de asco, Auxiliador, era demasiado puro para este mundo, no tengas mala conciencia, yo estuve en la quema de sus miserias y te las hubiese traído si me hubiera dejado el Ayuntamiento. Cuando quieras vamos a visitar la lápida. El Llago está en el columbario. De momento, reza por él y por mí, que a los dos nos hace mucha falta. El Llago murió como un hombre, como un hijo tuyo.

Y Auxiliador volvía a llorar su pena sobre los callos a la madrileña de Casa Casiano, mientras las botellas de valdepeñas le van dando un sentido pánico de la vida y de la muerte. Su hijo ha muerto, pero desde algún sitio le mira. Él vive muerto, pero desde algún sitio ve a su hijo vivo, con la moto a tope y la melena femenina al viento.

Auxiliador llora y come, come y llora.

BELLARMINA, instalada en el departamento de lujo de la renfe, toca la guitarra, se ducha varias veces al día, anda desnuda por el vagón, inconsciente de que la ven los otros inquilinos, y espera siempre la vuelta de Jerónimo.

—¿De dónde vienes, Jerónimo?

—De matar a una mujer.

—¿Por qué juegas a malo, Jerónimo?

—Tienes razón, Bellarmina, a lo mejor juego a malo.

Bellarmina está desnuda, tendida en la litera de lujo de la renfe, o los Grandes Expresos Europeos, o el Gran Simplón o lo que coños sea esto. Bellarmina tiene el pelo largo y rubio (ya se ha dicho), la cara rectangular, con muchos pómulos, los ojos más inteligentes que grandes, la nariz perfecta o imperfecta, según se mire, en todo caso, grande, la boca larga y hermosa, el cuello delgado, fuerte y frágil, una esquelatura casi de hombre, con las manos grandes, los hombros anchos y rectos, los pechos breves y los pies fuertes.

Donde Bellarmina es más mujer es en la cintura, de cintura para abajo, la cintura delgada y movediza, las caderas anchas (más hueso que carne, cosa que al Jero le excita mucho), el vientre plano y los muslos grandes, anchos, interminables, sinfónicos, como una Atlántida de leche o una sinfonía muy pura.

Bellarmina tiene el vello del pubis rubio y escaso, quemado por el bic de Medrano, como un campo ralo, como una tierra arrasada, como una plaza conquistada. El Jero roza su barba de tres días contra ese vello, se come ese coño inmenso, cósmico, acogedor y tonto, y luego hacen el amor, inevitablemente.

Después del amor, Jerónimo permanece echado en la litera, desnudo, mirando por la

ventanilla el sol plácido de octubre. Bellarmina, también desnuda, toca la guitarra, *bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez*, Bellarmina se conoce que, por su retraso mental, o lo que sea, aún no ha llegado al rock: está en las canciones de los sesenta, cuando el Jero era un niño.

Reloj no marques las horas, porque voy a enloquecer, etc. Bellarmina toca con pulso y sensibilidad, y sus manos grandes y secas, de hombre, abarcan toda la guitarra. *Yo no comprendía cómo te quería en tu mundo raro, sutil llegaste a mí, como la tentación, llenando de inquietud mi corazón, y hoy mi playa se viste de amargura porque tu barca tiene que zarpar a surcar otros mares de locura donde tu vida puede naufragar*. Bellarmina sólo pone la música, pero la memoria de Jerónimo va poniendo la letra. Interpreta cada canción como un mudo mensaje de amor de Bellarmina. En principio no quiere enterarse. Luego comprende que todo es vanidad masculina, la incurable vanidad macho.

Bellarmina está tocando la guitarra y nada más. Todo eso no va con él. A lo sumo, Bellarmina toca para él, como un homenaje vago y atardecido. Las letras de las canciones las pone él. La música la pone Bellarmina. Lo que pasa es que la música dice mucho más que la letra. Es una intuición repentina que tiene.

Bellarmina. Qué sería de los poetas sin los músicos. Qué sería de la poesía sin la música.

—¿De dónde vienes, Jerónimo?

—De matar a una mujer.

—¿Por qué juegas a malo, Jerónimo?

Ah, la penetrabilidad de los tontos.

—Tienes razón, Bellarmina, a lo mejor juego a malo.

—¿Era de la Hueva?

—Era de la Hueva.

—Entonces ya sé quién era.

—¿Por qué no sigues tocando la guitarra, Bellarmina?

—Tú no me crearás infeliz, como el resto de la Hueva.

—Si te creyese infeliz o inocente no estarías aquí conmigo, Bellarmina. Yo necesito mujeres que se enteren de mí, Bellarmina.

Y Jerónimo enciende un cohiba por calmar la furia que le ha asomado de pronto.

—Por eso, porque me entero de ti, quiero saber a quién has matado hoy, y me parece que ya lo sé.

—Si lo sabes, seguramente estás equivocada, y si no estás equivocada, olvídale. Puedes ir a parar a la calera, como otras.

—Tienes que esperar a que me vuelva a crecer el pelo del coño.

—¿Por qué?

—Porque a los hombres os gusta el pelo del coño, y a mí me lo quemó Medrano, el latinoché, con un bic. Es un pirómano de mujeres. Un caprichoso. Le hubiera gustado verme arder entera. Seguro que es impotente.

—¿Crees que sólo recurren a esas cosas las impotentes?

—Sí.

—¿Hubieras preferido que Medrano te follase? —pregunta el Jero con un repunte de celos.

—No hubiera preferido nada, porque estaba ida, pero Medrano me da asco con su falta de dientes y su bigote mordido y lleno de saliva. Y su acento raro, como en las pelis de Cantinflas. El Jero tranquiliza sus celos, el crepúsculo de octubre se torna espectacular tras las grandes iniciales de la ventanilla, en un cielo seco, azul y sangre, *tú me acostumbraste a todas esas cosas, por qué no me enseñaste que son maravillosas, sutil llegaste a mí como la tentación llenando de inquietud mi corazón; yo no comprendía cómo se quería en tu mundo raro...*

Bellarmina, obviamente, ha vuelto a tomar la guitarra.

AUXILIADOR TRABAJA su muerte, viuda estable, buena presencia, y le saca hasta la diadema de boda, el pueblo tiene hambre, la Hueva tiene hambre y van a pie todos, Auxiliador trabaja su muerto, caballero formal, buenas costumbres, aseo diario, formalidad y comportamiento, y le saca hasta el broche de oro alemán de los calzoncillos.

Medrano, más alejado, trabaja su niña, enterrada recién, aquella misma tarde, una de catorce, Froilancita de san Plácido, que voló al Señor, etc., con el único afán de beneficiársela caliente, sabe que eso no le molesta al Jero y lo consiente, Blas trabaja su madura, también recién, aunque él no dice recién, porque es de por la parte de Asturias, y nada latinoché, Bruna Santa Emilita, según la placa, una viuda con posibles, alquilaría habitación higiénica, ascensor, problemas cardíacos, subidabajada, hasta que la desentierra y se la folla, todavía con algún calor el cuerpo blanco, el corazón blanco de la viuda, como los corazones que le gustaban a Laforgue, aunque Blas, naturalmente, no ha leído a Laforgue, ni a nadie.

Miércoles, cinco de octubre. El reloj de la luna, que es como un reloj de Caja de Ahorros, está a punto de dar las seis. Cada quien trabaja en su muerto, cada cual trabaja en su muerte. Juan Gualberto, el cojo, el tuerto, el de la gorra marinera y barraliana, ya no está en condiciones de trabajar a nadie, la justicia ha hecho justicia, pero la justicia de la justicia no sirve para nada, Jerónimo lo sabe, en su apartamento/departamento/litera duerme Bellarmina, musical y tonta.

Así las cosas, a miércoles cinco de octubre, bajo una luna fría como un sol cansado, todos coinciden en la Almudena, un poblado que vive de los muertos, la Hueva, como los primitivos, como los egipcios, como tantos. Se ha probado que algunas tribus vivían de comerse a sus muertos.

Cuando descubrieron la sal, el muerto les duraba mucho más, de modo que la sal fue la primera moneda, salario viene de sal, luego hicieron lo mismo con los animales, ponerlos en salazón, que estaban muy buenos, y ahí se acaba la antropofagia, porque resulta que el jamón de jabalí es más sabroso que el jamón humano.

De modo que si el hombre no sigue comiendo hombres, no es por ningún principio moral, sino porque el jabalí resulta más sabroso que el compatriota. A partir de la sal nace toda una ética —el hombre es sagrado para el hombre—, pero sólo a partir de la sal.

Nos gustaban más lo jabalíes que los humanos. Lo demás es teología y literatura.

En la Hueva no es que se coman a los muertos, que han pasado muchos siglos, sino que les roban, los follan, hombres y mujeres, los profanan y de eso van viviendo. Luego, cada cual a su apaño, del parking del Palace a la chabola que te hago a cambio de unas botellas de tinto. Pero el sustento fundamental de la Hueva, un poblado que no hace nada, son los muertos, una variante del culto egipcio, nada más que una variante, pero igualmente respetable, a efectos culturales.

Los egipcios querían lucrar la bendición y la gracia de sus grandes muertos. Los vecinos de la Hueva sólo quieren llevarse un reloj contrachapado. Estamos en la misma línea cultural, aunque en distinto estadio, uno lo lamenta, ay.

Miércoles, cinco de octubre de mil novecientos ochenta y tantos. Casi todos los vecinos de la Hueva están en la Almudena, coinciden en el cementerio, trabajándose cada uno a su muerto, porque el Gobierno anuncia restricciones y el personal ya no aguanta más. Hay que comer lo que sea y de lo que sea. Jerónimo lo dirige/preside todo plácidamente, lúcidamente, con su gran linterna que controla la actividad de cada uno y la posible venida de los guardias, sepultureros, pasma, etc. Ha sido un saqueo espontáneo e inesperado. Jerónimo, para que no se le vaya de las manos, decide ponerse a la cabeza.

Este saqueo espontáneo a los muertos ha unido a la Hueva más que ninguna otra cosa. Era el secreto de la familia, que se ha hecho fiesta general, por la necesidad y el hambre. Mañana habrá que vender todo lo robado. Jerónimo les ve irse a sus casas, cargados de preseas o con el sexo dormido, alumbrando con su linterna implacable todo lo que pasa y, de pronto, ya en la litera, al lado de la dormida y pura Bellarmina, comprende la violencia y el absurdo de su vida, una comunidad que vive de los muertos.

Enciende un cohiba, fuma, lo deja en el cenicero y se duerme. La luna es redonda y pictórica en el cielo azul y sereno de un octubre claro, limpio y bueno.

CABALLERO ESTABLE buena presencia solicita pensión completa en casa honorable, viuda en edad, joyas y papel de viudas, cedería peineta Carey a buen precio, joven trabajador y con ganas de hacerse un porvenir aceptaría cualquier trabajo tipo finanzas, especializado en contabilidad por partida doble, jubilado con buena salud, salvo trombo, alquilaría alcoba viuda a señora seria, señorita soltera buena edad traspasa mercería en Pontejos por no poder atenderla, pregunten condiciones sin compromiso, caballero parapléjico, buena presencia, fortuna personal, busca enfermera bien remunerada para todo el día a ser posible joven, criada para todo ofrécese, cocinera casa grande trabajaría en gran hotel o restaurante dos estrellas, sabores garantizados, masajista por horas prácticas en Tailandia disponible caballeros y damas se admite tarjeta visa.

Los muertos, los muertos, es una noche de agosto, finales de mes, con luna de calavera y fuegos por el cielo, los muertos, los muertos, Jerónimo, que se han venido los muertos de la Almudena a devolvernos la visita, que piden lo suyo, que quieren las joyas, la ropa, las dentaduras, todo, Jerónimo se incorpora en el techo de la renfe y echa su linterna de lejos contra un macizo de sombras que se mueven por la parte que, efectivamente, viene de la Almudena, son los muertos de las mondas, de los deshueses, de los continuos cambios de residencia, de la fosa común, viuda con buena renta busca pensión honrada, se exige seriedad y precios arreglados, la masa de los muertos, lívida en la linterna de Jerónimo, emite un murmullo confuso y oscuro, del que se escapan las voces agudas de las viudas, como el grito de una tiple en un concierto de bajos.

Masa de muertos, romería de profanados, caballeros estables, viudas formales, una cosa blanda y dulce (el dulzor de la muerte) que avanza hacia el barrio, donde hay pavor y velocidades. Los de la Hueva se agrupan al pie de la renfe, bajo la imagen de Jerónimo, que no deja de enfocar con su linterna el légame caminante y en pie de las caras de arcilla blanda y las ropas de sangre negra y viva. Del grupo de los vecinos surge un coro distinto al de los muertos, un coro de voces macho que vacilan y voces hembra que se encampanan.

Al menos, Jerónimo ha conseguido reunir al pueblo a sus pies, que cesen las carreras y los gritos.

—Tranquis, gente, que yo les hablo.

Y Jerónimo baja despacio la escalerilla vertical de la renfe, con la linterna encendida a la cintura, más un puñal y un revólver haciendo manojo.

—¡El Jerónimo va a hablar a los muertos!

—Vienen a por lo suyo.

—¡El Jerónimo es sobrenatural!

—No será para tanto.

—Pero yo no creo en los espíritus.

—No son espíritus. Son nuestros amigos, los muertos.

—Eso, nuestros clientes.

Caballero estable, etcétera. Jerónimo camina despacio hacia la masa sombría y

moviente, blanda y peligrosa, que es un puro gemido en pena, con algo amenazador en el timbre. Jerónimo no deja de enfocarles con su poderosa linterna, de modo que las manos de tierra se mueven para proteger las caras de tierra. Detrás de Jerónimo, a distancia, viene todo el pueblo. Jerónimo, así, camina entre dos masas. Parece una cosa de teatro. Jerónimo se detiene a tres metros de los de la Almudena y pasea su linterna de foco cruel por las cabezas, las manos y los cuerpos de la masa visitante, de la multitud gimiente y como purgatorial. Bueno, tampoco son tantos. Unos quince o veinte.

—Habéis asustado a mi gente, porque la gente siempre cree en los muertos. Pero vosotros sólo sois los parientes, los deudos, los derechohabientes de los muertos, más algún entrometido que ha oído hablar de profanaciones y todo eso. (A Jerónimo sólo le responde, por parte de la ingencia purgatorial y visitante, un vago coro de gemidos como protestas). Los sepultureros no vienen con vosotros, ni los guardias. (Y la linterna es como un cine que va circulando por sobre las pelucas de solterona y las gardenias muertas de caballero estable). Os han informado de que aquí se profana a los muertos, a vuestros muertos, y venís a tomaros la justicia por vuestra mano. Pero no tenéis nada que hacer, cabrones, putas, viejarracos. Estáis tan muertos como ellos. En eso tenía razón mi gente al asustarse. Esos muertos son nuestros. Y lo que os espera a vosotros, muy pronto, es venir a parar aquí, muertos ya por dentro como estáis, y que nosotros les quitemos los anillos a las viejas y le echemos un polvo a la niña recién enterrada por la tarde. (El coro de los muertos va siendo al mismo tiempo más extenso y más débil). Si queréis, empezamos ahora mismo, para ir abreviando^[3]. De todos modos, las primeras cosas se las van a llevar los propios sepultureros y los que guardan el cementerio, y los albañiles y los canteros y los marmolistas. A nosotros sólo nos quedan las sobras de las sobras.

EN CORREOS falta un cartero, que es el cartero de los giros de la Celsa y la China y la Hueva y la Emilia. En Correos falta un cartero, el Lino, y en seguida dan parte.

La policía hace una nueva batida por la Emilia, ay ciudad de los gitanos, quién te vio y no te recuerda, mata a unos, tortura a otros y se lleva detenidos algunos. Pero la Emilia había echado el muerto a la Hueva, y entonces se siente ultrajada, la Hueva les ha traicionado, y deciden cargar contra la Hueva, en una noche otoñal de luna gorda y cielo inmediato.

El ataque es por sorpresa, viene de las enramadas, y cruza la Hueva como huracán de chillidos y cuchillos. Jerónimo, que ha comprendido a tiempo, apaga la linterna, se mete en la renfe y cierra por dentro. Los gitanos van al bulto. Han visto una masa de gente en la plaza y cargan contra ella. Los vecinos de la Hueva se esconden, los traidores, los que tiraron al cartero al agua, hasta que apareció en el centro de Madrid, llevado por la corriente, con el libro de los giros sobre el pecho, como una Biblia, sujeto con ambas manos. En la oscuridad cerrada de la noche de octubre, los de la Almudena tampoco entienden nada, apenas se percatan de cuál es la legión agresora, quizá piensan que la Hueva es un poblado de gitanos, por los gritos.

Hay relámpagos y navajas, huidas y muertos, calles de sangre y deflagraciones en la sombra. Los huéspedes de la Almudena se retiran lastimeros. Los gitanos vuelven despacio hacia la Emilia, con las navajas en la mano, sin brillo y viejas de sangre. Van mirando para todas partes. Han hecho justicia. O eso creen. El Jero, con Bellarmina, les mira desde el interior de la renfe, en la oscuridad. Todavía tiene la linterna apagada en una mano. El gran redondel de polvo y noche queda en paz. El poblado ha comprendido y nadie asoma a curiosear.

—¿Qué ha ocurrido, Jero?

—Que han venido los muertos a visitarnos, Bellarmina.

—¿Los muertos de la Almudena?

—Claro. Nuestros muertos. Los muertos de quienes vivimos. Porque nosotros vivimos de los muertos. Por eso aquí no trabaja nadie.

—Tú has estado muy valiente con los muertos, Jero. Con la luz de tu linterna, tenían toda la cara de muertos.

—Los muertos siempre vuelven, Bellarmina, amor. Los muertos no perdonan.

—¿Y quién ha atacado a los muertos?

—Lo sabes igual que yo. Eres tan de la Hueva como yo. Los gitanos nos han atacado y se han creído que nosotros éramos ellos, han atacado a los muertos. Por eso apagué en seguida mi linterna. Para que nadie conociese a nadie. Son todos unos gilipollas. Se han acuchillado entre ellos. Los gitanos llevan entre cuatro a un herido. Y nos han dejado varios muertos muertos. Hay que echarlos mañana a la calera.

—¿Pero eran muertos o vivos?

—Ni yo mismo lo sé ya, Bellarmina, amor. Vamos a dormir, que tengo sueño. Y Bellarmina se desnuda de la guitarra como de un traje andaluz.

ENTRE OCTUBRE Y NOVIEMBRE, el día de los fieles difuntos o de todos los santos o cosa así, Auxiliador y Secundina, más otros matrimonios, parejas y familias del barrio, se acercan a la Almudena (a las estribaciones que les quedan cerca y les son familiares) a rezar por los muertos y visitar santamente las tumbas que han saqueado todo el año.

Se ponen de rodillas junto a una tumba de alguna solemnidad, dentro de la pobreza de la zona, a los pies del muerto, y rezan por éste, mezclados generalmente con los familiares verdaderos de los difuntos, y, por supuesto, mucho más compungidos que esos familiares. Como que ellos han vivido todo el año del muerto que ahora rezan.

Esta presencia de extraños no sorprende a nadie, ya que hay gente muy piadosa, zascandil y enlutada, en la tarde otoñal y quieta, que va y viene buscando inspiración en otras tumbas que las propias, como si no tuvieran bastante con llorar y rezar delante de la cruz y la foto de su difunto o difunta (o bien dígase en plural, si así conviene). Es ya como un manierismo del catolicismo esta generosidad, este sobrante de pena, que no se ha agotado en el dolor familiar y necesita realizarse hasta el fin en el dolor de los desconocidos, vivos y muertos.

Entre flores de muerto, que tienen un olor morboso, viudas de alcanfor y ancianas que sin duda alcanzan mucha más edad que los desaparecidos a quienes vienen a rezar, las gentes de la Hueva pasan inadvertidas, y hasta hay quien les agradece mucho ese dolor por las ánimas desconocidas, puesto que la muerte es otra forma de propiedad. «Cedámosle el muerto a estos señores tan piadosos, por un rato».

A los necrófagos más pobres, como Medrano o Blas^[4], la gente les echa dinero, mayormente los deudos del muerto, ya se sabe que estos mendigos vienen a sacar unas monedas, pero la oración de un mendigo, aunque sea mercenaria, vale mucho para Dios.

Y el caso es que Auxiliador y Secundina vienen de verdad a rezar a su muerto (cada año eligen uno), porque le están agradecidos de lo mucho que les ha dado a lo largo del año. Es lo que dice Auxiliador, hastiado de pedir en el parking del Palace: «Los muertos dan más que los vivos».

—¿Y su sepultura cuál es, buena gente? A nosotros también nos gustaría rezar un poco por sus difuntos.

Secundina se desconcierta, pero Auxiliador señala cualquier sepultura, al azar, y se inclina ante la viuda de polvos de arroz y los cuatro niños que le han hecho esta pregunta.

—No te jode con lo que sale, la tía.

—Ave María Purísima...

—Sin pecado concebida, ganas de meterse en lo que no les importa, gente de medio pelo.

El muerto es la matanza del pobre, en la Hueva, y lo menos que se puede hacer es rezarle un poco al muerto en el día de difuntos. Lo de menos es creer o no creer. Si hay ese cielo que dicen, las oraciones no pueden perderse, como se pierden los muertos en la calera.

Y así pasa la tarde otoñal y festiva, entre lutos errantes, sexos como crisantemos abiertos y difuntos, ayos de primera hora, rezos monótonos de más tarde (la calma del mar después de la tormenta) y descocados cuchicheos mundanos de tumba a tumba, hacia las seis, la hora de irse, la hora de cerrar el cementerio. Se hacen muy sólidas y duraderas amistades, de muy buen resultado, con los vecinos de tumba, y hasta se comenta un poco eso de la profanación de muertos:

—Bueno, la Prensa exagera mucho, ahora, con esto de la democracia, ya se sabe, unos por una cosa y otros por otra, todos hinchan el perro. Tampoco es para tanto, a mi Demetrio, un suponer, nadie le ha tocado el pelo de la ropa en cinco años que lleva aquí.

—Pues menuda suerte que tiene su Demetrio.

—Ya lo creo, hija, y perdone que la tutee, pero yo creo que mi Demetrio se encuentra aquí tan a gusto y lo que estoy deseando es venir a acompañarle debajo tierra, aunque Dios quiera que sea lo más tarde posible, que tampoco hay que torcer la voluntad del Señor. Pero, ya le digo, nunca fue más feliz mi Demetrio, y no es porque yo lo diga.

Por la noche, Casa Casiano está abundante de mendigos y gentes de la Hueva que, además de sacar un ánima del purgatorio, han reunido para una botella de valdepeñas, sin pedir nada, sólo con estarse quietos, de rodillas, a los pies de una tumba, con los ojos cerrados y pensando en sus cosas. Blas piensa en las mozas infollables de la Hueva y Medrano en lo mal que va la pirita de cobre y la cosa de los bonos en la Bolsa de Nueva York, según el *Financial Times* de hace tres meses; cada cual en lo suyo, ya se ha dicho. El día de los muertos, primero de noviembre o por ahí, es la más pública y refinada profanación de sepulturas que ocurre en este cementerio que, por metáfora, llamamos la Almudena, pero que seguramente es otro cementerio de otra ciudad, vaya usted a saber.

LOS POBLADOS DEL ESTE se comunican entre sí como las tribus de África, por medio del tam/tam, de otro tam/tam, quién sabe cuál.

Hasta la Hueva, hasta el compartimiento cerrado de Jerónimo en la renfe, con olor a cohiba y al coño de Bellarmina, llega el rumor, el mensaje, la cosa. Que unos motoristas oficiales han salido de Madrid, que avanzan hacia el este abriendo paso a una gran máquina, que quizá vengan hacia aquí.

El Jero se lo piensa, claro, son ya muchas cosas, los muertos de la calera (los últimos, el día de Todos los Santos, visitados por los gitanos de la Emilia, y a quienes se ha suprimido o saneado —Jerónimo empieza a utilizar eufemismos fascistas—, tras limpiarles de cualquier cosa de valor que llevarán encima. En realidad, se les ha echado a la calera desnudos, dos hombres y tres mujeres, porque la Hueva necesita incluso la ropa de los muertos, mayormente la ropa, ahora que viene el invierno.

Y aquel señorito/cormorán, y su novia la Juana, y Estebanía, la soplata hija del soplata, y tantos. Más el cartero de los giros y etcétera. La vieja adivina, asesinada por Llago, un chico de la Hueva. O sea, todo.

La gente que el propio Jerónimo ha matado o saqueado en Madrid, las motos que ha levantado. El Jero mira por la ventanilla, de pie, bebiendo un whisky que esta mañana le hace mucha falta. Es sábado y la caravana que viene a buscarle ha hecho un alto en el camino. El Jero se siente casi orgulloso de que vengan a por él con tanta circunstancia. Tiene todo el día para actuar. No le dice nada a Bellarmina, que anda entre el sueño y la guitarra, que voy a estirar un poco las piernas, Bellarmina.

El Jero busca a Paco por la Hueva y lo encuentra en Casa Casiano, tratando de

hacerse compadre de los de la Hueva.

—Paco.

—Qué.

—Tienes que hacerme un servicio.

—Vale.

Y Paco se quita de prisa la boina, con respeto, apretándola entre las manos y dejando al aire su calva curtida y herida.

Paco lleva como veinte minutos desenterrando a la *Gilda*, la cabra, de la que sólo queda un fino costillar de arpa o de nave egea, y una cabeza estilizada por la muerte. Paco baja al hoyo, coge con cuidado la pieza arqueológica y la alza hasta el Jero, que se inclina para recogerla en sus brazos, con cuidado de que no se despiece ninguna pieza del bellissimo esqueleto.

—Bien, Paco, ahora puedes irte.

Paco, el hortelano, ante la autoridad, vuelve a ponerse y quitarse la gorra continuamente.

—Sí, mi coronel, el Jero, o sea don Jerónimo, me pidió esta mañana que le ayudase a desenterrar a la *Gilda*, o sea la cabra, o sea el animal de toda su vida, la quería mucho, era un bicho precioso...

—¿Y qué hizo con el cadáver?

—No lo sé. Me dijo que me fuese. Se lo llevó en brazos.

Llega Bellarmina, con un sobre alargado en la mano:

—Tenga, señor guardia. Este sobre estaba en la habitación de Jerónimo, ahí en la renfe, bueno, ese vagón de ferrocarril que usted ve, ahí vivía Jerónimo. El sobre está cerrado, él nunca abría las cartas.

—Bueno, pues ésta es la orden de desalojo. Si ustedes no se han enterado, no es cosa mía. Aquí se van a tirar las chabolas y a construir unas viviendas protegidas. ¿Y usted quién es, señorita?

—La amante de Jerónimo.

—Podía usted haberlo dicho con un poco más de decencia. Está hablando con la autoridad. ¿Y ese vagón de tren?

(El Gran Cangrejo empieza a mover en el aire una de sus patas quebradas, ortopédicas, poderosas y horribles).

—Alguien lo dejó ahí. No sabemos cómo llegó aquí. Jerónimo vive en él, y otras personas, al menos por la noche, a la hora de dormir.

—Bien, habrá que desguazarlo.

—¿Desguazarlo? Pero es la casa del jefe.

—Aquí no hay más jefe que yo.

—...y el refugio de muchos que no tienen techo para dormir.

—Lo tendrán cuando aquí se haga una barriada como es debido. La Hueva, o como lo llamen ustedes, tiene mala fama, y además estamos en una campaña de erradicación de las chabolas y además... Pero vamos a buscar a ese Jenaro que tanto se esconde.

—Jerónimo.

—Bueno, Jerónimo, es lo mismo.

La tumba de la *Gilda* está vacía, como les había advertido Paco, que hace de sherpa. Pero fácilmente se siguen los pasos del Jero hasta la calera. Por el camino hay algunos huesos sueltos de la cabra y, al borde de la calera, una parte de la quijada y las botas del Jero.

—¿Y todo esto qué es?

(El motorista municipal ha venido solamente, como sus compañeros, a aportar la parte legal en el derribo de las chabolas, mas parece que el oficio de detective le gusta. Toda autoridad es proclive a ascenderse a sí misma al grado inmediatamente superior).

—Me temo, señor coronel —explica Auxiliador—, que el Jero se ha suicidado

llevándose con él a la *Gilda*, que es lo único que amaba en esta vida.

(Un lamento de Bellarmina rompe el aire, y la chica cae desvanecida, en una de sus ausencias).

—Este pozo qué es.

—Una calera. Una calera natural. Cal viva. Aquí tirábamos a los animales podridos y así.

—Y algún animal humano, me temo, pero eso no es cosa mía. Ya decía yo que este barrio tiene mala fama. Los de la inmobiliaria van a tener que trabajar duro hasta cegar la calera. Allá ellos. En cuanto a su Jenaro o Jerónimo o como sea —y consulta el sobre, que tiene en la mano—, sin duda se encontraba culpable de algo, o de muchas cosas, cuando se ha tirado a la calera sólo porque venían la policía municipal y una excavadora. Tampoco creo que tuviera tantas multas de tráfico como para suicidarse.

(Este golpe de humor del guardia hace reír a los circunstantes, casi todo el barrio).

—Bueno, el juzgado verá el suicidio de este hombre. A mí no me incumbe. —El guardia parece disfrutar quitándose cosas de encima continuamente, aunque, por otra parte, se ve que asume una autoridad que no le corresponde—. Tengo aquí un plano para indicar a los de la excavadora por dónde tienen que empezar. Luego vendrán los técnicos y todo eso. Mi misión termina aquí. El tren habrá que desguazarlo, ya digo.

Y las motos se fueron, poderosas y oficiales, rugientes y casi alegres, por donde habían venido.

La primera chabola a arrasar era la de Auxiliador y Secundina.

EL GRAN CANGREJO de una sola pata, conducido desde el interior de la carlinga por un hombre con gafas de goma y sombra, como la conciencia mínima del crustáceo, gira sobre sí mismo, como buscando la primera víctima. Pero el hombre de la carlinga consulta un plano.

La primera chabola a la que se dirige la pata del Cangrejo Gigante, el cangrejo que realmente es normal, pero que les ha vuelto a todos liliputs (la miseria es una cosa liliputiense), es la chabola de Auxiliador y Secundina, y allí retiembla la tierra, penetra el acero, muerden los dientes simétricos y bestiales de la excavadora, como un cangrejo prehistórico que luego, la evolución, ha reducido a sus medidas racionales.

A Auxiliador y Secundina, sin hijo, sin hogar, sin chabola, se les ve huir en el parpadeo de la luz y la sombra, como dos almas en pena, con unos petates inútiles, como José y María. Ya no está Jerónimo para plantar cara a los poderes de Madrid. La dentadura del monstruo le da un bocado definitivo a la feble chabola de Auxiliador y Secundina, a quienes ya no les queda en la vida otra cosa que el parking del Palace, dormir en el recodo de la escalera, vivir en el rincón de las limosnas.

Los dientes de la excavadora se llevan la chabola de Auxiliador y Secundina, como si fuese un mantecado blanco de azúcar y harina (a lo mejor no es otra cosa, por la santidad de estas vidas), la pasean por el aire lentamente, espectacularmente, con doloroso deleite de los vecinos, la pasean por el cielo azul y quieto del otoño, como en un juego, una pintura o un sueño, y parece que Auxiliador y Secundina, los padres del arcángel Llago, hubieran vivido siempre en el cielo. Luego, la máquina deposita la chabola, como un polvorón destruido, en un montón de miseria. Y los dientes de la excavadora siguen ahondando y ahondando y ahondando, ahora ya sin poesía, sólo con la fría crueldad de las máquinas sin pensamiento, en el hueco que ha dejado la chabola más entrañable del barrio. En el hueco queda un orinal.

Es cuando el redondel de vecinos llora, grita, gime, canta, muerde, muere, y es cuando comprenden que después, inmediatamente después, les toca el turno a sus casas. La inmensa pata de cangrejo recorre el cielo puro, dubitativa y monstruosa, como no sabiendo dónde posarse, Auxiliador y su mujer deben estar ya en algún autobús, camino de Madrid, la gente se exalta, grita, se mueve como un inmenso trapo sucio y

agitado, cargan contra los motoristas, contra la máquina y el maquinista, pero las motos municipales le van dando un recorrido circular y ominoso a la plaza de polvo, al redondel de nada, hasta dejar a todos en su sitio, y el sargento que dirige la tropa (que quizá sea el mismo de los interrogatorios) lleva la pistola en el aire, y dispara un par de tiros al cielo, espantando aves que no había, aves dormidas en lo azul, y el personal vuelve a quedarse quieto.

La pata del Gran Cangrejo, municipal y extraterrestre, vuelve a agitarse en el aire, lenta y odiosa, como dudando sobre su nueva presa. La gente echa de menos a Jerónimo más que nunca. «Él hubiera parado esto». Bellarmina, que lo mira todo desde el vagón de la renfe, vagón a desguazar, toca la guitarra desnuda, no entiende nada y sólo espera que vuelva el Jero, *tú me acostumbraste a todas esas cosas, por qué no me enseñaste que son maravillosas, sutil llegaste a mí, como la tentación, llenando de inquietud mi corazón.*

* * *

POR DESMONTES DE SOMBRA, por praderas de luna, por caminos, Jerónimo, el Jero, huido y descalzo, camina hacia Madrid, que es un resplandor rojizo al este del Edén. Ha sido un buen truco lo de tirar la cabra a la calera, dejar las botas al borde y darme por suicidado. Esos hijos de la gran puta ya no se ocuparán más de mí.

El Jero tiene sitios, en Madrid, donde pueden cortarle el pelo en punta, teñírselo de rojo, ponerle gafas negras, hacer que se deje la barba de tres días, vestirle de arrugabella y darle otro carnet de identidad.

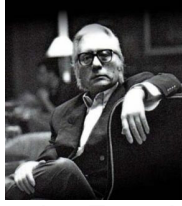
Donde más seguro se está siempre del peligro es en el corazón del peligro. El Jero creía que ya, al fin, iban a por él (quizá lo deseaba), pero no había tal. Era sólo la excavadora de la inmobiliaria, protegida de motoristas municipales como la ley protege siempre a quienes violan la ley a buen precio. Jerónimo, el Jero, sabe que la Hueva se ha acabado para siempre, aunque no sabe que la están derruyendo (ya se enterará por los periódicos), y decide hacerse una vida nueva en Madrid, que es lo que le tira, mientras camina descalzo entre la avena salvaje que le llega a las tetas y la ortiga blanca que le acaricia como una mujer muerta.

Madrid está cada vez más cerca. El Jero ha preferido huir a pie (aunque no tenía de qué huir: el miedo ha podido más que él), porque las motos dejan huella, matrícula y ficha. El Jero, con la luz del amanecer a la espalda, comprende de pronto que está lloviendo, que el otoño llueve torrencialmente sobre él, anulando el nuevo día desde un cielo de plomo y ceniza. El Jero tiene el pelo mojado y desrizado, el Jero tiene la ropa encharcada y los pies calzados con sandalias de agua. El Jero lo aguanta todo. Sabe que no hay más que llegar a Madrid, por la M/30, y coger un taxi. El Jero, naturalmente, tiene sus contactos en la gran ciudad. Ni motos ni hostias. Aquí estoy yo, a cuerpo limpio, sin un clavo, a ver qué hacéis por mí.

Madrid no se diferencia del suburbio como otros días. El sol marca distancias. Ahora, con la lluvia de otoño, todo es gris y perdidizo. Jerónimo sabe que va a llegar a Madrid en mal día, pero no importa. Madrid es una gran tienda abierta para todos donde no tienes más que llevarte lo que te gusta, y nadie paga. Así es como el Jero ve Madrid. Con el nuevo pelo, con la nueva ropa (de ejecutivo pobre), con las nuevas gafas, con el nuevo DNI, o sea deneí, el Jero, Jerónimo, sabe que puede levantar de Madrid lo que le dé la gana, o al menos se hace esa ilusión. Madrid es el Gran Bazar de Constantinopla.

Constantinópolis, Constantinópolis, aquella cosa que nos grabábamos en la polla cuando los sesenta, y que sólo era legible en la erección. De momento, Constantinopla, Constantinópolis, Jerónimo, el Jero, camina despacio y descalzo, entre la avena salvaje que le araña el pecho porque nadie la ha segado, hacia ese resplandor rojo y tibio, penetrable y extenso, que es Madrid.

Madrid, 1991-1995.



FRANCISCO UMBRAL. Seudónimo de Francisco Pérez Martínez (Madrid, 1932-Madrid, 2007), periodista y escritor español. Desde muy joven vivió en Valladolid, junto con Madrid una de las ciudades claves en su literatura, pues fue allí donde se inició como periodista bajo el magisterio de Miguel Delibes. Enviado en 1961 a Madrid en calidad de corresponsal, se convierte en unos años en un cronista de prestigio por la originalidad de su enfoque periodístico y por la sensibilidad de su mirada sobre lo cotidiano, que concilia la precisión no exenta de inventiva y un mordiente sentido del humor a menudo abrumado de amargura. Ya periodista y escritor de éxito, colabora con los periódicos y revistas más variados e influyentes en la vida española.

De su ingente producción literaria destacan: *Memorias de un niño de derechas* (1972), *Las ninfas* (Premio Nadal, 1975), *Mortal y rosa* (1975), *La noche que llegué al café Gijón* (1977), *Trilogía de Madrid* (1984). y *Leyenda del César Visionario* (Premio de la Crítica, 1992). Este último título adquiriría carácter inaugural de una serie de obras que, a semejanza de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós, abordan algunos de los principales acontecimientos de la historia y la política contemporáneas españolas. En 1996 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, en el año 2000 el Premio Cervantes y en el año 2003 el Premio de Periodismo Mesonero Romanos.

Notas

- [1] Primera versión. <<
- [2] Harley-Davidson. <<
- [3] Así en el original (*Nota del escaneador*). <<
- [4] En tiempos, Juan Gualberto. <<